

BANDA DE PUEBLO

teatro

Zamacuco

BANDA DE PUEBLO

Teatro
Zamacuco

1ª Edición Ediciones ABYA-YALA
12 de Octubre 14-30 y Wilson
Casilla: 17-12-719
Teléfonos: 2-562 633 - 2-506 247
Fax: (593-2) 2-506 255
editorial@abyayala.org
<http://www.abyayala.org>
Quito-Ecuador

Impresión DocuTech
Quito, Ecuador

Ilustración de la portada: “Tres Músicos”, de Fernand Léger, detalle

ISBN: 9978-04-526-0

Impreso en Ecuador, junio de 1999

Comentarios:

Apreciaré enviar cualquier comentario o crítica,
respecto a esta obra de teatro,
al e-mail **zamacuco_literatura@yahoo.com**
en Cumbayá, Ecuador.

Zamacuco

Una tarde de invierno, Nazario Moncada Vera y el resto de músicos de su famosa banda, lograron escapar de las mágicas páginas escritas por don José de la Cuadra. Cansados y famélicos llegaron hasta la puerta de mi casa. Les di hospedaje, un poco de pan y una botella de Mallorca. A cambio de esto, me alegraron con su tocata tropical y me contaron sus historias.

CONTENIDO

Personajes: <i>Los músicos de la Banda de Pueblo</i>	i
Personajes: <i>Femeninos y masculinos</i>	iii
Prólogo para “Banda de Pueblo”: <i>Antes de levantarse el telón</i>	01
I Acto: Hacienda maderera en Los Ríos	11
II Acto: En Daule, en el pretil de la iglesia	29
III Acto: En un claro de la montaña	50
IV Acto: En casa de los Pita Santos	68
Epílogo: La feria de Guayaquil	89

PERSONAJES

Los músicos de la Banda de Pueblo

- | | | |
|---|----------------------|---|
| 1 | Nazario Moncada Vera | Director del conjunto. Tiene paralizado el brazo izquierdo. ¿Toca el saxo? Lo chifla. |
| 2 | Manuel Mendoza | Padrino de Cornelio Piedrahita. Sopla el cornetín. |
| 3 | Ramón Piedrahita | Padre de Cornelio Piedrahita. Tísico. Golpea el bombo y hace sonar los platillos. |
| 4 | Cornelio Piedrahita | Apodado “Tejón Macho”. Muchacho de 14 años, hijo de Ramón Piedrahita. Carga el bombo. |
| 5 | Severo Mariscal | Sacude los palos sobre la piel tensa de su redoblante. |
| 6 | Redentor Miranda | Toca el trombón. |
| 7 | Esteban Pacheco | Sopla el bajo |
| 8 | José Alancay | Virtuoso del requinto. Hermano de Segundo Alancay. |
| 9 | Segundo Alancay | Barítono. |

OTROS PERSONAJES

Algunos personajes, como el de Camila Martínez y el de Hija 3, pudieran ser interpretados por una sola actriz. Por el contrario, otros como el de “La muerte”, requieren ser representados por una sola persona. En los cuadros que se presentan más adelante se sugieren cuáles personajes pudieran ser asignados a un solo actor o actriz, sin pretender que ésta sea la mejor manera de hacer las cosas.

También se indica en estos cuadros en qué acto aparece o participa cada personaje. Para el efecto, se ha utilizado la siguiente simbología: prólogo de la obra (A), primer acto (B), segundo (C), tercero (D), cuarto (E) y epílogo (F).

	FEMENINOS	A	B	C	D	E	F
1	Ana Lucía			x		x	
2	Camila Martínez/Hija 3				x	x	
3	Hija 1/Muchacha 1/ Pelotón de fusilamiento			x	x	x	
4	Hija 2/Muchacha 2/ Pelotón de fusilamiento			x	x	x	
5	La muerte	x	x	x	x	x	
6	Niña Juanita/Voz de mujer					x	x

	MASCULINOS	A	B	C	D	E	F
1	El cantinero/El capitán			x	x		
2	El cura/Voz del ruletero/ Soldado gobiernista 1			x	x		x
3	El patrón/Voz de hombre/ Soldado gobiernista 2/ Vendedor 1		x	x	x		x
4	Esteban Pacheco	x		x	x	x	
5	Félix Encalada/Vendedor de maní/Pelotón de fusilamiento		x	x	x	x	
6	Goyo Silva/Tomás Macías/ Soldado gobiernista 3			x	x	x	
7	José Alancay	x	x	x	x	x	
8	Manuel Mendoza			x	x	x	x
9	Monseñor/Mr. Thomson/ Fulgencio Vélez		x	x	x	x	
10	Montonero 1/Muchacho 1/Músico 1		x	x	x		
11	Montonero 2/Muchacho 2/ Músico 2		x	x	x		
12	Nazario Moncada Vera	x	x	x	x	x	x
13	Pepe Soto/Vendedor 2		x	x	x	x	
14	Pintado/Joaquín Hernández/ Muchacho 3/ Pelotón de fusilamiento		x	x	x	x	
15	Pita Santos/El teniente		x		x	x	
16	Ramón Piedrahita	x		x	x	x	x

17	Redentor Miranda			x	x	x	
18	Segundo Alancay	x	x	x	x	x	
19	Severo Mariscal	x	x	x	x		x
20	Tejón Macho	x	x	x	x	x	x
21	Voz del narrador	x	x	x		x	

PRÓLOGO PARA “BANDA DE PUEBLO”

Antes de levantarse el telón

La parte anterior del escenario, que es la única que ha de utilizarse en este prólogo, es iluminada por dos reflectores que se mueven en zigzag, como si buscaran a un fugitivo que se hubiera escapado. Tejón Macho atraviesa de izquierda hacia la derecha, con un cartel grande, donde se lee «PRÓLOGO PARA BANDA DE PUEBLO». Hecho esto, sale.

Aparece nuevamente con otro cartel, donde se ha escrito: «ECUADOR Anno Domini 1875», cruza de izquierda a derecha el escenario y sale.

El ambiente es iluminado con una tenue luz azul, que cae a chorros, como si fuera agua de una cascada. Al fondo, en el suelo, se han colocado algunas figuras de papel, recortadas en colores vivos y alegres: son los danzantes que cobrarán vida al compás de la música de la Banda de Pueblo. Varios focos movibles, de diversos colores, irán encendiéndose poco a poco, al ritmo de una música interior, tropical, suave y cadenciosa: éstos representan los intrépidos insectos de la costa, que revolotean por miríadas en los crudos inviernos.

VOZ DEL NARRADOR Damas y caballeros. Bienvenidos a la presentación de Banda de Pueblo. No hemos escatimado esfuerzo alguno para que esta peculiar mojiganga sea del agrado de todos ustedes. Como puede apreciar el culto público, todo está listo. Parecería que algunos de nuestros personajes llegan directamente desde el cielo y el azul fuera su color favorito. ¡Vaya con los mosquitos! *Se rasca los brazos. Trata de ahuyentar a los insectos.* Perdonen la interrupción. Ahora, en este preciso instante, Tejón Macho, un alegre joven de catorce años, está a punto de entrar por la derecha.

Entra Tejón Macho. Se puede distinguir su vestido de colores brillantes, plagado de cascabeles. Sobre su cabeza ha sido colocado un gorro puntiagudo y en sus pies, pantuflas de lana, lo cual le da el aspecto de un duende mágico y maravillo.

VOZ DEL NARRADOR Este curioso muchacho nos transportará a un mundo de recuerdos y fantasía; nos guiará con su natural travesura por los caminos del pasado y conectará en nuestros espíritus un sinnúmero de inquietudes dormidas.

TEJÓN MACHO ¡Carrusel! ¡Caballitos de madera! *Tejón Macho descubre un imaginario carrusel. Corre y se sube a uno de los caballos. Gira y se balancea, mientras ríe. Se escucha un redoble de tambores. ¡Carrera de ensacados! El muchacho toma un costal invisible. Mete sus piernas en*

éste. Salta velozmente, como quien desea verdaderamente ganar el concurso. ¡Apártense de mi camino! Suenan los platillos y el bombo. ¡Pelea de gallos! El muchacho se acerca al estrecho ruedo. Con su cuerpo sigue el bailoteo de los gallos que levantan sus alas, saltan y buscan despedazar al contrario con sus agudas espuelas y sus picos afilados. ¡Yo voy al colorado! ¡El colorado es el bueno! Ya no le sople el trago. ¿No ve que se está ahogando el gallito? Se escucha el metálico lamento de una corneta y el actor da volteretas. ¿Gallinas? ¡Qué gallinas más gordas! ¡Qué caldo más sustancioso pudiera hacerse con estas avechitas de Dios! ¡Botaditas, caminan las pobres, sin dueño! Tejón Macho persigue a las gallinas. ¡Co-co-co-co-co! ¡Co-co-co-co-co! Suena el saxo una vez. ¿Yo ladrón de gallinas? ¡Qué les pasa! ¡Soy pobre, pero honrado! Suena el saxo una segunda vez. El muchacho levanta el índice e imita a un animador de programas de televisión: anuncia, como si tuviera un micrófono en las manos. Y... con ustedes... la presencia del famoso grupo artístico-musical, que dirige el conocido, el reputado maestro Nazario Moncada Vera, con su prestigioso grupo de profesores músicos, que pondrán a disposición de las damas y caballeros presentes las mejores piezas de su numeroso, variado y selecto repertorio, tanto nacional, como internacional.

Tejón Macho se queda estático, de perfil, con el índice que apunta hacia la derecha. Los integrantes de la famosa Banda de Pueblo ingresan en este preciso instante, de uno en uno, conforme el Narrador los va presentando.

VOZ DEL NARRADOR ¡Pucha que los mosquitos le levantan a uno en vilo! *Se rasca y trata de matar los mosquitos a cachetadas.* Aquí podemos ver ya a don Nazario Moncada Vera, director del conjunto y a parte de eso chifla el saxo. Como ustedes pueden apreciar, tiene paralizado el brazo izquierdo, pero esto no importa porque maneja la batuta con la derecha. Un aplauso para él. Gracias, gracias. Ahora está con nosotros Manuel Mendoza, padrino de Tejón Macho. *Mendoza sopla el cornetín.* Un aplauso para él. Gracias, gracias. Y aquí viene Ramón Piedrahita, padre de Tejón Macho. El hombre es tísico, sí como ustedes lo han escuchado, tísico.

RAMÓN PIEDRAHITA No exagere, señor. Cualquiera tiene su enfermedad en estas tierras. Lo importante es que mantengo el ritmo. *Golpea el bombo y hacer sonar los platillos.*

VOZ DEL NARRADOR Muy bien, don Ramón, pase usted, ubíquese donde le corresponde. Ahora está con nosotros Severo Mariscal: experto en sacudir los palos sobre la piel tensa de su redoblante. En verdad se trata de un guapo mozo. ¿Es verdad, Severo, lo que se cuenta por allí? Las malas lenguas dicen que usted es un terrible cazador de muchachas.

Prólogo para Banda de Pueblo

SEVERO MARISCAL Que me gustan las muchachas... yo no puedo negarlo. Las enamoro, como enamora todo el mundo. Si ellas creen lo que yo les digo... ya no es mi culpa.

VOZ DEL NARRADOR ¡Tremendo Severo Mariscal! ¡No se le escapa una! Bien, seguimos con las presentaciones. Ya está con nosotros Redentor Miranda, que toca el trombón. El que avanza hacia el escenario es Esteban Pacheco, que sopla el bajo y por último los hermanos Alancay, José, que toca el requinto y Segundo, el barítono. Un sonoro aplauso para los integrantes de la Banda de Pueblo. Gracias, muchas gracias.

La Banda de Pueblo interpreta un porro ♪ ♫ ♦. Los danzantes de papel cobran vida. Se apagan las luces y escapan, sin ruido, los actores.

VOZ DEL NARRADOR ¿Qué pasó con la luz? Por favor, los de allá arriba, no se distraigan. ¡Hey... el reflector!

Se enciende el reflector 2. Se puede apreciar un ojo amarillento que busca, ansioso por el escenario. Hay un redoble de tambores, al fondo, a la derecha. Distinguimos plenamente la cabeza de Severo Mariscal. El ojo gualda sigue paso a paso la marcha del alegre tamborilero. A dos pasos de él marchan Esteban Pacheco y Nazario Moncada Vera, quienes soplan con increíble arte sus instrumentos y dan ritmo a la marcha. El grupo avanza resuelto.

VOZ DEL NARRADOR ¡Canastos con los mosquitos! ¡Qué gallardía! ¡Qué precisión! ¡Ni en el ejército se ha visto tanto garbo!

SEVERO MARISCAL ¡Alto!

Hay un cambio de luces, se estilizan las figuras de los actores y se recortan en negro sus perfiles.

SEVERO MARISCAL ¡A la de... ré! Los actores giran sobre sí mismos, hacia la derecha.

La luz se ha tornado cada vez más clara y termina por volverse roja: fuego puro.

SEVERO MARISCAL ¡Luces... cámara... acción! Como en el cine, muchachos, como en el cine.

La música salta ligera y espontánea de los instrumentos ♪ ♫ ♦. Los actores interpretan música popular cadenciosa, para bailar. Se mueven rítmicamente, con alegría.

NAZARIO MONCADA Bueno, bueno. A bailar, a bailar mis negritas que aquí estamos nosotros. ¡Llegó por fin la Banda de Pueblo!

VOZ DEL NARRADOR ¡La fiesta ha comenzado!

Nuevamente las figuras de papel (quiero decir... los danzantes) se levantan al fondo, perezosamente. Un rayo de luz va iluminándolas y el ambiente es contagiado por misteriosos ruidos. El reflector 1 se enciende. El chillido de monos, el cántico de los grillos, el sonido de las olas del mar, el ruido de voces humanas inunda el ambiente. Se escucha el roce de los vestidos, las pisadas, el movimiento rítmico de un verdadero tumulto de personas que baila, que ríe, que canta... La música adquiere consistencia y las figuras de los danzantes se mueven. Se diría que los danzantes tratan de imitar a las espigas del trigo. Hay un clamor final y los muñecos caen en un brusco desvanecimiento. Ha cesado la risa, el murmullo y el canto. ¡Se han encendido las luces! Los tres actores se encuentran iluminados directamente por los reflectores.

VOZ DEL NARRADOR ¡Dios... hay una luz total que enceguece! Se ha roto el encanto de la magia. ¡Da miedo tanta luz y tanta verdad! ¡Es como si se quisiera iluminar el fondo del pensamiento de estos hombres! ¡Es como si ellos lo supieran y opusieran resistencia! ¡Hey...! ¿Qué pasa? ¿Por qué se ríen estos músicos? *Los músicos ríen dolorosamente, como en una postrera lamentación.* ¿No será que se ríen de nosotros? *Las risas cesan.*

ESTEBAN PACHECO La gente estaba allí... calientita en su cama, mientras nosotros cantábamos al pie de sus ventanas. Dábamos serenos, a pesar de que la noche era la boca húmeda de dientes afilados que desgarraba la carne...

NAZARIO MONCADA ¡Andá! No exageres Pacheco, no exageres. ¿De qué frío me hablas? ¿Frío en la costa? ¿Frío que desgarrar la carne? ¡Habla serio...!

SEVERO MARISCAL Yo le comprendo a Pacheco, don Nazario. Algunas veces estábamos enfermos. ¿No se acuerda usted? Pero a pesar de que la fiebre mordía el pecho y la garganta, hasta estrangularla, nosotros tocábamos... como unos necios...

NAZARIO MONCADA Yo nunca tuve frío. En la costa uno puede sentir cualquier cosa, menos frío.

ESTEBAN PACHECO El frío era terrible. La cabeza se me volvía como de piedra. Los dedos se me hacían azules. Las piernas se me acalambraban en las noches de serenos...

NAZARIO MONCADA ¿No estás confundido, Pacheco?

Prólogo para Banda de Pueblo

ESTEBAN PACHECO *Al público.* Nosotros tocábamos y ustedes bailaban y reían...

SEVERO MARISCAL *Al público.* Ustedes eran los que pagaban. *La voz es sarcástica, las palabras adquieren un tono de desprecio.* Nosotros solo éramos... los músicos.

NAZARIO MONCADA ¡Déjate de complejos Mariscal! ¡Qué tiene de malo ser músico! ¿No tuvimos nuestros momentos felices?

Se suspende la luz blanca. Los actores se quedan estáticos. Luz azul en el escenario. El reflector 2 ilumina al fondo, a la izquierda.

TEJÓN MACHO *Entra, con un libro en la mano. Se dirige al público.* Fueron primero tres. Así lo certifica don José de la Cuadra. Nazario Moncada Vera, Esteban Pacheco y Severo Mariscal. Un saxo, un bajo y un redoblante. Miren. Aquí está escrito. Yo no invento. *Se hace el que lee.* Ha... ha-cí... hacían u... unas to-ca... tocatas in-fa-mes.

NAZARIO MONCADA ¡Falsedad de falsedades! Eso es una vil y artera calumnia. ¡Tocatas infames!

TEJÓN MACHO Permítame, don Nazario, que continúe. *Se hace el que lee.* A las... a las per... personas en... entendidas ocu... ocurrí-ase-les, de... de es... escucharlos, que se ha... habían de... desatado en la tie-rra los rui... ruidos espantosos del in... infier-no o u... una a... abier-ta tem... tem-pes-tad de mar de al-tu-ra. Punto.

NAZARIO MONCADA ¡Mentira! Sostengo que eso es una patraña. Déjame ver, Tejón Macho, que es lo que han escrito en ese libro...

SEVERO MARISCAL Déjelo usted, don Nazario, ¿no ve que el muchacho no sabe leer? Tampoco lo sabe el padre, pero los dos presumen. ¡Tienen gran capacidad para la fantasía! ¡Crean cosas de la nada y la confunden con la realidad! Eso les pasa siempre...

NAZARIO MONCADA *Entre dientes.* ¡Tocatas infames!

Nazario Moncada Vera amenaza a Tejón Macho y este huye. Desaparece del escenario. Se escucha una música interior tenue.

VOZ DEL NARRADOR Lo que ha escuchado el distinguido público es nada más ni nada menos que el cornetín de Manuel Mendoza.

Sin apagar el reflector 2, se enciende el reflector 1. Al fondo, a la derecha, suena un trombón.

VOZ DEL NARRADOR Ahora, el trombón de Redentor Miranda.

Saltan juntos a escena Manuel Mendoza y Redentor Miranda. Por la izquierda, con su cornetín en la mano, levantando los brazos como un pájaro, ha ingresado Manuel Mendoza; por la derecha, con el trombón en la una mano y una manzana en la otra, Redentor Miranda. Hay música interior y los dos actores se desplazan ligeramente. Hacen giros graciosos y leves, propios de la danza. Mendoza y Miranda se acercan al grupo de actores que permanece estático y, en un arrebató de música, se dota de flexibilidad a los cinco actores, que danzan hasta quedar de espaldas al público. La luz se torna carmesí. Las figuras se estilizan en azul.

SEVERO MARISCAL *Se separa del grupo con un ágil desplazamiento del cuerpo, mientras hace sonar su tambor. Interpreta los primeros redobles de una marcha militar. ¡Atención...! ¡Firmes...! No, no, más soltura, más gracia. Esta no es la banda del Colegio Militar. No quiero rudeza, quiero arte. ¡Nuevamente! Hace sonar su tambor. Aline...ar... Perfecto... ¡Descanso! ¡Atención! ¡Firmes! ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Muy bien!*

ESTEBAN PACHECO *¿Comenzamos?*

NAZARIO MONCADA *Sí. A la una, a las dos y... a las tres.*

Los actores interpretan una marcha fúnebre. En la penumbra atraviesa un cortejo fúnebre. Cuatro hombres llevan un ataúd. Hay gritos de gente que asiste a un entierro, pero a nadie se ve. Como siluetas que acompañan al entierro, ingresan Ramón Piedrahita y Tejón Macho. El primero, lleva el bombo y marcha lento. Tejón Macho lleva la botella de Mallorca y los platillos: dos chapas metálicas circulares herrumbradas y vetustas. En el centro del escenario se detiene Tejón Macho. Nazario Moncada Vera y los otros músicos salen, con el cortejo. En el escenario permanecen únicamente Ramón Piedrahita y Tejón Macho.

TEJÓN MACHO *Al público. Como el público podrá apreciar, nuestra historia es popular. No tenemos sedas, ni elegancias que mostrar. Además... y esto que quede claro desde un principio... No se trata únicamente de la historia de los músicos que conformaron la célebre Banda de Pueblo. Representamos, diría yo, la historia de todas las bandas. Contamos la vida de un grupo de hombres que van de pueblo en pueblo, entregando su música.*

RAMÓN PIEDRAHITA *El relato que nosotros contaremos es interesante y verdadero. Aunque creo francamente que nos hemos alejado un poco del guión. Pero, claro, todo eso tiene remedio. ¡Lo único que no lo tiene es la muerte! Préstame el libro, hijo.*

TEJÓN MACHO *¿El de don José de la Cuadra?*

Prólogo para Banda de Pueblo

RAMÓN PIEDRAHITA ¿No se narran allí nuestras vidas?

TEJÓN MACHO ¡El libro! ¡El libro! ¿Qué se ha hecho el libro? ¡Debo haberlo perdido y por eso se ha producido tanta confusión...! No... Mira, papito. Aquí está.

RAMÓN PIEDRAHITA *Se hace el que lee en el libro.* E... eran nun... nueve en total: ocho hom... hombres y un mu... un muchacho de catorce años.

TEJÓN MACHO ¡Ese soy yo!

RAMÓN PIEDRAHITA ¡No interrumpas, hijo! *Continúa con la supuesta lectura.* El mu... muchacho se lla-ma-ba Cornelio Piedrahita y era hi... hijo de Ramón Piedrahita, que golpeaba el bombo y hacía sonar los platos.

TEJÓN MACHO ¿No dice allí, que a veces, en ciertas ocasiones... yo también hacía sonar los platos?

RAMÓN PIEDRAHITA Aquí dice que el único de los platos soy yo, hijo. Y así debe de ser. Ahora déjame continuar. *Se hace el que lee.* Ma... Manuel Mendoza era un... un viejo cas... cas-ca-rra-bias...

Se escucha de pronto, el ruido de sirenas y se enciende una luz roja.

VOZ DEL NARRADOR La Carta Negra, expedida en 1869, bajo la inspiración de Don Gabriel García Moreno, aún está vigente en el país. El tirano quiere imponer el orden interno a sangre y fuego, pero la revolución liberal avanza... *La luz, como su fuera el ojo de una pantera, busca por el escenario. Se escuchan ráfagas.* Los nidos de las ametralladoras vomitan sus pájaros de plomo y pólvora. La muerte danza su macabra jácara. ¿No es el cholo Alfaro, que se alza en armas contra el régimen legalmente constituido? ¡Una vez más ha regresado desde Panamá! ¡Le siguen doscientos montoneros que blanden sus machetes ensangrentados! ¡Jesús, santo cielo, Dios nos ampare y nos justifique!

Hay fuegos fatuos en el escenario. Los foquitos de colores se encienden y se apagan. Nuevas descargas de artillería. Pitos de policía. Siluetas en negro que brincan, con sus afilados cuchillos que hieren el aire.

RAMÓN PIEDRAHITA ¿Qué cosa pasa, hijo?

TEJÓN MACHO Deben ser los Alancayes.

Desde el tumulto de silenciosos guerreros, José y Segundo Alancay se acercan.

VOZ DEL NARRADOR Mírenlo ustedes, señoras y señores. Son los hermanos Alancay que huyen. Si. Ellos son. Observen esas dos siluetas que se ocultan y esquivan de las demás. Arrojan sus armas y solamente conservan sus instrumentos.

Se esfuman las siluetas de los guerreros.

JOSÉ ALANCAY *Al público.* Nosotros ya no somos militares gobiernistas. Ya no, ya no lo somos.

SEGUNDO ALANCAY *Al público.* Tampoco somos del grupo de revoltosos del general Eloy Alfaro... ¡Dios nos libre!

JOSÉ ALANCAY ¡Desertamos del ejército, pero no por cobardía!

SEGUNDO ALANCAY Ni porque nos disguste el olor de la pólvora.

JOSÉ ALANCAY Nos escapamos porque no entendemos bien qué es lo que busca cada bando. Los del gobierno dicen que pelean por el pueblo y los de Alfaro también. ¡Entonces... que se maten entre ellos por el pueblo y... que viva el pueblo!

SEGUNDO ALANCAY La verdad es que no tenemos madera de guerreros sino alma de músicos.

JOSÉ ALANCAY Y estamos aquí, porque nos gusta la música, más que ninguna otra cosa en la vida.

LOS DOS ALANCAY *Cantan* ♪ ♫ ♦.

El requinto tocamos y el barítono.
Hermanos Alancayes, de Guaranda.
Grandes músicos somos, famosísimos.
A los otros músicos que llegan.
Y por eso queremos, con ustedes,
formar un gran conjunto, distinguido.
Y en caminos de fama, ir hasta Quito,
y pasar por Guaranda, nuestra tierra.
Y digan los paisanos, al mirarnos:
¿No son los Alancayes?
¡Cómo cambia la vida!

Los músicos aplauden y todos ríen y abrazan a los Alancayes.

RAMÓN PIEDRAHITA *Se hace el que lee en el libro.* Se jun... se juntaron al a... azar de los caminos; y, ahora, los unía prie... los unía prietamente un la... un lazo fuerte de sol... de solidaridad, que no su... que no subía a la boca en las palabras...

Prólogo para Banda de Pueblo

Oscuridad total, desaparecen todos los actores. El escenario está vacío. Solamente se escucha una escalofriante música fúnebre, ♪ ♫ ♦. Aparece la muerte.

LA MUERTE

Vita brevis, ars longa.
Se muere, el que rezonga.
Saca sus barajas enormes.
¿Quieres un as, un dos?
¡Te morirás de tos!
¿Te doy un as, un tres?
¡Te mueres este mes!
Guarda sus barajas.
¡El negro cuervo baja,
prepara tu mortaja!
¿Estás bien de salud?
¡Arregla tu ataúd!

Sic transit gloria mundi.
¿Te canto el *de profundis*?
El latín, lengua muerta,
conviene que hable, cierta.
En griego, soy graduada
y en sánscrito, laureada
y en todo lo que ha muerto
soy hábil y disertó.

Soy la huesuda, amigo,
y detrás, yo te sigo
¿Por siempre vivir quieres?
¿Disfrutar los placeres?
Sin más preparativo
arranca de este archivo
la folia, con tu nombre
y deja, que me asombre
de tu audacia certera.
Me voy: nací viajera.

Vita brevis, ars longa.
¡Yo, así bailo la conga!
Vita brevis, ars longa.
¡Se muere, el que rezonga!

La muerte abandona el escenario con un pegajoso bailoteo. Cae el telón. Los miembros del coro avanzan.

CORO ¡Oh, la loca algarabía
de la música que brota
grácil, cual una gaviota
por toda la costa mía!

¿De dónde vienen los sonos
que nos llegan, de repente?
Es tan dulce y tan ardiente
el ritmo de estas canciones.

¿Por qué la muerte ha venido?
¿Por qué la muerte ha llegado?
El ambiente se ha turbado
y todo se ha entristecido.

Ni voces lejanas suenan
por los caminos errantes.
Solos van estos amantes,
y el aire sus notas llenan.

El coro se retira.

HACIENDA MADERERA EN LOS RÍOS

Tejón Macho atraviesa de izquierda hacia la derecha. Porta un cartel grande, donde se lee I ACTO: HACIENDA MADERERA EN LOS RÍOS.

VOZ DEL NARRADOR: Hasta la hacienda El Porvenir, asentada en la Provincia de los Ríos, a pocos kilómetros de Babahoyo, llegaron un buen día los hermanos Alancay... Ellos bajaron desde la sierra llenos de ilusiones... Abandonaron su querida Guaranda, con la esperanza de unirse a un grupo artístico musical de renombre, para vivir en paz, ganar fama y fortuna. Pero el ejército los había enrolado, a la fuerza, y formaban parte de la banda de guerra. Tuvieron que avanzar por bosques y quebradas, a marchas forzadas, en medio de una guerra interna larga e intermitente que buscaba restaurar el orden y neutralizar los avances de los liberales.

Nos encontramos en la hacienda. Hay un claro en medio de un tupido bosque. Descansan los soldados y los de la banda de guerra. José y Segundo Alancay, en primer plano, limpian sus instrumentos musicales y conversan en voz baja. Más atrás, otros músicos, permanecen sentados, sobre los troncos, que se amontonan cerca de la casa de hacienda.

TENIENTE *A un grupo de soldados que le rodea. Deben ser las siete de la noche. Apúrense con eso. Los hombres ya están cansados.*

Al fondo, casi en penumbra, el pelotón de fusilamiento se alinea. Soldados gobiernistas llevan a rastras a tres hombres.

CAPITÁN Las fuerzas restauradoras se han impuesto por fin sobre las revolucionarias. Para que no quede rastro de esta insensatez, deben ser fusilados todos los prisioneros.

Los soldados atan a los prisioneros contra lo árboles y les vendan. Se ve al Capitán que levanta su espada y ordena que se proceda con la ejecución. Una ráfaga de fusilería termina con la vida de los condenados. Los soldados se llevan los cuerpos y el pelotón se desintegra. Todo esto ocurre en silencio, como si solamente se tratara de un mal sueño.

JOSÉ ALANCAY *A Segundo Alancay. Oscurece. Tendremos que buscar algún sitio para dormir.*

SEGUNDO ALANCAY Sí, solamente hay carpas para los oficiales.

JOSÉ ALANCAY Ya me está cansando esto, hermano. Gallo que encuentran, gallo que fusilan. Es una mortandad que espeluzna.

SEGUNDO ALANCA Y Yo tengo miedo, hermano. Tengo miedo de que algún día de estos me encuentre con una bala perdida... y...

JOSÉ ALANCA Y Lo que tenemos que hacer es... largarnos de aquí.

SEGUNDO ALANCA Y ¿Desertar?

JOSÉ ALANCA Y Sí. Creo que este es el sitio y el momento perfectos.

MÚSICO 1 ¿Y ustedes, de qué hablan tanto?

JOSÉ ALANCA Y Hablamos de la vida. De estas tierras siempre verdes. Hay agua en exceso... y el agua es vida. Esta es una provincia muy rica. Fíjese usted, compañero, la cantidad de árboles. Y... en Babahoyo... o Bodegas, como algunos llaman a esa población ¿No se acuerda cuando pasamos ayer por allí? ¡Cómo abundan los lagartos!

SEGUNDO ALANCA Y ¡Y los caballos, hermano, y los caballos!

JOSÉ ALANCA Y Seis meses al año se ve la tierra y seis meses solamente el agua y el pantano. ¿No es eso vida?

MÚSICO 2 ¿Ustedes, no tienen hambre? A mi se me hace agüita la boca por un buen seco de gallina...

JOSÉ ALANCA Y Ya mismo llaman al rancho. El cocinero ya preparó la cena.

MÚSICO 1 ¿Rancho? ¿De qué rancho me hablan ustedes? Nos alimentan con aguas sucias... Los caballos reciben mejor comida y trato que nosotros. ¿Cena? De seguro que nos darán lagarto. Nuevamente lagarto. ¡Qué repugnante! Vi al cocinero que merodeaba por el estero.

MÚSICO 2 ¡Cuidado te vaya a oír mi capitán! ¡Allí si que te friegan...! Este capitán es un tigre. Un verdadero tigre. En el otro regimiento no sufríamos tanto como aquí.

JOSÉ ALANCA Y *Al Músico 1.* Usted es nuevo. Tiene solo una semana con nosotros. Este regimiento tiene sus cosas buenas y sus cosas malas.

MÚSICO 1 ¿Es verdad que ustedes son de la provincia de Bolívar?

SEGUNDO ALANCA Y Sí, somos de Guaranda.

MÚSICO 2 ¿Qué hacían antes? Digo... Antes de entrar al ejército.

JOSÉ ALANCA Y Trabajábamos en las minas de sal de Tomabela, cerca de Guaranda. Antes de eso fuimos peones de hacienda...

MÚSICO 1 ¿Entonces... ustedes también comían piojos? Dicen que todo guarandeño come piojos. ¿Es cierto que comer piojos es remedio infalible para el dolor de ojos...? ¿Es eso verdad?

SEGUNDO ALANCA Y *Desvía la pregunta.* ¿Ustedes conocen bien esta provincia?

MÚSICO 2 Yo... no la conozco muy bien, que digamos, soy de Santa Rosa. Tan solo he pasado por Bodegas, o como ustedes dicen, por Babahoyo.

MÚSICO 1 Les hemos visto y les hemos escuchado a ustedes dos. ¡Esos Alancay son buenos músicos! Así hemos comentado entre nosotros, pero no por eso van a ponerse chinchosos... ¿Tocaban antes... digo... en Guaranda, o solamente se dedicaban a sacar la sal?

JOSÉ ALANCAY Tocábamos, claro que tocábamos. Salimos de Guaranda con la ilusión de unirnos a una buena banda o a una orquesta...

MÚSICO 2 Yo también tocaba antes de entrar en la banda de guerra del ejército.

El teniente entra apresuradamente.

EL TENIENTE Órdenes de mi capitán. Recojan sus instrumentos musicales y síganme. Nos largamos de aquí.

JOSÉ ALANCAY *A Segundo Alancay.* ¡Ahora o nunca, hermano!

SEGUNDO ALANCAY ¿Y si nos persiguen como a desertores? ¡Estos ni olvidan, ni perdonan!

JOSÉ ALANCAY El rato que se den cuenta de nosotros, ya estaremos lejos, hermano. A los de la banda de guerra no nos pasan revista, sino cuando se les antoja, cuando andan bebiendo y quieren que entonemos algo.

SEGUNDO ALANCAY Tengo miedo, hermano.

JOSÉ ALANCAY ¡Déjate de mariconadas y sígueme!

EL TENIENTE Bueno, muévanse todos. ¡Avancen por acá! *Sale.*

Los de la banda de guerra salen tras él. Segundo Alancay está a punto de unirse al grupo, pero José Alancay lo detiene.

JOSÉ ALANCAY Aprende a arriesgar, hermano.

SEGUNDO ALANCAY ¡Nos van a matar! ¡Nos van a fusilar!

JOSÉ ALANCAY Pronto, vámonos por acá.

SEGUNDO ALANCAY *Levanta en alto su instrumento musical, como si fuera el mayor de los estorbos.* ¿Y qué hago con este barítono?

JOSÉ ALANCAY Cuidalo como a tu propia vida. No lo vayas a soltar. Con estos instrumentos hemos de ganarnos el pan de cada día. Por acá, hermano y sácate la guerrera. Ya no pertenecemos al ejército. ¡Somos hombres libres!

SEGUNDO ALANCAY No debimos haber escapado... nos matarán

JOSÉ ALANCAY *Se ha sacado el uniforme de la banda de guerra y viste de paisano.* Nadie va a reconocernos con esta ropa.

SEGUNDO ALANCA Y ¿Y los instrumentos?

JOSÉ ALANCA Y Creerán que somos músicos de alguna banda de pueblo.

SEGUNDO ALANCA Y ¿En dónde vamos a pasar la noche? Aquí debe haber culebras.

JOSÉ ALANCA Y Culebras hay por todo el mundo y también tienen sueño. A estas horas deben estar dormidas. Los reptiles se cansan. ¿Te das cuenta el esfuerzo que tienen que hacer para ir de un lado a otro, arrastrando la panza?

SEGUNDO ALANCA Y Yo hablo en serio.

JOSÉ ALANCA Y Por mi parte, prefiero que me pique una culebra, o un alacrán, o la “manta blanca”, que inflama la piel. Todo eso es nada a continuar de un lado para el otro... y hacer, sin chistar, la voluntad del capitán, del teniente, del clase, del mayor o de cualquier pendejo.

SEGUNDO ALANCA Y ¿Y cómo vamos a vivir, hermano?

JOSÉ ALANCA Y Para vivir, hay que trabajar. ¿No crees?

SEGUNDO ALANCA Y ¡Sí! ¿Pero dónde?

JOSÉ ALANCA Y ¿Y no eres músico? ¿No tocas el barítono? Yo, por mi parte, soy un mago del requinto. *Toca su requinto.*

SEGUNDO ALANCA Y ¡Cállate, podrían oírnos!

José Alanca y Segundo Alanca salen. Oscurece lentamente. A intervalos se escuchan disparos. El viento mece lentamente los platanales. Entra la muerte, con una lámpara.

LA MUERTE ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!. Esto es coco y caña. Todas las armas son buenas. Unos con rifles y otros con machete. Los que tienen plata, con cañones. Cabeza que asoma, cabeza que me la llevo, como trofeo. Ya me duelen las piernas y el bailoteo tiene para largo. Anoto por aquí y anoto por allá. El libro de registros rebosa de nombres. ¡Qué cosecha más buena la de este año! Claro que la fiestita me quita tiempo para atender a los que solicitan mis servicios por muerte natural... pero eso, al fin y al cabo tiene remedio. Ja, ja, ja. ¡Remedio! A este paso tendré que buscar un ayudante. *Busca por todos los lados.* A ver, a ver... ¿No se me queda por aquí algún fulano, que aún no he anotado en mi libro? *Camina entre el público.* ¡Generación maldita! ¡El ángel exterminador camina con su espada de fuego! ¡Arrepiéntete, porque vas a morir!

Siempre buscando, sale la muerte. Reina la oscuridad total.

VOZ DEL NARRADOR ¡Así juega el destino con los hombres! Pensaron que al escapar quedarían libres. Creyeron que podrían avanzar hasta Guayaquil y cumplir sus sueños, pero no fue así. Los detuvieron los peones de la Hacienda Maderera El Porvenir. El patrón les propuso dos alternativas. Trabajar para él o entregarlos al ejército para que sean fusilados como desertores. No tuvieron alternativa. ¿Quién hubiera imaginado siquiera que ellos se ganarían el pan, cortando árboles? Trabajo duro, agotador, de hombres recios, realizado por estos dos artistas e hijos de artistas, que tenían las manos delicadas y el corazón sensible. Así, en la plena selva verdinegra, a través de la cual ni siquiera los rayos del sol se atrevían a horadar, pasaban los días y los meses, sin siquiera posar sus manos en los olvidados instrumentos. En la oscuridad de los pobres palafitos que les servían de vivienda, palpitan casi sin vida un requinto y un barítono.

Amanece y la luz, al principio raquítica, va penetrando cada vez con más fuerza hasta iluminar completamente el escenario. Los hermanos Alancay, con la sierra tronzadora de enormes dientes, cortan un grueso tronco. El patrón, asomado a una de las ventanas de la casa-hacienda "El Porvenir", contempla el monótono tira y jala de los dos hombres de torso desnudo, mientras bebe cerveza a pico de botella.

JOSÉ ALANCAY ¡Jala!

SEGUNDO ALANCAY ¡Jala, ah!

JOSÉ ALANCAY ¡Jala!

SEGUNDO ALANCAY ¡Jala, ah!

JOSÉ ALANCAY ¡Jala!

EL PATRÓN ¡Segundo!

SEGUNDO ALANCAY ¿Sí, patrón?

EL PATRÓN ¿Tu sabes si ya contrataron a los músicos?

SEGUNDO ALANCAY Creo que sí, patrón. El propio Félix Encalada había contratado a la banda de un tal Nazario Moncada... Ya deben estar en camino.

EL PATRÓN Bien, bien. Hay que impresionar favorablemente al gringo de la compañía maderera. Y... a propósito... ¿dónde está el viejo Encalada?

SEGUNDO ALANCAY El viejo... patrón... eh...

EL PATRÓN ¿No sabes? ¡Maldita sea! ¿No lo sabes? ¡Nadie está al tanto de lo que pasa en esta hacienda! ¡Yo, el patrón, pregunto dónde están los peones y nadie me da razón!

JOSÉ ALANCAY Está... en el ranchito...

EL PATRÓN ¿Cómo? ¿Entonces no trabaja? ¿Come de balde, a mi costilla? ¡Qué bonito! ¡Me doy la vuelta y todo el mundo hace lo que le da la real gana!

JOSÉ ALANCA Y Doña Felisa... tiene fiebre...

EL PATRÓN ¡Segundo!

SEGUNDO ALANCA Y Diga, patrón.

EL PATRÓN Anda y dile al viejo vago que venga enseguida. ¿Me has oído?

Segundo Alanca y se seca con el dorso de la mano el sudor que chorrea profusamente por el rostro y el cuerpo, al tiempo que corre, para cumplir diligentemente la orden del patrón. Cuando el patrón se retira de la ventana, Pepe Soto, asoma medio cuerpo por detrás de uno de los árboles y llama a media voz a José Alanca y.

PEPE SOTO ¡José!

JOSÉ ALANCA Y ¿Hmmm?

PEPE SOTO ¡Oye...! ¡Acércate!

JOSÉ ALANCA Y ¿Qué pasa? ¿Por qué te escondes? El patrón está furioso. ¡Está que brama! ¿Por qué no estás trabajando, como los otros? ¡Cuidado Pepe Soto...! Ya sabes que el patrón puede hacer que te saquen el sucio...

PEPE SOTO ¡Me voy!

JOSÉ ALANCA Y ¿Cómo? ¿A dónde vas?

PEPE SOTO Me largo para Guayaquil, ñañito. Mi primo Pintado, que es sacristán en la iglesia de Daule y se codea con curas, monjas y gente de billete, dice que hay bastante trabajo por allá. Él dice que pagan reque-te bien y que necesitan peones.

JOSÉ ALANCA Y Pero... tú...

PEPE SOTO Además, en Guayaquil, trabaja también un hermano mío, en realidad solo es medio hermano... hermano de padre... Él tiene un puesto de naranjas. Bueno, en realidad no es propiamente un puesto. Tiene un carretón de madera y le va súper bien. Mi primo dice que mi hermano quiere volverme a ver, porque desde chiquito no me ha visto... Yo, me largo de aquí. Esto es un infierno, ñaño. Hasta nos fuetean... ¿Quieren ustedes dos... tu ñaño y tú... venir conmigo?

JOSÉ ALANCA Y ¿Nosotros?

PEPE SOTO ¡Sí, anímense! ¿Qué pueden perder?

JOSÉ ALANCA Y Nosotros también pensamos irnos... pero a la sierra: a Riobamba, por ejemplo. La costa no es para los serranos. Mira como me

tienen los zancudos... Echo un harnero... Y las enfermedades... la fiebre, la disentería...

PEPE SOTO En Guayaquil, dice mi primo, no hay nada de eso. Guayaquil es otra cosa... Es un gran puerto, donde vive gente de billete. Hasta dicen que hay dos Guayaquiles, el Viejo y el Nuevo. Conversan que en el Estero Salado han formado el pueblo nuevo. Dicen que se halla de todo... muebles traídos desde París, ropa a la moda...

JOSÉ ALANCA Y ¿Y el agua? ¿Y la mierda?

PEPE SOTO Los azacanes venden el agua en las casas, a lomo de burro, en dos barriles, que penden de una albarda.

JOSÉ ALANCA Y ¿Y cuáles son los azacanes?

PEPE SOTO ¿No sabes lo que quiere decir azacanes? Aguadores o aguateros, los que venden el agua. Ustedes podrían llegar a ser grandes y famosos azacanes. También podrían trabajar de “mierderos”. Llegan con sus tarros y preguntan: ¿Tienen mierda? Entonces salen los de la casa y les entregan sus bacines repletos. Ustedes miden el contenido y cobran por volumen. Por un tantito así... un peso... ¿me entienden? ¿Quién no caga en estos días? Es para hacerse rico.

JOSÉ ALANCA Y No me atrae la propuesta.

PEPE SOTO Si se deciden, bajen a Babahoyo o Bodegas, como algunos llaman al pueblo. Les espero el sábado. Allí, en el mercado estaré hasta las tres y media de la tarde. No se olviden que el 24 de junio se celebra la fiesta de San Juan Bautista. Las carreras de caballos han de estar una maravilla este año. Capaz que yo también compito y me llevo siquiera una media docena de gallos.

JOSÉ ALANCA Y Pepe Soto... José Antonio... ¿Vas solo?

PEPE SOTO ¡Solo!

JOSÉ ALANCA Y ¿Y no te da miedo toparte con los montoneros?

PEPE SOTO Si me topo con ellos... les pediré que me reciban...

JOSÉ ALANCA Y ¿No tienes miedo a la muerte?

PEPE SOTO ¡Si te llega la raya, te llega!

JOSÉ ALANCA Y ¡Zambo Jáyaro...! ¡Que te vaya bien! Ya es hora de que te vaya bien, amigo.

PEPE SOTO Gracias, ñaño.

JOSÉ ALANCA Y Espero que te consigas una buena mona. Una guayaca de esas que parecen yeguas, por lo buenotas.

PEPE SOTO ¿Y entonces? Eso es lo primero. *Sale.*

El viejo Félix Encalada, llega corriendo y, casi sin resuello, entra al patio de la casa-hacienda. Detrás de él, aparece Segundo Alanca y. Encalada entra a la casa, despacio, con una mezcla de respeto y temor, el sombrero en la mano.

JOSÉ ALANCAY *A su hermano.* ¡Segundo, tenemos que decirle ahora!

SEGUNDO ALANCAY ¿Ahora? No creo que sea el momento. El patrón está como si se hubiera comido un tigre... mejor sería dejar que le pase el mal genio.

JOSÉ ALANCAY *Toma la sierra e invita a su hermano a seguir cortando la madera.* El Zambo Jáyaro se largó. Se acaba de largar ahorita. Cuando sepa el patrón que se ha quedado sin un peón, no va a dejar que nosotros nos vayamos. Si me parece que le estoy oyendo. *Imita la voz y las poses del patrón.* “¿Con quién va a quedarse la hacienda El Porvenir? ¡Maldita sea!”. Por eso, hermanito, tenemos que adelantarnos y decirle lo nuestro.

SEGUNDO ALANCAY *Mientras sierran la madera.* Mejor... no le diremos. ¿Por qué tenemos que decirle?

JOSÉ ALANCAY ¿Y... seguir aquí toda la vida? Ya mismo llega el invierno. Los moscos nos van a poner el cuerpo color de hormiga. ¿Ya no te acuerdas, hermanito? Con el lodo hasta las rodillas hay que sacar la madera. Y las culebras y los alacranes se vuelven más bravos con el agua.

EL PATRÓN *Desde la casa-hacienda, sin aparecer en escena, con voz atronadora.* ¡No me interesa, Encalada! Yo no voy a perder el contrato solamente porque tu mujer tiene “calentura”... ¡Este rato te largas a Babahoyo y traes las sierras nuevas, maldita sea! Quiero que retornes hoy mismo, de inmediato, sin pérdidas de tiempo. Está por llegar Mister Thomson, mañana empezamos a construir el puente y me sale este estúpido con que su mujer se está “muriendo”... Muévete y consígueme también el alambre y los clavos, iguales a los que te indiqué. ¿Me has entendido? ¿Qué esperas, cretino?

El viejo Encalada sale atropelladamente de la casa. Al pisar la última grada recibe un portazo en el trasero, propinado por el patrón.

EL PATRÓN *Desde la ventana, a los hermanos Alancay.* ¡Hey... ustedes dos! *Hace un ademán con su mano: los llama.*

Los hermanos Alancay sueltan la sierra y se precipitan a la puerta de la enorme casa de madera. Cuando éstos han entrado aparece la muerte. Se dirige hacia el tronco a medio cortar, que abandonaron los Alancay y se sienta. Abre su portafolios y rebusca entre unos papeles.

LA MUERTE *Canta alegremente* ♪♪♠.

Tempus fugit... Tempus fugit...
Sotero Moreira, peón de hacienda...
Ab intestato mortus est...
Felisa Villegas, sierva de El Porvenir...
Ab intestata morta est...
Tempus fugit... Tempus fugit...

Los hermanos Alanca y salen de la casa y sacan una mesa de madera. La colocan a un costado de la puerta. Después corren y sacan tres sillas y las acomodan alrededor de la mesa. Finalmente traen un quitasol y colocan un mantel sobre la mesa.

JOSÉ ALANCA Y A Segundo Alanca y. Arregla ese lado.

EL PATRÓN Aparece en el marco de la puerta. ¡Muévanse! ¡Traigan los vasos y la cerveza!

SEGUNDO ALANCA Y Cómo no, mi patrón. Sale.

JOSÉ ALANCA Y Se dirige al patrón. Don Atanasio...

EL PATRÓN ¿Qué quieres?

JOSÉ ALANCA Y Don Atanasio... yo...

EL PATRÓN ¿Sí?

JOSÉ ALANCA Y Mi hermano y yo, vamos a cumplir... el lunes que viene... un año de trabajo en la hacienda... y...

EL PATRÓN ¿Un año eh? ¿Y todavía no aprenden lo que se les ha repetido mil veces? ¿No te he dicho, serrano de mierda, que no sueltes la trozadora a medio cortar? ¡Fíjate como has dejado la sierra, metida en la mitad de ese tronco! Se daña la hoja, estúpido. Se daña la hoja.

José Alanca y saca la hoja de la enorme sierra y la limpia con su camisa.

EL PATRÓN Esta gente no aprende jamás. ¡Maldita sea! Entra en la casa.

Ingresa Segundo Alanca y, con vasos y botellas de cerveza. Los deja en la mesa. Mete las botellas en un balde que contiene trozos de hielo.

SEGUNDO ALANCA Y A su hermano. ¿Le dijiste?

JOSÉ ALANCA Y No pude. Empecé a decirle, pero en ese rato se fijó que la trozadora estaba en el tronco...

SEGUNDO ALANCA Y ¡Púchicas! ¿Y?

JOSÉ ALANCA Y Nada, que...

EL PATRÓN *Desde la ventana.* No levanten basura. Con este viento de verano, el serrín sube hasta acá. Dejen eso. Lo que necesito ahora es unos diez “chaguarqueros” largos, pero bien rectos. Vayan y búsquenlos donde sea.

Los hermanos Alancaay sacan la tronzadora, la limpian y están a punto de abandonar la escena.

EL PATRÓN Una vez que encuentren los “chaguarqueros”, no los traigan acá. Dejen esas cañas atrás, al lado del cobertizo grande. Mañana, cuando llegue el alambre y los clavos quiero que empiecen a construir el puente, en el sitio que les indiqué. ¡Vamos a empezar a exportar madera en grande!

SEGUNDO ALANCAAY Sí, patrón.

Los Alancaay salen y el patrón desaparece.

MISTER THOMSON *Detrás de las bambalinas, oculto a los ojos del público.* Mi creer que usted haber olvidado el camino, Mister Joaquín Hernández. Mi pensar que nosotros estar andando en círculos. ¿Para qué ser este zanja? Esto más parecer una laguna, que una hacienda.

J. HERNÁNDEZ *Detrás de las bambalinas.* ¡Cuidado, Mister Thomson! *Se escuchan dos disparos y un leve quejido de dolor.*

MISTER THOMSON *Detrás de las bambalinas.* ¿No escuchar usted un grito? A mi me parecer que usted herir alguna persona, allí, en el zanja.

J. HERNÁNDEZ *Detrás de las bambalinas.* No, yo nada escuché. Ningún cristiano en sus cabales se habría metido en esa zanja a esta hora del día. Aquí abunda el alacrán y cunde la culebra... Un paso más y era usted hombre muerto, Mister Thomson. Esas víboras son peligrosísimas... Por acá, por acá. Venga. No le tenga miedo que ya está muerta.

MISTER THOMSON *Entra.* ¡Son of a bitch!

Detrás de Mr. Thomson aparece Joaquín Hernández. Se acomoda la pistola en la cartuchera y ladea hacia la izquierda su sombrero de paja.

J. HERNÁNDEZ Estos sitios son hermosos, pero totalmente inseguros. Mire... Esa es la casa. Podemos entrar y refrescarnos. ¿Qué le parece el ambiente?

MISTER THOMSON ¡Este selva ser un infierno!

- J. HERNÁNDEZ Puede ser... pero aquí está la mejor madera del mundo. Fíjese en estos gruesos troncos incorruptibles... Se necesitan hasta seis hombres para abrazarlos totalmente.
- MISTER THOMSON Árboles parecer de buena calidad. *Aparte. ¡But our company needs to be sure!*
- J. HERNÁNDEZ Aquí abunda la madera para la construcción de barcos o viviendas. A más de la balsa, en la hacienda existen otras especies muy finas. El “guachapalí” se endurece en el agua y es casi incorruptible: excelente para construir canoas, esquifes, almadías y pequeños veleros. En realidad usted, prácticamente encuentra de todo en estas tierras, en estado natural, en estado de selva virgen: hayas, castaños, robles, abedules, alisos, avellanos, palmeras, lo que usted se imagine, lo que usted quiera. Fíjese en los copos blancos de esos algodones. Mire esos mangles.
- MISTER THOMSON ¿Mangle? *¡Let me see! Saca una lupa y analiza el tronco. ¡Good... Good... Very Good! ¡Almost perfect! ¿Cuál ser “guachapalí”?*
- J. HERNÁNDEZ Ese árbol que está allá, a su lado. ¿No le había dicho? Todo aquí es de primera.
- MISTER THOMSON Bueno, en realidad, no ser excelente madera, pero mi comprar si el precio ser *cheap*.
- J. HERNÁNDEZ ¿Cheap?
- MISTER THOMSON *¡Yes! Cheap... low price... ¿Non comprende? Bajito... piqueñito... chiquito...*
- J. HERNÁNDEZ *Llama. ¡Atanasio!, ¡Atanasio!, ¡Atanasio!*
- EL PATRÓN *Aparece en la ventana, con una carabina en la mano. ¿Quién vive? ¡Identifíquese!*
- J. HERNÁNDEZ Somos nosotros. Mister Thomson y yo, Joaquín Hernández, tu amigo del alma.
- EL PATRÓN Los esperaba. Pasen. Sean bienvenidos. Hace un momento escuché disparos, por eso salí con mi carabina automática. En esta época nadie vive seguro, amigos. ¿Mucho mosquito en el camino?
- MISTER THOMSON *¡Oh, yes!*
- J. HERNÁNDEZ Nos topamos con una culebra. Se le enroscó en la bota a Mister Thomson. Tuve que disparar.
- EL PATRÓN Ah... ¿era eso? ¿Qué tal el viaje desde Guayaquil a Babahoyo? ¿Vinieron en canoa o en algún bote a vapor?
- J. HERNÁNDEZ En canoa nos habría tomado dos días. Lo peor de todo habría sido tener que pasar la noche en Samborondón, rodeados de lagartos. En el *Washington* hicimos solo ocho horas. ¡Los

norteamericanos saben hacer bien las cosas! No hay nada que hacer. Esos botes a vapor son una maravilla.

Entran los Alanca y. Traen el cuerpo inerte de un peón.

EL PATRÓN ¿Qué le pasa al Moreira? ¿Borracho de nuevo? ¡Amárrenle a ese árbol que yo mismo le voy a quitar la “juma” a este pendejo! ¡Maldita sea!

SEGUNDO ALANCA Y Está muerto, patrón. Alguien le debe haber disparado en la plena cabeza.

JOSÉ ALANCA Y Lo encontramos aquí cerquita, en la zanja.

EL PATRÓN ¡Déjame verlo...! Parece que te comiste a mi peón, Joaquín Hernández. Me debes doscientos pesos. *Se rasca la cabeza, medio molesto por el asunto.*

J. HERNÁNDEZ Bueno... yo... Yo disparé a la víbora. ¿Cómo iba yo a saber que este pendejo estaba metido en la zanja? Debe haber rebotado la bala...

EL PATRÓN ¿Y... cómo así fue que le encontraron?

SEGUNDO ALANCA Y Andábamos buscando las cañas que usted nos pidió, patrón, los “chaguarqueros”. Y allí fue que lo vimos... El Moreira debe haber estado en la zanja, haciendo sus “necesidades”, porque lo encontramos embarrado en mierda y con el pantalón en las rodillas.

EL PATRÓN Déjenlo allá mismo, en la zanja. De todas formas ya pensaba taparla... *A Joaquín Hernández.* ¡Hernández, no te olvides que me debes una! *A los Alanca y, que no se han movido.* ¿Y a ustedes que les pasa? ¿Qué quieren, que me ponga a llorar por ese inútil? El Moreira tenía que morir... y murió. Eso es todo. Andaba por allí... hay tanta víbora venenosa en estas haciendas... *A Joaquín Hernández.* ¿Verdad Joaquín Hernández? *A los Alanca yes.* ¡Muévanse, muévanse! *A Mister Thomson.* Como le estaba diciendo, Mister Thomson... ahora que ya hemos superado el “problemita” que les causó ese maldito montubio... podemos hablar de negocios. ¡Ah... me siento de buen humor!

SEGUNDO ALANCA Y *A José Alanca y.* Aprovecha... ¡El patrón está de buen humor!

JOSÉ ALANCA Y *Se acerca al patrón.* Don Atanasio, usted perdone... quisiera decirle que hemos resuelto, mi hermano y yo, dejar mañana “El Porvenir”. Mejor dicho, que solicitamos su permiso para...

EL PATRÓN ¡Ustedes a ninguna parte van... a menos que quieran podrirse en la cárcel...! ¿O se han olvidado que cada uno me debe nada menos que cien sures?

JOSÉ ALANCAY Pero... don Atanasio... Nosotros hemos trabajado un año duro, durísimo, en “El Porvenir”...

EL PATRÓN Alancay, Alancay, me parece que te has olvidado que las deudas crecen... El trabajo de ustedes, el fruto de ese trabajo holgazán, no me alcanza ni para cubrir los intereses... Apúrense que el Moreira está empezando a volverse pestilente... Si de vivoapestaba... imagínense ahora que está muerto.

J. HERNÁNDEZ Con el calor que hace...

Los Alancay salen, y se llevan con ellos el cadáver.

EL PATRÓN Ahora si, hablemos de negocios... ¿Una cerveza helada? *Sirve los vasos.* Como usted podrá apreciar, Mister Thomson, este es un bosque húmedo tropical prácticamente virgen. Todo lo que usted ve, me pertenece. Y los peones están incluidos... Mañana empezaremos a construir el puente para sacar la madera. Sin embargo, si queremos ganar buen dinero, tenemos que hacer algunas inversiones. Hay que construir una trocha firme, que no se convierta en pantano en el invierno. Tenemos que comprar sierras eléctricas, tractores para mover los troncos, barcazas para enviar los palos por el río. Todo eso requiere de capital... Y allí es donde entra la compañía... ¿Me ha comprendido?

MISTER THOMSON La compañía querer hacer inversión, pero primero necesitar reglas de juego claras.

EL PATRÓN ¡Reglas! ¿Qué reglas? Yo hablo de negocios y ustedes hablan de “reglas” ¡Siempre salen con el cuento de las reglas! ¿Qué es lo que tanto le preocupa... a la compañía?

MISTER THOMSON El general Alfaro.

EL PATRÓN ¿Y qué tiene que ver el alzado de Alfaro en todo este negocio?

MISTER THOMSON Mi necesitar ser bien seguro. La compañía tener información de muchos problemas. Nosotros haber invertido *to much money* para controlar a mister Eloy Alfaro. Las operaciones en el norte estar paralizadas y esto ser una pérdida.

J. HERNÁNDEZ Ese tal Alfaro es un pobre diablo. Yo puedo asegurarle que en quince días lo agarran. Lo están acorralando de lo lindo. ¡Con el ejército no hay pendejadas! Además, para hombres de negocios como nosotros, eso no tiene la menor importancia. Si pierde Alfaro, exportamos la madera en bruto. Si triunfa Alfaro, cortamos “polines”, durmientes o traviesas para el ferrocarril y los vendemos al gobierno. Dicen que el hombre tiene entre ceja y ceja construir un ferrocarril hasta Quito, para integrar físicamente al país.

EL PATRÓN Joaquín Hernández tiene razón. Es un negocio redondo.

Entra apresuradamente el viejo Félix Encalada.

FÉLIX ENCALADA Buenas tardes, patrón... *Cruza el escenario y está a punto de salir.*

EL PATRÓN ¡Encalada!

FÉLIX ENCALADA Sí, patrón.

EL PATRÓN ¿Qué fue de los músicos?

FÉLIX ENCALADA Están por llegar, patrón *Nuevamente va a salir del escenario.*

EL PATRÓN ¡Encalada!

FÉLIX ENCALADA Mi mujer, patrón... Se está muriendo...

EL PATRÓN ¡Ven acá, viejo imbécil!

FÉLIX ENCALADA La Felisa...

EL PATRÓN ¡La Felisa ya está muerta, maldita sea! ¿De cuándo acá esta gente no quiere obedecer lo que yo ordeno? ¡Ven acá, te digo!

Félix Encalada obedece. Sus ojos están llenos de lágrimas.

FÉLIX ENCALADA ¿La Felisa... la Felisa murió...? ¿Murió, sin que yo la vea... sin que yo...?

EL PATRÓN *Sirve un vaso de cerveza.* Toma, bebe Encalada. ¡Tranquilízate, carajo! Todos tenemos que morir. Tú, yo, todo el mundo. A todos nos llega la hora. ¡Maldición! Y para que veas el afecto que yo le tenía a la Felisa, toma estos veinte sucses, para el entierro. Después lo anotas a tu cuenta. Ya ni me acuerdo cuánto me debes. Ahora, entra y tráeme otra botella de cerveza, pero bien helada.

Félix Encalada se mueve en el escenario como un sonámbulo.

EL PATRÓN ¡Muévetel! *Le pateo.* ¡Muévetel, carajo! *Le empujo.*

FÉLIX ENCALADA La Felisa... era tan linda... era tan santa... era tan mía... *Sale.*

EL PATRÓN *A Mister Thomson y a Joaquín Hernández.* Vamos adentro. El calor se está volviendo insoportable. *A Joaquín Hernández.* ¿Me ayudas con las botellas y los vasos?

El patrón, Mister Thomson y Joaquín Hernández entran a la casa de hacienda. Después de minutos aparecen en el escenario Nazario Moncada Vera, Esteban Pacheco y Severo Mariscal. Ellos llegan con sus instrumentos a cuestas: un saxo, un bajo y un redoblante.

NAZARIO MONCADA ¿Será esta la hacienda maderera “El Porvenir”?

SEVERO MARISCAL Parece que esta misma es. Fíjese como han apilado allá tanto tronco. Por aquí no veo café, no veo guineo, no veo arroz, solamente hay árboles y troncos aserrados.

ESTEBAN PACHECO Y para salir de dudas... ¿Por qué no preguntamos?

NAZARIO MONCADA ¡Púchicas que usted es inteligente, Pacheco! ¡Vamos, pregunte! ¡Acérquese a esa puerta y pregunte!

Esteban Pacheco golpea la puerta de la casa de hacienda.

EL PATRÓN *Desde la ventana, apuntándoles con una carabina.* ¿Quiénes son ustedes y qué quieren en estas tierras?

NAZARIO MONCADA Somos los de la banda de músicos que mandaron a contratar los dueños de esta hacienda, señor...

EL PATRÓN ¿De modo que ustedes son los de la banda? ¿Y dónde está el resto?

NAZARIO MONCADA Solo somos los tres, señor.

EL PATRÓN ¿Tres? ¿Dónde se ha visto una banda de tres músicos? Yo tengo la culpa, por confiarme de estos peones imbéciles.

Entran los hermanos Alanca y.

SEGUNDO ALANCA Y ¡Ya le enterramos, patrón!

JOSÉ ALANCA Y ¡En la zanja mismo le echamos, patrón!

SEGUNDO ALANCA Y ¡Bastante tierra, le lanzamos, patrón!

JOSÉ ALANCA Y ¡Bien cubierto quedó el cuerpo, patrón!

SEGUNDO ALANCA Y ¡Nadie se podría dar cuenta, patrón!

JOSÉ ALANCA Y ¡Ahora, ya podemos irnos, si usted no manda otra cosa, patrón!

EL PATRÓN ¡Esperen! Cuando llegaron hace un año y me pidieron que les reciba como peones en la hacienda, ¿no cargaban ustedes unos artefactos musicales?

SEGUNDO ALANCA Y ¡Sí, patrón: un requinto y un barítono, patrón!

EL PATRÓN ¿Y... los conservan aún?

JOSÉ ALANCAÏ Sí, sí, todavía los tenemos, patrón.

EL PATRÓN Y... ustedes... ¿saben tocar esos... trastos?

SEGUNDO ALANCAÏ ¡Sabemos, patrón!

EL PATRÓN ¿Y entonces, qué carajo hacen allí, parados como mulas en aguacero? ¡Vayan y traigan los malditos instrumentos y acompañen a estos tres inútiles que contrató el viejo Encalada!

Los hermanos AlancaÏ salen corriendo, siempre obedientes a la voz del patrón.

EL PATRÓN ¿Y... a ustedes... dónde les contrató el viejo Encalada?

NAZARIO MONCADA En la feria de Babahoyo, señor. Allí estábamos tocando...

EL PATRÓN ¿Y qué tipo de música tocan ustedes?

NAZARIO MONCADA De todo, señor. Tocamos porros, mambucos, guarachas, pasodobles, valsecitos, aires marineros, zamacuecas... Lo que usted pida. A ver, muchachos, demos una demostración aquí, al caballero.

Los músicos afinan sus instrumentos.

EL PATRÓN Venga, Mister Thomson, acérquese a la ventana, que ya han llegado los músicos que contraté, para que alegren la noche.

Se acercan a la ventana Mister Thomson y Joaquín Hernández.

LOS MÚSICOS  Cantan y tocan.

San Juanito, nito,
de puli, pulí
¡Sácate los ojos!
¡Dámelos a mí!

Sanjuan de contraste
¿por qué me flechaste?
Un beso me “daste”
y así me dejaste.

Llegan los hermanos AlancaÏ con sus instrumentos musicales.

EL PATRÓN Bueno muchachos, ahora que ya están completos, toquen algo alegre. Esa música serrana es demasiado triste.

ESTEBAN PACHECO *A los hermanos Alancay. ¿Afinamos?*

JOSÉ ALANCAY Estamos listos, maestro.

Los músicos afinan, intercambian notas, y luego, interpretan un cadencioso "porro" ♪♪♠.

VOZ DEL NARRADOR Así, el destino, caprichoso siempre, quiso que los Alancay, por orden directa de su propio patrón, se unieran a la banda de Nazario Moncada Vera. Felices tocaron durante toda la noche, a la luz de las pálidas estrellas. Y cuando el patrón se quedó dormido, abotagado de tanta cerveza helada, escaparon con los músicos, felices de haber encontrado al fin, su anhelado destino.

Cae el telón. Los miembros del coro ocupan su lugar.

CORO ¿No hay alguna solución
que detenga ya el terror...?
¡Todo es muerte y cruel dolor
en esta revolución!

Cuerpos blancos yo no encuentro
entre los muertos y heridos.
Solo los negros ardidos
tienen el plomo hasta dentro.

También los cholos alzados
han caído hecho pedazos
y esperan los gallinazos
por los montes y vados.

Los gringos y los ricachos
todos los conflictos fraguan.
Y en el campo se desaguan
en roja sangre los machos.

Trabajan ya sin horario
los hombres de mi país,
para que el amo infeliz
le robe el justo salario.

Zamacuco: Banda de Pueblo

Pucha que tiempo más recio
para dedicarse al arte.
Bueno es buscar otra parte
donde no haya tal desprecio.

El coro se retira.

En Daule, en el pretil de la iglesia

EN DAULE, EN EL PRETIL DE LA IGLESIA

Tejón Macho atraviesa de izquierda hacia la derecha. Porta un cartel grande, donde se lee “II ACTO: DAULE, PROVINCIA DEL GUAYAS, LA IGLESIA DEL PUEBLO”.

Nos encontramos en la plaza principal de Daule. La iglesia se levanta majestuosa, con su pretil de piedra y su torre blanca, que apunta hacia el cielo. Al lado de la iglesia, la puerta de la Casa Parroquial permanece cerrada. A un costado, vemos una tienda de abarrotes cerrada y una cantina abierta.

VOZ DEL NARRADOR ¡Silencio! Seguramente el cura aún no se ha levantado y duerme a pierna suelta. ¡No lo vayamos a despertar, es bastante cascarrabias! ¡Qué pueblo tan civilizado! Es aún muy temprano, pero ya han abierto la cantina. Bueno, esto es bastante lógico, por cierto. Como siempre, la venta de licores exige una atención al público muy esmerada. El producto se puede necesitar las veinticuatro horas del día.

Ha salido el cantinero y se ha puesto a limpiar con un mantel las mesas y las sillas colocadas afuera del establecimiento. La calle está vacía. Dos forasteros se aproximan. Entran Ramón Piedrahita y Tejón Macho.

TEJÓN MACHO Esta debe ser la iglesia, papá. Mira, allá, ese rótulo. ¿Qué dirá?

RAMÓN PIEDRAHITA Pregúntale a ese cantinero.

TEJÓN MACHO Señor Cantinero. ¿Me podría decir, qué es lo que está escrito en ese rótulo?

EL CANTINERO ¡Casa Parroquial de Daule!

RAMÓN PIEDRAHITA Ojalá tengamos suerte, hijo. ¿Quieres que te ayude con el bombo? Debes estar cansado.

TEJÓN MACHO No estoy cansado.

RAMÓN PIEDRAHITA No hay nadie en esta plaza.

TEJÓN MACHO ¿Suspenderían la fiesta?

RAMÓN PIEDRAHITA Pregúntale al cantinero.

TEJÓN MACHO Ahora te toca a ti, papá.

RAMÓN PIEDRAHITA Buenos días, disculpe usted...

EL CANTINERO ¡Ordene!

RAMÓN PIEDRAHITA ¿Es hoy la fiesta de Nuestro Señor de Los Milagros?

TEJÓN MACHO ¿O la han trasladado para otro día?

EL CANTINERO ¿Trasladarla? ¡Ni Dios quiera! Si es justamente en estos días que la venta se compone. Fíjense como tengo ya listas las botellas de Mallorca. Apenas lleguen los priostes comenzará lo bueno. Esta fiesta del Señor de los Milagros es una bendición.

Por una de las boca calles aparece Tomás Macías. Está medio borracho. Bebe el último sorbo de su botella de aguardiente y se queda como atontado, mientras mira fijamente la aguja de la torre de la iglesia.

TEJÓN MACHO Papá, mire... Allá está su primo.

RAMÓN PIEDRAHITA ¿Qué hará ese sujeto por aquí?

TEJÓN MACHO ¿Quiere que le llame?

RAMÓN PIEDRAHITA No, déjalo. Anda peleado conmigo.

TEJÓN MACHO ¡Viene para acá!

TOMÁS MACÍAS ¡Hola sujeto! ¿Qué hace por aquí? Yo lo hacía en “Dos Esteros”.

RAMÓN PIEDRAHITA ¿Para qué se me acerca, sujeto?

TOMÁS MACÍAS ¿Y tú, muchacho?

TEJÓN MACHO ¡Papá! ¿Qué le contesto?

RAMÓN PIEDRAHITA ¡Váyase!

TOMÁS MACÍAS *Extiende francamente la mano derecha a Ramón Piedrahita.* Oiga, sujeto; dejémonos de vainas y vamos entrando nuevamente en amistad.

RAMÓN PIEDRAHITA *Le da la mano a Tomás Macías.* ¡Bueno, sujeto! ¡Está bien! ¡Amigos, nuevamente!

TOMÁS MACÍAS ¡Amigos y primos, hasta la muerte! ¿Y se puede saber qué negocios le traen por Daule?

RAMÓN PIEDRAHITA Estamos aquí por la fiesta de nuestro Señor de los Milagros.

TOMÁS MACÍAS No sabía que usted se me ha vuelto religioso...

RAMÓN PIEDRAHITA Espero juntarme a la banda de música de un tal Nazario Moncada Vera. ¿Ha oído hablar de él?

TOMÁS MACÍAS Conozco a ese sujeto.

RAMÓN PIEDRAHITA ¿Lo conoce?

TOMÁS MACÍAS A mí, me gusta como toca... pero hay algunos entendidos que lo critican todo y dicen que hace unas “tocatas infames”. ¿Y... usted... sigue resentido, sujeto?

En Daule, en el pretil de la iglesia

RAMÓN PIEDRAHITA Ya sabe que soy como la canoa, primo: una vez que usted ha achicado el agua, vuelvo a lo mismo...

TEJÓN MACHO ¿Ya puedo saludar a su primo, papá?

RAMÓN PIEDRAHITA Salúdale, hijo.

TEJÓN MACHO Buenos días, sujeto...

TOMÁS MACÍAS Está creciendo el muchacho... ¡Cómo pasa el tiempo! ¿Verdad, sujeto? Deben ser ya más de seis meses... desde que... quiero decir...

RAMÓN PIEDRAHITA Seis meses y medio...

TOMÁS MACÍAS Yo quise asistir al entierro, pero no pude. Es la verdad, sujeto.

RAMÓN PIEDRAHITA Son cosas del pasado.

TOMÁS MACÍAS ¿Y... el muchacho...? ¿Sufre... mucho...?

RAMÓN PIEDRAHITA Era su madre... ¿no? Lo único que nosotros teníamos. ¡Maldita sea la muerte que nos arrebató a nuestros seres más queridos...! ¡Maldita sea!

Entra la Muerte y se acerca donde Ramón Piedrahita.

LA MUERTE *Canta en tono fúnebre* ♪♪♦

¡Morituri salutant!

Los muertos no me insultan.

Absit injuria verbo.

Pronto serás... mi siervo...

¡O tempora! ¡O mores!

Déjate de rumores.

¿Por qué me has maldecido?

Si te tengo elegido...

Una cuenta pendiente

te llega, de repente.

RAMÓN PIEDRAHITA Oiga sujeto... qué cosa más extraña. He vuelto a sentir el mismo frío: es el frío que sentí la noche que se murió la mamá de mi hijo...

TEJÓN MACHO Yo también lo he sentido, papá.

LA MUERTE *A Tomás Macías. Invítale un trago, sujeto... ¿No ves que el hombre se está muriendo? A Ramón Piedrahita. Aún no te ha llegado la hora, Ramón Piedrahita. Abre su enorme libro. Aquí en el libro está escrito, que la gota que derramará el vaso, será... una simple botella de Mallorca... Tu primo va a invitarte... Acéptela con gusto... Ya nos*

veremos, Ramón Piedrahita... ya nos veremos... Mientras tanto... *¡requiescat in pace!*

La Muerte abandona el escenario, pero se olvida su gran registro. Tejón Macho mira el enorme infolio y lo toma.

TEJÓN MACHO Mira, papá, me encontré un libro enorme. ¡Cómo pesa!

RAMÓN PIEDRAHIRA Seguramente es el registro de la iglesia. En uno parecido escribieron tu nombre cuando te bautizamos...

TEJÓN MACHO ¿Sí? Es muy lindo este libro...

TOMÁS MACÍAS *A Ramón Piedrahita.* ¿Se toma un trago, conmigo, sujeto?

RAMÓN PIEDRAHIRA Como usted diga, sujeto.

Los dos hombres y el muchacho entran a la cantina. Por la puerta de la Casa Parroquial salen Pintado y Ana Lucía.

ANA LUCÍA Usted me juró que era administrador de la Casa Parroquial. Usted es un mentiroso.

PINTADO ¿Qué le ha faltado a usted, mujer? ¿No tiene un techo donde dormir? ¿No tiene un pedazo de pan (ganado honradamente) para llevarse a la boca? ¿No le soy fiel?

ANA LUCÍA Techo... con goteras.

PINTADO ¿No tiene una cama amplia, con sábanas y colchas?

ANA LUCÍA Y sin toldo. Los moscos me pican y ya me tienen el cuerpo hecho una mazorca de maíz: mire usted los granos y los forúnculos que traigo encima...

PINTADO ¿Qué culpa tengo yo si usted mismo tiene sangre dulce para los mosquitos?

ANA LUCÍA Si hubiera sabido todo esto... no me hubiera casado, no me hubiera casado... con usted.

PINTADO ¡Ele ve pues... con lo que sale! ¿No me hizo detener usted misma con la Rural? ¿No me encerraron en la cárcel? ¿No me siguieron juicio usted y su papá, por violación, rapto, estupro y ni se qué otras patrañas? Por más que grité y vociferé que era inocente... no me creyeron y me obligaron a casarme con usted. ¡O se casa o va al tarro! Así me dijeron. ¿No se acuerda, mi bonita? La culpa no fue mía. ¡Usted misma me empujó, pues!

ANA LUCÍA Sí, culpa suya es. ¿Por qué se enamoró de mí, precisamente de mí? ¿Por qué no se enamoró de Bachita? ¿Por qué me mintió y me dijo que usted era el administrador cuando resulta que usted, sí usted, ha sido un insignificante sacristán?

PINTADO ¡Administrador!

ANA LUCÍA ¡Sacristán!

PINTADO ¡Administrador!

ANA LUCÍA ¡Sacristán!

PINTADO Dígame... ¿quién le administra el vino, al señor cura? ¡Yo!
¿Quién administra las velas a todos los santos? ¡Yo! ¿Quién administra los misales? ¡Yo!

ANA LUCÍA Al diablo. Al diablo con todos esos cuentos. Ya no le soporto más. Me voy a mi casa.

PINTADO ¡No puede irse usted, Ana Lucía! ¡Anita Lucía, no puede irse!

ANA LUCÍA ¿Y se podría saber por qué?

PINTADO ¡Porque Monseñor está aquí!

ANA LUCÍA ¡Al diablo con su Monseñor! Haber vivido con este hombre un año entero... los doce mejores meses de mi joven vida... trescientos sesenta y cinco días de miseria...

PINTADO ¿Trescientos sesenta y cinco?

ANA LUCÍA Bueno... puede quitarle unos treinta... ¿Y el resto? ¿Qué cosa puedo aspirar a su lado?

PINTADO Yo no tengo la culpa de ser un simple administrador de la iglesia, o... sacristán como usted lo dice, con tanto desprecio. Hago lo que puedo. ¿Quiere usted jamón? ¡Lo robo de la despensa del señor cura! *Se santigua.* ¡Dios me perdone! ¿Tiene ganas de morcilla? Como un gato me subo por el techo y asalto el comedor del señor cura. *Se santigua.* ¡Dios me perdone! ¿Quiere un vestido nuevo? ¡Asalto por las noches la caja de las limosnas! *Se santigua.* ¡Dios me perdone! ¿Qué más quiere que haga, Anita Lucía?

ANA LUCÍA Si... por lo menos buscara usted... otro trabajo.

PINTADO ¡Lo intentaré! ¿Qué profesión le gustaría a usted? ¿Abogado? Estudiaré y seré el mejor abogado de los tribunales de la República. ¿Ingeniero? ¡Construiré los mejores puentes! ¿Político? ¡Me comeré con gusto la plata del pueblo!

ANA LUCÍA ¿Por qué no busca un puesto de peón, en una buena hacienda, como todo el mundo? Es usted un loco, un verdadero loco. No cambiará jamás. Voy adentro, debo arreglar el altar, hay que limpiar los candelabros. *Entra a la iglesia.*

PINTADO ¿Por qué acepté la invitación de Pepe Soto? ¿La quiero? ¿No la quiero? ¿Me ha traído felicidad? ¿Me ha traído desventura?

Entran Nazario Moncada Vera, Esteban Pacheco, Severo Mariscal, y los hermanos Alancay.

- NAZARIO MONCADA No podemos quejarnos de Daule.
- SEGUNDO ALANCA Y La verdad nos ha ido bien, hasta ahora. Sobre todo a ti, Severo.
- NAZARIO MONCADA Cuidado vaya a empreñar alguna hembra de las de por aquí, amigo. Porque usted si que es a la fija. *Le da una palmada a Severo Mariscal*. Pero... en el fondo es usted un buen muchacho.
- JOSÉ ALANCA Y ¿Dónde queda ese salón? ¡Estoy que me muero del hambre!
- SEVERO MARISCAL No seas flojo. ¿Por qué no aprendes de Pacheco? No prueba carne desde que nació y no se queja como tú.
- ESTEBAN PACHECO Ya sé que no tengo la suerte que tienes tú con las mujeres... pero no por eso vas a ponerme zancadillas...
- SEGUNDO ALANCA Y Lo que pasa es que Pacheco es muy romántico.
- NAZARIO MONCADA ¿No es Pintado el que está sentado allá, en el pretil de la iglesia?
- MANUEL MENDOZA ¿El que estuvo en el baile de las Martínez?
- NAZARIO MONCADA En el velorio, diría yo.
- SEVERO MARISCAL Hasta ahora no me explico cómo fue que se le ocurrió morirse al viejo Goyo Silva justamente aquella noche.
- NAZARIO MONCADA Mire amigo, lo que sucede es que la gente se muere cuando le da la gana. *Se acerca al pretil*. ¡Pintado!
- PINTADO ¿Ustedes?
- NAZARIO MONCADA ¿Se acuerda usted, amigo? Creo que estuvimos juntos durante una noche... un poco extraña, allá en la casa de las Martínez...
- PINTADO ¿Qué si me acuerdo? ¡No podré olvidar nunca esa bendita o maldita noche!
- SEGUNDO ALANCA Y ¿Qué ha sabido usted de su primo Pepe Soto? El trabajaba, como mi hermano y yo, de peón en la hacienda El Porvenir, cerca de Babahoyo. Un día se acerca y nos dice que se va a Guayaquil, a ganar buen billete. Hasta nos invita a nosotros. Nos dice que usted gana una fortuna y que su hermano tiene un carrito para vender naranjas. Total, al parecer, todo eso era puro cuento. ¿Es cierto que se ha unido al grupo de rebeldes y anda con ellos para hacerle la revolución al gobierno?
- PINTADO Lo del carrito de naranjas es verdad. En cuanto a mí. Ya ven... no soy un potentado... Pepe Soto, Pepe Soto... Después que me casé nada he vuelto a saber de él.
- ESTEBAN PACHECO ¿Dice usted que se casó?

PINTADO ¿No lo supieron ustedes?

SEGUNDO ALANCA Y ¿Y cómo íbamos a saberlo, si tuvimos que salir huyendo del pueblo, después que a Severo le encontraron nada menos que en el dormitorio de la tal Juliana...

PINTADO *A Severo Mariscal.* De la que se salvó usted, amigo.

SEGUNDO ALANCA Y Y las que nos ha hecho pasar ese muchacho. Si le contáramos a usted las veces que hemos tenido que librarle de las mismísimas puertas de las comisarías...

PINTADO Y... díganme... ustedes están hospedados aquí... o solo están de paso.

NAZARIO MONCADA Estamos en una pensión. Creo que se llama: "Dos hermanas"... o algo así.

PINTADO ¿"Las dos hermanas"?

NAZARIO MONCADA ¡Eso es! Hemos pasado ya una semana aquí. Pensamos ir mañana a Santa Elena. No podemos quejarnos, en esta plaza nos ha ido muy bien.

SEGUNDO ALANCA Y Hemos tenido contratos todos los días. El lunes estuvimos en la fiesta del "Daule Sporting Club", el martes en el "Daule Hunting Club", el miércoles en el "Daule Junior School", el jueves...

PINTADO ¿Estuvieron en la fiesta de la viuda de Cedeño? Se realizó en el "Daule Widows Club".

NAZARIO MONCADA Sí. También tocamos allí.

PINTADO Algo me contaron acerca de esa fiesta. Parece que se gastó mucho dinero.

SEVERO MARISCAL Fue una fiesta elegante... pero aburrida.

SEGUNDO ALANCA Y Estuvimos también en el baile que organizaron los cafetaleros.

PINTADO ¿En el "Daule Cofee Club"? Todos esos hacendados deben estar forraditos de dinero.

NAZARIO MONCADA No lo creo... Esos negocios tienen sus épocas buenas y sus épocas malas...

JOSÉ ALANCA Y ¿Piensan ir ustedes a almorzar o se van a quedar aquí toda la mañana?

REDENTOR MIRANDA ¡Bueno... vámonos a comer que estoy empezando a ver hasta luces!

NAZARIO MONCADA Ya nos veremos, amigo.

SEGUNDO ALANCA Y Hasta la vista.

SEVERO MARISCAL Saludos a su señora...

PINTADO ¿Por qué no vienen esta tarde? Es la fiesta del Señor de los Milagros...

NAZARIO MONCADA Todos tenemos que descansar, amigo....

SEGUNDO ALANCAY Vendremos si alguien nos contrata...

Los músicos salen.

ANA LUCÍA *Aparece en la puerta de la iglesia.* ¡Pintado! Ven que ya sale el señor cura y monseñor.

Pintado entra apresuradamente a la iglesia. Por una puerta lateral, aparecen Monseñor y el cura de Daule.

EL CURA Parece que este año la fiesta del Señor de los Milagros dejará buenas entradas, Monseñor.

MONSEÑOR Difícil es que igualen la caridad que hubo en los tiempos pasados, hijo mío. Ya no tiene el clero la fuerza vigorosa que levantaba de su apatía aún a los más reacios... Tantas cosas se leen... tantas atrocidades se ven. *¡Sic transit gloria mundi!* Ahora prefieren la diversión: fuente de todo pecado. Te digo, hijo: prefieren la diversión a la devoción, que es puerta de santidad y salvación. La iglesia, *refugium peccatorum*, está sedienta de hombres elocuentes, hombres que sean capaces de hablar directamente al corazón de los fieles.

EL CURA Por eso, justamente me he permitido escribir a su ilustrísima. ¡Qué voz tan poderosa la suya, Monseñor! Ya lo decía yo. Ese santo varón tiene que estar presente en la fiesta. Hay que hablarles, como muy sabiamente usted ya lo ha mencionado... directamente al corazón, sin que las palabras se tuerzan y pueda alguna de ellas infiltrarse en el laberinto, en la negra y espesa selva de esos incultos cerebros.

MONSEÑOR Ya veo, hijo mío, que has leído mi libro... "El cerebro: fuente de inquietud, de duda y de soberbia". Hermoso título, para libro tan bien acogido. Allí sostengo, sin ambages, que el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal es la *causa prima* de la perdición del hombre. La sed insaciable de conocimientos es tan solo soberbia. "*Vanitas vanitatum*". El malsano deseo de conocimientos arrojó al hombre del paraíso terrenal. Por eso, los soberbios, los que no creen ciegamente en la infalibilidad de la iglesia, madre amantísima, no entrarán en el reino de los cielos.

EL CURA Amen.

MONSEÑOR ¿Tiene dinero esta gente?

EL CURA Tiene plata, mucha plata, Monseñor.

MONSEÑOR Desde luego, hijo mío, tu bien lo sabes. No ha sido la avaricia la que me ha movido para acceder a tu ruego. Como padre celoso y perseverante estoy aquí, para evitar, en lo posible, que el dinero los pervierta. Ya lo dice el Apóstol San Mateo: “No hagáis tesoros en la tierra, en donde la polilla y el orín corrompen y en donde los ladrones minan y hurtan”.

EL CURA Si su eminencia habla no habrá quien se resista. Lo importante es que vengan. ¿Qué debemos hacer, Señor, para que todos vengan? ¿Cómo atraerlos?

MONSEÑOR Dime, hijo, en las confesiones que has escuchado, ¿cuáles son los pecados más frecuentes?

EL CURA ¡Monseñor!

MONSEÑOR Que no te horrorice mi pregunta, hijo mío. Tranquiliza tus escrúpulos y no temas. Dime: ¿cuáles son sus debilidades?

EL CURA El secreto de confesión me impide hablar, su ilustrísima... el secreto...

MONSEÑOR *Enérgico.* Estás confundido, hijo mío. El “secreto de confesión” rige individualmente. No te pido que me reveles las faltas de uno de nuestros amadísimos hermanos, en particular. Te conmino a que me muestres las debilidades y flaquezas de todo el pueblo. En esto nada tiene que ver el “secreto de confesión”. Nosotros somos los responsables de la salvación de esta grey. Somos los pastores y es nuestra obligación conocer a fondo nuestro rebaño. Cada feligresía tiene su punto flaco. Si el zagal no lo sabe, ¿cómo podrá aplicar allí, justamente en ese punto, la fuerza de su báculo? Dime: ¿son libidinosos? ¿Hombres y mujeres son libidinosos? ¡Contesta!

EL CURA Sí, Monseñor, lo son.

MONSEÑOR Ah... el placer de la carne. ¿Son amantes del vino? ¿De la música?

EL CURA No tienen vino, Monseñor. Toman Mallorca.

MONSEÑOR *Aparte, molesto.* ¡Qué alma más inocente! *Al cura.* Ahora, vamos a ver. ¿Qué hay con la música? ¿Les agrada bailar con las mozas?

EL CURA Con las muchachas... bailan.

MONSEÑOR Hay que contratar una buena banda de músicos. ¡Que paguen los sacerdotes!

EL CURA Se contratará, Monseñor.

MONSEÑOR Habrás notado, seguramente, que los fieles prefieren unas fiestas religiosas... a otras...

EL CURA Así es. Lo he notado.

MONSEÑOR ¿Qué fiesta prefiere esta gente?

EL CURA La que se celebra con motivo de la pascua de Resurrección.

MONSEÑOR Cuéntame, hijo mío. ¿Qué detalles acompañan a los servicios propiamente religiosos? Digo... aquí, en la plaza, ¿se realiza algún acto especial?

EL CURA Se elevan hasta el cielo cohetes, preparados con carrizo y pólvora. Desde el campanario se dejan caer palomitas hechas con papeles de colores.

MONSEÑOR Interesante...

EL CURA La banda de músicos toca algunas... machichas brasileñas...

MONSEÑOR ¡Extranjerizantes..! ¿Qué más? Dime... ¡Sigue, hijo, no te quedes callado!

EL CURA Nada más... Bueno, sí, casi me olvido. Se tiene también el descendimiento del ángel.

MONSEÑOR *Avanza hasta la puerta de la iglesia.* No te olvides de contratar a la banda de músicos. *Entra y sale nuevamente.* Un momento. ¿Dijiste: «el descendimiento del ángel»? ¿Cómo es eso, hijo mío? ¡Habla, te escucho!

EL CURA El ángel baja, atado de una soga. Desciende desde la ventana más alta del campanario y finalmente toca con sus sandalias las piedras del pretil de la iglesia.

MONSEÑOR ¡Toca con sus sandalias las piedras del pretil de la iglesia! Sí, correcto, pero... ¿quién es ese ángel?

EL CURA El ángel de la resurrección, Monseñor.

MONSEÑOR *Aparte, visiblemente contrariado.* ¡Qué alma más cándida! *Al cura, con dulzura.* Ese ángel... ¿es alguna... estatua? ¿Se trata de algún muñeco, de un bello doncel, acaso?

EL CURA Ese ángel es representado siempre por la muchacha más guapa del pueblo.

MONSEÑOR Es todo lo que quería saber. *Para sí.* ¡Hoy descenderá sobre este pueblo el Espíritu Santo, en persona!

EL CURA *Llama a gritos.* ¡Pintado! ¡Pintado! ¿Dónde se habrá metido este diablo de sacristán? ¡Pintado! Sordo, más que sordo: tapia de adobe. ¡Pintado!

PINTADO ¡Ya voy, ya estoy aquí! Ya, ya oí. Aquí me tiene, señor cura. ¿Para qué soy bueno?

EL CURA ¡Bueno para nada! ¿Dónde estabas metido? De seguro andabas merodeando por la sacristía o por la despensa. Desde que te casaste te has pervertido... Ya lo dicen los evangelios: ¡huye de la carne y de toda abominación!

En Daule, en el pretil de la iglesia

PINTADO Señor cura. No me he tomado el vino. Tampoco en la despensa he comido jamón o las morcillas. Ni he mordido las manzanas rojas que estaban en el refectorio...

EL CURA ¡Las manzanas de Monseñor! Esto es el colmo, Pintado... media libra de buen jamón serrano...

PINTADO A lo sumo habrían unas cuatro onzas... Además, le advierto a su reverencia que el jamón está rancio, las morcillas pasadas... las manzanas, verdes y el vino... agrio. Si alguien se atraganta con estos manjares malogrados pudiera morir. Yo mismo, que tengo barriga de limosnero, me siento un poco mal.

EL CURA Oh, Señor, qué uno tenga que servirte, a pesar de estar rodeado de sabandijas como ésta. *Le amenaza con el bastón...* ¿Y qué es lo que tienes en el bolsillo?

PINTADO Esta botella es mía, señor cura. Nada tiene que ver con las otras que su reverencia guarda en la sacristía. Se lo prometo.

EL CURA Trae acá la botella, sacrílego. *Le arrebató la botella.* Quiero que vayas a la pensión "Las dos hermanas". Según tengo entendido, allí se hospedan unos cuatro o cinco individuos, de esos que meten ruido. Quiero que contrates a tales músicos. Diles que vengan a tocar en esta plaza. Monseñor lo ha dispuesto así y es nuestra obligación obedecerle.

PINTADO ¿Y les pagarán?

EL CURA Los priostes pagarán lo que sea.

Ramón Piedrahita y Tejón Macho salen de la cantina. El muchacho carga el registro de la muerte y el bombo, a cuestas.

RAMÓN PIEDRAHITA Disculpe, señor cura, ¿podemos?

Ni el cura, ni Pintado prestan la menor atención a los músicos. Cuando Ramón Piedrahita se les acerca, se viran y continúan dialogando entre ellos, como si el hombre no existiera.

EL CURA A Pintado. Después de llamar a los músicos, te pasas por la casa del Teniente Político.

PINTADO ¿Para lo del gallo ciego?

EL CURA No, por lo de las cintas.

RAMÓN PIEDRAHITA ¿Puedo hablarle, señor cura?

EL CURA Después de traer las cintas, arregla las sillas. Una de ellas se ha desclavado en el espaldar y a la otra se le ha caído la pata. Precisamente anoche, Dios nos ampare, por poco se sume las costillas nuestro venerado Monseñor. Si hubieras visto... qué caída... Lo peor de todo fue

que se regó la fuente del arroz y poco faltó para que la cacerola de sopa complete el bautizo.

RAMÓN PIEDRAHITA ¡Hey, señor abad, estoy aquí!

PINTADO ¿Y el chorizo? ¿Y la mermelada? ¿Y la jarra de vino? ¿No le cayeron encima las demás cosas?

EL CURA ¿Qué dices, zopenco? *Le amenaza con el bastón.* Si te agarro no te dejo hueso sano, bribón. Burlarse de la autoridad eclesiástica. ¿No sabes, oh infeliz sacristán, que los que así proceden han de precipitarse en las profundidades del averno? Allí será el llanto y el crujir de dientes.

Sale Pintado.

RAMÓN PIEDRAHITA ¡Su eminencia...!

EL CURA ¿Qué quieres? ¡Habla! ¿Algún problema? ¡Qué manera más soez de interrumpir la conversación de las personas! Apresúrate que no tengo tiempo. Hay que preparar la fiesta y tú vienes a presentarte precisamente cuando los segundos se me escapan de las manos. Esta gente piensa que el cura tiene la obligación de estar en todo. Oh, Dios mío, que tenga uno que bendecir, repicar, celebrar, bautizar, confesar, ayudar a bien morir y hasta escuchar impertinentes como éste.

RAMÓN PIEDRAHITA Perdone usted, su santidad, no quise molestarle.

EL CURA Escucha: nadie me ha quitado tanto tiempo como tú. Oh, Señor, que Pintado encuentre a esos músicos. Que esos hombres no se hayan marchado todavía y accedan a venir.

TEJÓN MACHO Nosotros somos músicos, señor cura.

Al escuchar que los extraños visitantes son músicos, el cura cambia de inmediato su trato. Se vuelve amable y expresa un vivo deseo por atraerles.

EL CURA ¿Músicos? Disculpenme ustedes, caballeros. Por allí hubieran empezado. ¿Son de la banda? Gracias por escucharme, milagroso Señor. ¿Por qué no me dijiste eso al presentarte, hijo mío? ¿Cuánto tiempo hace que no te confiesas?

RAMÓN PIEDRAHITA ¿Cómo dice?

EL CURA Disculpa, hijo, la costumbre. Quiero decir... ¿en qué puedo servirte?

TEJÓN MACHO *Muestra al cura el libro de la muerte.* Primero, quisiera saber qué está escrito en estas letras, señor cura.

En Daule, en el pretil de la iglesia

EL CURA *Toma el libro y lo examina con curiosidad. Lee, en voz alta su título.*

*¡Ars longa, vita brevis!
¡Sic transit gloria mundi!
¡Tempus fugit! ¡Tempus fugit!
Anno Domini 1875.*

Verdaderamente asombroso. Esto está escrito en el Latín de Virgilio. Aquí dice: El arte perdura, la vida es breve. Así de fugaz es la gloria del mundo. El tiempo huye, el tiempo huye. *Hojea, por dentro el libro.* Hay nombres y fechas. Curioso. Nombres y fechas. ¡Veamos! ¡No puede ser! Aquí está mi nombre: Valverde Pedro, cura de Daule. Siete de diciembre. Morcillas y jamones. Esto es obra del demonio. Siete de diciembre es hoy mismo. Cenaremos esta noche morcillas y jamones, con Monseñor. Y aquí está constando precisamente eso. Toma, muchacho este maldito libro. No sé de dónde lo habrás sacado, pero yo nada quiero tener con este mamotreto, que seguramente habrá sido escrito por el diablo. Dios me libre, me ampare y me santifique. Y bueno... ¿Son músicos o no lo son? ¿Pertenece o no a alguna banda o a alguna orquesta?

RAMÓN PIEDRAHITA *Nosotros somos de Dos Esteros, señor cura. Yo toco el bombo y hago sonar los platos. Toca el bombo y hace sonar los platillos.*

TEJÓN MACHO *Y yo, puedo darme volteretas o bailar como un oso, si usted lo desea. Da tres volteretas y baila como un oso, al compás del rítmico sonido que produce su padre, con el bombo.*

RAMÓN PIEDRAHITA *Juntos hacemos una buena pareja. Somos padre e hijo.*

TEJÓN MACHO *Somos hijo y padre.*

RAMÓN PIEDRAHITA *El bombo es muy importante, señor cura. Marca el ritmo. Es en realidad el padre y la madre de todos los demás instrumentos.*

TEJÓN MACHO *Y los platillos no se quedan atrás.*

RAMÓN PIEDRAHITA *Yo toco el bombo con esta mano de madera.*

TEJÓN MACHO *Y yo puedo hacer sonar los platillos, balanceándolos en el aire.*

EL CURA *¡No basta!*

RAMÓN PIEDRAHITA *¿No basta? Necesitamos trabajo, señor cura.*

TEJÓN MACHO *Necesitamos alguien que nos contrate.*

RAMÓN PIEDRAHITA *Mi hijo no ha comido en todo el santo día.*

TEJÓN MACHO Y mi papá no ha comido ni en el día de hoy ni en el de ayer...

RAMÓN PIEDRAHITA Mi hijo es casi un niño. No es justo que pase hambre.

TEJÓN MACHO Mi papá está enfermo. No es justo que ayune.

RAMÓN PIEDRAHITA *A su hijo.* ¿Quién te ha dicho a ti que yo estoy enfermo?

TEJÓN MACHO *Al cura.* Le duele la espalda y se agita. ¡Es la verdad, señor cura!

RAMÓN PIEDRAHITA No es verdad, no le crea, señor cura.

EL CURA ¡Basta, basta, basta!

TEJÓN MACHO ¿Oíste, papá? Antes dijo “No basta” y ahora dice, “Basta”. Ha cambiado de opinión.

RAMÓN PIEDRAHITA ¿Nos contratará usted? Bendito sea. *Se arrodilla y besa la mano al cura.*

EL CURA Retira de mi mano tu asqueroso hocico. En tu aliento impuro reconozco el espíritu maligno del alcohol. Has bebido. Degenerado. Mientras tu hijo pasa hambre, tú dilapidas tus escasos bienes, en el vicio. Retírense de mi presencia... que no los vuelva a mirar en el resto de mis días. *A partir de ese momento ignora a los músicos y solamente habla para sí.* Debo apresurarme y arreglar el altar. La fiesta del Señor de los Milagros dejará este año buenas entradas para el templo. *Entra a la iglesia.*

TEJÓN MACHO No debiste haber aceptado el Mallorca, papá.

RAMÓN PIEDRAHITA ¿Cómo iba a saber que este cura tenía tan buen olfato?

TEJÓN MACHO No nos queda otro remedio que...

RAMÓN PIEDRAHITA No, hijo. Eso sería empeorar las cosas.

TEJÓN MACHO Nadie va a descubrirme, papá. Me acerco cautelosamente, por atrás, sin que se den cuenta. Respiro profundo. Me pongo de cuclillas, lentamente, para que no me sientan y... me lanzo como un tigre. Lo primero que hago es taparles con mi mano, para que no cacareen, después las sujeto de las alas y regreso, permanezco oculto siempre entre las ramas, detrás de los árboles. Imagínate, papá ¡Una gallina! ¡Una gallina gorda y deliciosa, como la que robamos el martes!

RAMÓN PIEDRAHITA La robaste tú, hijo. Y... sin mi consentimiento.

TEJÓN MACHO Pero comimos los dos, papá. Y usted se relamía hasta los huesos.

RAMÓN PIEDRAHITA Esta vez... podrían verte.

TEJÓN MACHO Papá...

En Daule, en el pretil de la iglesia

RAMÓN PIEDRAHITA No... No lo harás... al menos que sea... realmente indispensable. Siéntate, hijo. Aún nos queda una esperanza...

Ramón Piedrahita y Tejón Macho se sientan en el pretil de la iglesia.

TEJÓN MACHO El señor cura debe tener gallinas gordas en su huerta. Gallinas blancas y negras...

MUCHACHO 1 *Detrás de bambalinas, sin aparecer en escena.* ¡Miren! ¡Los músicos! ¡Llegan los músicos!

MUCHACHO 2 *Detrás de bambalinas, sin aparecer en escena.* ¡Sí, son los de la banda! ¡Van a la iglesia!

MUCHACHA 1 *Detrás de bambalinas, sin aparecer en escena.* ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Ya llegó la banda!

MUCHACHA 2 *Detrás de bambalinas, sin aparecer en escena.* ¡Voy a traer a mis hermanos! ¡Espérenme para ir todos juntos!

MUCHACHO 1 *Detrás de bambalinas, sin aparecer en escena.* ¡Es la banda de pueblo! ¡Corran! ¡Corran!

VENDEDOR 1 *Atraviesa de lado a lado el escenario, con su carrito.* ¡Prensados! ¡Pida, pida, pida los sabrosos prensados! Tengo de coco, de frutilla, de mora, de chocolate, de guanábana, de piña. ¡Sabrosos los prensados!

VENDEDOR 2 *Atraviesa de lado a lado el escenario, con un balde de latón.* ¡Come y bebe! ¡Delicioso el come y bebe! ¡Rico, rico, rico, rico el come y bebe!

RAMÓN PIEDRAHITA Mira hijo, los músicos. Llegan con sus instrumentos por allá, con el sacristán.

TEJÓN MACHO Toca el bombo y yo tocaré los platillos. Que nos vean actuar, papá.

RAMÓN PIEDRAHITA Sí, hijo. También baila tú como un oso.

Ramón Piedrahita toca el bombo y Tejón Macho baila como un oso, mientras hace sonar los platillos rítmicamente. Los músicos, acompañados de Pintado, entran y celebran el espectáculo. Detrás de la banda de pueblo llegan algunos muchachos y se ubican en el pretil de la iglesia, para disfrutar de la fiesta. También llegan vendedores de globos, de maní, de naranjas y se los ve deambular entre el público y ofrecer con insistencia sus productos.

NAZARIO MONCADA El viejo tiene ritmo. Me gusta.

ESTEBAN PACHECHO Y el muchacho baila bien. Es ágil.

SEVERO MARISCAL Miren como levanta los platillos en el aire. Tiene elegancia.

SEGUNDO ALANCA Y Se nota que tienen sangre de músicos. El buen músico jamás pierde el compás.

JOSÉ ALANCA Y Tocan bien, pero parece que no han comido por lo menos durante una semana.

PINTADO No son más que unos saltimbanquis.

NAZARIO MONCADA *A Ramón Piedrahita.* ¿Cómo te llamas?

RAMON PIEDRAHITA Ramón Piedrahita, para servir a usted.

NAZARIO MONCADA *A Tejón Macho.* ¿Y tú, muchacho?

TEJÓN MACHO Cornelio Piedrahita. ¡Somos músicos!

NAZARIO MONCADA Eso se nota, muchacho. Eso se nota.

PINTADO Disculpen ustedes, voy a llamar al señor cura. *Entra a la iglesia.*

RAMÓN PIEDRAHITA Buscamos al profesor Nazario Moncada Vera. Nos han dicho que el conjunto que él dirige es el más reputado, el de más fama, el mejor de estas regiones...

NAZARIO MONCADA ¿Y quién te ha dicho todo eso?

RAMÓN PIEDRAHITA Nos lo han dicho en Quevedo, en Vines, en Ventanas, en Pueblo Viejo, en Catarama, en Baba y en Babahoyo. También nos hablaron bien del grupo en Dos Esteros y en la cantina del frente, donde me he tomado media botella de Mallorca, con un sujeto.

NAZARIO MONCADA Los que han bebido Mallorca, hablan siempre la verdad. Yo soy Nazario Moncada Vera y este es mi reputado conjunto. ¿Quieren juntarse con nosotros?

Por la puerta de la iglesia salen Pintado y el cura. Por las entradas laterales llegan algunas personas y se van acomodando a lo largo del pretil. Llega también el vendedor de come y bebe y, el de prensados.

RAMÓN PIEDRAHITA ¿Es usted Nazario Moncada Vera?

EL CURA ¿Es usted Nazario Moncada Vera?

NAZARIO MONCADA *A Ramón Piedrahita.* Sí. Yo soy Nazario Moncada Vera, para servir a usted. *Le da la mano a Ramón Piedrahita. De inmediato se vuelve hacia el cura.* Sí. Yo soy Nazario Moncada Vera, para servir a su reverencia.

EL CURA *A Ramón Piedrahita.* ¿No le dije que se marche? Estos saltimbanquis... Deberían encerrarlos.

En Daule, en el pretil de la iglesia

NAZARIO MONCADA *Al cura.* Si usted se propone insultar a los integrantes de mi reputado conjunto musical... no habrá contrato. Vámonos muchachos. *Los músicos inician la retirada.*

RAMÓN PIEDRAHITA Gracias, don Nazario.

VENDEDOR DE MANÍ ¡Maní! ¡Sal prieta! ¡Deliciosa la sal prieta! ¡Una funda para la señorita! ¡Una funda para el caballero! ¡Gracias!, ¡Gracias! ¡Maní! ¡Sal prieta!

EL CURA ¡Qué confusión! Cada vez entiendo menos. Oiga usted, don Nazario... Todo el mundo tiene derecho a equivocarse. Espere, no se vaya.

PINTADO Hágalo por mí, Nazario. No se vaya.

Monseñor aparece en la puerta de la iglesia. Tomás Macías sale visiblemente borracho de la cantina y se acerca hasta donde se halla Monseñor.

TOMÁS MACÍAS ¡Qué viva la fiesta del Señor de los Milagros! *Se arrodilla y besa la mano de Monseñor. Monseñor le bendice y Tomás Macías va y se confunde con el resto del público.*

MONSEÑOR Magnífico. Que empiece la banda a tocar. Ya ha llegado bastante gente.

NAZARIO MONCADA ¿Y... los pesitos? ¿Quién nos paga? Tocar, tocamos, pero primero... el dinero. Plata en mano, señores. Plata en mano.

EL CURA Comprenda usted, buen hombre. Los priostes no han llegado aún. Le pagaremos después.

NAZARIO MONCADA Está bien. Está bien. Nosotros somos pacientes y comprensivos. Que nos busquen cuando haya llegado el dinero. *Los músicos reinician la retirada.*

EL CURA ¡Pintado! Trae la caja de las limosnas. No se vayan ustedes. Esperen.

MONSEÑOR ¿Qué confusión es esta?

Pintado entra a la iglesia, veloz como el rayo. Llega más gente.

EL CURA *A los que llegan.* ¡Arrodíllense y besen la mano a Monseñor!

La gente hace fila. De uno en uno se arrodillan y besan la mano a Monseñor.

PINTADO *Sale con la caja de limosnas y una campanilla Aquí está la caja. Tropieza y cae. La plata rueda por el suelo. La gente se abalanza a recoger las monedas. No fue mi culpa. Resbalé.*

EL CURA ¡Dejen las monedas! ¡Es dinero del templo!

La gente no hace caso, pelean, se jalan unos a otros, se lanzan al suelo y guardan con ansiedad las monedas. Solamente al escuchar la potente voz de monseñor, las personas quedan arrodilladas en el suelo, como petrificadas.

MONSEÑOR ¡Deteneos! ¡Oh, pueblo impio! ¡Pueblo metalizado! ¡Pueblo engañado por las ideas de masones y liberales! ¿Acaso pensáis que el dinero lo es todo? ¡O tempora! ¡O mores! Ya lo dice nuestro visionario Arzobispo, en su pastoral: “El enemigo llama a nuestras puertas... El enemigo es el liberalismo y radicalismo en toda su más repugnante desnudez y asquerosa deformidad. La serpiente que entró en el Paraíso para tentar a nuestra común madre era por lo menos airosa, ostentaba en la piel los colores del iris, vibraban en sus ojos fascinadores rayos, su lengua trisulca pronunciaba muy halagadoras palabras... No así el enemigo que hoy nos amenaza... Monstruo es del infierno, espantoso, indescriptible, el liberalismo y radicalismo: es la gran ramera de Babilonia que vio San Juan en el Apocalipsis, como mujer sentada sobre una bestia, llena de nombres de blasfemia... Con nosotros está Dios... Con nosotros está la Azucena de Quito, la Beata Mariana de Jesús... ¡Tomad las armas y tened buen ánimo! Porque más vale morir en el combate que ver el exterminio de nuestra nación y del santuario”. ¡El cholo Alfaro os ha vuelto contra Dios! No hombres, sino bestias parecéis arrastrándoos por los suelos en busca de los bienes terrenales. ¿Es que no pensáis en vuestro espíritu y en las cosas elevadas? ¿No os han hablado de Judas Iscariote y de las treinta monedas que le fueron entregadas, justamente tomándolas del dinero del templo? ¿Y para qué le aprovechó al infeliz el salario maldito? Quemándole las manos le angustió de tal manera que buscando un árbol, se ahorcó. ¡Dejad las monedas en el cofre del templo, sacrílegos!

La gente, sumisa y contrita, devuelve las monedas a la caja.

MONSEÑOR ¡Pueblo cargado de concupiscencia! ¡Cómo me duele el alma al pensar en los castigos que tiene preparado el Señor en el día de su Juicio Final! Allí temblaréis ante la faz justiciera del Hijo del Hombre y querréis que las montañas se arrojen sobre vosotros para que el Señor no descubra vuestra carroña. ¡Arrodillaos y pedid perdón a Dios! No sea que la muerte os sorprenda esta misma noche y seáis sepultados en los antros del infierno.

En Daule, en el pretil de la iglesia

La gente se arrodilla. Pintado toca la campanilla.

MONSEÑOR Golpead vuestros pechos. Cubrid vuestras cabezas con el polvo de la tierra, porque grandes son los pecados que os aquejan. Hombres lúbricos. Mujeres licenciosas. Viejos avaros y fornicadores. Niños corrompidos. Jóvenes degenerados. ¡Pueblo condenado en vida! Arrojad vuestras pertenencias terrenales, porque no son sino lastre que dificulta y entorpece vuestro natural instinto de purificación. Solo la caridad os puede liberar del demonio de la perversión. ¿De qué os sirve ganar el mundo si perdéis vuestra alma? ¡*Taedium vitae!* ¡*Tempus fugit!* ¡*Tempus fugit!*

La gente, como hipnotizada, obedece y deja todo el dinero de sus bolsillos en la caja, que se encuentra en el centro del pretil. Pintado hace sonar la campanilla.

MONSEÑOR No solo el dinero es fuente de condenación eterna, sino también la vanidad. ¡*Vanitas vanitatum!* ¡Vanidad de vanidades y todo vanidad! Ya habéis oído las palabras del Evangelio. Si tu ojo derecho es la causa para que te condenes... arrójalo de ti, porque más te conviene entrar tuerto al reino de los cielos que con los dos ojos ser arrojado a las llamas del infierno. Y vosotras, mujeres que os dobláis bajo el peso de vuestros collares y deformáis las orejas con esos aretes y zarcillos y que cargáis vuestros dedos con anillos en lugar de colmarlas de buenas obras, despojaos de lo superficial y abrid vuestro corazón a las cosas santas.

Las mujeres se despojan de sus collares, aretes y anillos y los depositan en la caja de las limosnas hasta hacerla rebozar. Pintado hace sonar la campanilla.

MONSEÑOR Y ahora, hijos e hijas mías, cantad conmigo las alabanzas del Señor. Y vosotros, queridos músicos, acompañad al pueblo, con vuestros instrumentos. *Los músicos acompañan el cántico.* ♪♪♦

Señor, Dios de las venganzas,
escuchad mis alabanzas.
Pon el carbón encendido
en mis labios ateridos.

EL PUEBLO De los Ejércitos, Dios
este clamor, óyenos.

MONSEÑOR Gran Señor de los Milagros
reverdece nuestros agros.

EL PUEBLO De los Ejércitos, Dios
este clamor, óyenos.

MONSEÑOR Quiera el ángel del señor
apartarnos del error.

Desde lo alto del campanario desciende una muchacha, vestida de ángel, con una espada de fuego en sus manos. La sujetan por la espada cintas blancas y amarillas. Los hombres miran sus torneadas piernas con la boca abierta. Cae sobre el público una lluvia de palomitas recortadas en papel de colores. Se sueltan al aire unos cuantos voladores.

EL PUEBLO De los Ejércitos, Dios
este clamor, óyenos.

MONSEÑOR *Canta, mientras la Banda de Pueblo le acompaña* 🎵🎶

Ángel exterminador
de los impíos, terror.
con vuestra espada de fuego
con vuestra espada, te ruego,
limpia el camino de Dios.
Este clamor, óyenos.

Cae el telón y avanzan los del coro.

CORO ¿Y quién es este Alfarero
que arma tanto relajo?
Hay que cortar de un tajo
todo este gran descaro.

Siglos de oscuridad,
tiempos de confusión
al pueblo, con razón,
se esquilma sin piedad.

Las fiestas se prefijan
y en los amplios pretilos,
con artimañas viles,
al pueblo desvalijan.

Los celestes poderes,
y también los terrenos

En Daule, en el pretil de la iglesia

han colocado frenos
a hombres y mujeres.

Pero al pueblo le llega,
en medio del quebranto,
el natural encanto
que la música entrega.

¡Oh, músico perdido
que vagas por el mundo!
Tienes, en lo profundo,
un tesoro escondido.

El coro se retira.

EN UN CLARO DE LA MONTAÑA

Tejón Macho cruza el escenario, de izquierda a derecha, con un cartelón, en el cual se lee: “ESCENA III: EN UN CLARO DE LA MONTAÑA”. Hecho esto, sale de escena. Manuel Mendoza, Nazario Moncada Vera y Redentor Miranda están sentados sobre unos troncos de árboles. Afinan sus instrumentos, ensayan, repasan su música. A Nazario Moncada Vera se le cae al suelo el saxo y no puede agarrarlo, a causa de su brazo paralizado. Le ayuda Redentor Miranda.

REDENTOR MIRANDA Nunca nos ha contado lo del brazo, Don Nazario. ¿Fue un pleito de faldas?

NAZARIO MONCADA Bueno hubiera sido. Como ustedes saben, yo nací cerca de Chone, de una familia de bravos yaguacheños, que siguieron al general Montero en todas sus aventuras, completándole al hombre las hazañas. Los Moncada peleaban todos juntos, padres, hijos, hermanos y primos. Figúrense que en un solo combate llegaron a pelear junto al general nada menos que siete Moncadas, que formaban parte de su famosa caballería. Yo no alcancé esos tiempos. A mi me tocó la de perder, en la cerrada de Yaguachi. Allí me hirieron el brazo. Una bala, me pasó rozando y otra se me clavó... Antes tocaba mejor. Yo he sido músico de línea, como los Alancayes. Si ahora tengo dificultades con el saxo es debido a esa bala mal nacida.

MANUEL MENDOZA No pongas pretextos, Nazario. Al buen músico, el compás le queda y el que es malo, es malo.

NAZARIO MONCADA *Disimula. No quiere contestar de inmediato los pu-yazos de Manuel Mendoza. Da un rodeo.* En la acción de Yaguachi, ya herido, tuve que ocultarme debajo del altar de San Jacinto, en la iglesia parroquial. Allí tuve que quedarme dos días, sin poder salir. Nos cazaban como a zorros. Donde nos agarraban nos remataban a culatazo limpio... ¡Eso era coco! Allí, vos Mendoza que te la das de macho, te hubieras cagado en los calzones.

MANUEL MENDOZA ¡No me la caracolees! ¡Tíramela en paro, que yo te la aguanto!

Los músicos ríen y continúa el ensayo. Entra Ramón Piedrahita. Mira a sus compañeros, mueve la cabeza, tose, escupe y se queda mirándolos, como si les reprochara su conducta.

NAZARIO MONCADA ¿Y a ti, que bicho te ha picado?

RAMÓN PIEDRAHITA Ustedes acabarán por dañar a mi chumbote. ¿Ya quieren que se robe otro chivo? Lo están enviando... Cuando me muera y nadie lo vea, ni lo cuide, ni le aconseje, de seguro irá a parar a la cárcel.

MANUEL MENDOZA ¿Y a nosotros? ¿Dónde nos dejas a nosotros? ¿Y a mí? ¿Dónde me dejas a mí? A vos, compadre, la enfermedad te está volviendo pendejo.

NAZARIO MONCADA ¡Tanto escándalo que levantas! Ni que lo fueran a meter al tarro por un miserable chivo. ¿Acaso ese delito está tipificado? Cuando los delitos no están tipificados en los códigos es como si no fueran delitos. Robar ganado. Eso sí, se llama abigeato...

MANUEL MENDOZA Nadie habla de ciencia sino de experiencia...

NAZARIO MONCADA ¿Qué cosa es lo que está insinuando, amigo?

MANUEL MENDOZA Todo yaguacheño, amigo, lo que es... es... ¡ladrón!

NAZARIO MONCADA No hable pendejadas, amigo.

MANUEL MENDOZA ¿Y el dicho? ¿Dónde me lo dejas? ¿Nunca has oído el refrán popular? Todos lo conocen: “¡Anda y roba a la boca de Yaguachi...!” Así afirma la gente. ¿Hablo o no la verdad?

NAZARIO MONCADA No me la rasques en mi contra, Mendoza...

RAMÓN PIEDRAHITA No me gusta esto. No me gusta nadita.

REDENTOR MIRANDA ¿Y... qué quiere usted, Piedrahita, que nos muramos de hambre?

Entran Severo Mariscal, Esteban Pacheco y Tejón Macho, traen un chivo muerto.

SEVERO MARISCAL Este muchacho es un prodigio. ¡Qué habilidad para pasmosa!

ESTEBAN PACHECO Si hubieran estado ustedes allí. Daba gusto verlo. Parecía un gato de monte. El chivo caminaba por arriba, en el borde del peñasco. Tejón Macho lo asustó primero, con una piedra, obligándolo a subir un poco más. Cuando el chivo saltaba por sobre unas matas y trató de huir, lo agarró por las patas y lo derribó al suelo. ¡Ni tiempo tuvo para decir meee!

SEVERO MARISCAL Ni siquiera nosotros nos dimos cuenta que Tejón Macho se había escondido en el matorral.

RAMÓN PIEDRAHITA ¿Y los dueños?

ESTEBAN PACHECO ¿Los dueños? ¡Qué va! ¡Tampoco ellos se dieron cuenta! Con decirles que ni los perros supieron en qué momento desapareció el chivato.

REDEDOR MIRANDA Bueno, no se queden allí plantados y ayúdenme a recoger un poco de leña. ¡Qué animalito más gordo! Un buen seco de chivo nos caería como pedrada en ojo tuerto...

Redentor Miranda, Severo Mariscal y Esteban Pacheco van en busca de leña. Ramón Piedrahita sufre un acceso de tos.

TEJÓN MACHO Papá, qué le pasa, papá. ¿Quiere que le busque un poco de agua?

RAMÓN PIEDRAHITA No, deja, hijo. Dame mejor un sorbo de Mallorca.

Tejón Macho entrega la botella de Mallorca a su padre.

MANUEL MENDOZA Ya te lo he dicho, compadre. Para vos todavía hay remedio, porque tu mal no está aún enraizado. Pero tienes que atenderte a tiempo. Ándate a Santo Domingo de los Colorados. Si logras ir, me vas a agradecer. Esos indios son “la mano de Dios”. Te curan, compadre.

RAMÓN PIEDRAHITA Este verano voy. Palabrita que este verano voy...

Retornan Redentor Miranda y Severo Mariscal con un poco de leña. La van acomodando para formar una hoguera.

NAZARIO MONCADA Estos cholos de Chanduy son unos fregados. *Re-cuenta sus monedas.* Tres pesos hemos sacado.

SEVERO MARISCAL Pero en Santa Elena nos ponemos las botas. Esa si que es gente abierta. Ya verán. Yo he estado allí otras veces, en la banda del Finado Melquíades Santa Cruz.

REDEDOR MIRANDA ¿Melquíades, el peruano?

SEVERO MARISCAL Boliviano era. Le decían peruano de puros malditos. Por insulto. Claro, él se calentaba.

REDEDOR MIRANDA ¡Ah...!

SEVERO MARISCAL ¡Tejón Macho! Estas ramas no quieren encender. Necesitamos un poco de papel. ¿Todavía tienes ese libro que encontraste en Milagro?

Rebusca entre las pertenencias de Tejón Macho y saca el libro.

TEJÓN MACHO ¡El libro, no! ¡Ese libro es mío! ¡El libro, no!

En un claro de la montaña

SEVERO MARISCAL ¿Para qué lo quieres, si ni siquiera sabes leer?

TEJÓN MACHO Para leerlo cuando aprenda latín.

TODOS ¿Latín?

Entra Esteban Pacheco. Está desesperado.

ESTEBAN PACHECO ¡Los montoneros! ¡Vienen para acá los montoneros!

NAZARIO MONCADA ¿Son los restauradores o los propios montoneros, los de Alfaro?

ESTEBAN PACHECO ¿Y cómo saberlo? Unos tienen zapatos, otros no los tienen...

Los hombres toman sus instrumentos y se agolpan en torno a Nazario Moncada Vera.

NAZARIO MONCADA ¿Por qué lado llegan?

ESTEBAN PACHECO Por la orilla del río. Creo que persiguen a uno.

NAZARIO MONCADA ¡Entonces, vamos nosotros por acá!

REDENTOR MIRANDA ¿Y a dónde vamos?

NAZARIO MONCADA A Santa Elena.

REDENTOR MIRANDA Bueno, ¿y la comida? ¿Y el chivo? ¡Desde aquí a Santa Elena hay trecho!

NAZARIO MONCADA Traigan el chivo, pero apresúrense.

Salen todos, casi atropellándose. Se llevan el chivo muerto. Entra un soldado gobiernista herido.

SOLDADO GOB. 1 No aguanto más. *Arroja lejos su fusil y se libera de su mochila.* Dios quiera que no me descubran detrás de estos platanales. La herida es profunda. Me he desangrado terriblemente. Tengo fiebre, se me debe haber infectado el maldito brazo. Creo que tendrán que amputar. *Se arranca la manga de la camisa.* No debí meterme en esa maldita zanja. Si hubiera seguido con los otros, si no hubiera desertado... ¡Ay, como duele esto!

CAMILA MARTÍNEZ *Desde adentro, detrás de bambalinas.* ¡Por aquí debe estar!

FULGENCIO VÉLEZ *Desde adentro, detrás de bambalinas.* Miren, aquí encontré algo...

CAMILA MARTÍNEZ *Desde adentro, detrás de bambalinas.* Eso es una cantimplora.

SOLDADO GOB. 1 Mi cantimplora. ¡Estoy perdido!

PEPE SOTO *Desde adentro, detrás de bambalinas.* ¿Qué hacen ustedes allí? ¡Adelante! Muévanse... Que no se escape. Vayan por allá los dos. Los demás... ¡síguenme!

El Montonero 1 entra y descubre al soldado gobiernista.

MONTONERO 1 *Apunta con su fusil al soldado gobiernista.* ¡No te muevas! ¡Levanta las manos lentamente y colócalas en la nuca!

SOLDADO GOB. 1 ¡Estoy herido... en el brazo!

MONTONERO 1 *Grita.* ¡Aquí está! ¡Lo encontré! ¡Tengo al prisionero! Y tú... reza tus oraciones, porque tienes el tiempo contado...

Entran Pepe Soto, Fulgencio Vélez, Camila Martínez y Montonero 2.

PEPE SOTO *Apunta con su fusil al soldado gobiernista.* ¡Levántate!

Con mucha dificultad, el soldado gobiernista se pone de pies.

PEPE SOTO A *Camila Martínez.* Amárrale las manos, hacia atrás. *Camila Martínez amarra las manos del prisionero.* ¡Ponle la venda!

CAMILA MARTÍNEZ ¿Lo vas a fusilar? ¿No ves que está herido?

PEPE SOTO ¡Sí, lo vamos a fusilar! *Al soldado gobiernista.* ¡Contra ese maldito árbol! *Enérgico.* ¡Camila, la venda!

Camila Martínez coloca la venda en los ojos del soldado gobiernista.

PEPE SOTO ¡Formar, pelotón!

Fulgencio Vélez, Montonero 1 y Montonero 2 forman inmediatamente un pelotón de fusilamiento.

SOLDADO GOB. 1 No, por favor. Tengo dos hijos pequeños... en Machala... No.

En un claro de la montaña

PEPE SOTO ¡Apunten...!

SOLDADO GOB. 1 ¡Mis hijos!

PEPE SOTO ¡Fuego!

Disparan. El soldado gobiernista cae muerto.

MONTONERO 2 ¿Y el juicio, señor?

PEPE SOTO Esos son meros trámites burocráticos. El juicio se redactará después. La revolución tiene prisa. Debemos apresurarnos. Levanten ese cuerpo y entiérrenlo.

LA MUERTE *Entra agitada. Tiene mucha prisa. ¡Ex opere, operato!* ¡Esta gente revoltosa! ¡Esta gente revoltosa me está volviendo loca! Me traen de aquí para acá. Uno tiene que duplicarse, triplicarse, multiplicarse. A *Pepe Soto*. ¿Podría, por lo menos, decirme el nombre del agraciado? Debo anotarlo en el libro de rigor... cuando lo encuentre. Estoy atrasada, atrasadísima con la contabilidad. Y estas hojas sueltas, que se me confunden... ¡Qué desorganización!

PEPE SOTO Antes de enterrarlo quítenle la tarjeta de identificación. Recojan también el fusil y el parque.

MONTONERO 2 Aquí está la tarjeta, señor.

Se llevan el cuerpo del soldado gobiernista.

PEPE SOTO ¿Veamos? *Mira la tarjeta de identificación*. ¿Y para qué quiero ver esto? Yo, al cabo, ni siquiera se leer. Ja, ja, ja. ¿Y tú, Camila, lees algo aquí?

La muerte se acerca y lee el nombre, en voz alta.

LA MUERTE Teobaldo Encalada Villegas. Punto. Soldado raso. Punto. Nacido en 1840. Punto. ¡Tenía veinte y siete años cumplidos! *¡Ab intestato, morto est!* Todos los datos va anotando en unas hojas de papel. ¡Maldición! ¡Cuándo voy a encontrar el maldito libro! ¿Cómo sé que a este le tocaba hoy, o no le tocaba? Bueno, de todos modos, gracias. Debo revisar el otro equipo. *Sale*.

PEPE SOTO ¡Vámonos, carajo!

Salen los montoneros, Pepe Soto, Camila Martínez y Fulgencio Vélez. Se oye desde afuera, la voz del Soldado Gobiernista 3.

SOLDADO GOB. 3 *Desde adentro, detrás de bambalinas.* ¡Alto! ¡No se muevan! ¡Los tengo copados!

PEPE SOTO *Desde adentro, detrás de bambalinas.* ¡Nos agarraron por pendejos!

SOLDADO GOB. 3 *Desde adentro, detrás de bambalinas.* ¡Ustedes, cúbranme! ¡Voy a dar parte a mi capitán!

SOLDADO GOB. 2 *Desde adentro, detrás de bambalinas.* ¡Te advertí que no te muevas! *Se escuchan disparos de fusil.*

CAMILA MARTÍNEZ *Desde adentro, detrás de bambalinas.* ¡Ay, Dios mío! Le dieron al trompudo... ¡No te mueras, José Antonio! ¡José Antonio Soto, yo te quiero! ¡Aguanta!

SOLDADO GOB. 2 *Desde adentro, detrás de bambalinas.* ¡Quietos! ¡Quietos, o disparo de nuevo!

PEPE SOTO *Desde adentro, detrás de bambalinas. Con una voz entre cortada, remordida, por el dolor.* ¡Hijos de la gran puta, me jodieron la pierna!

EL CAPITÁN *Entra.* Traigan a los prisioneros.

Entra Pepe Soto, herido en una pierna, Camila Martínez y Fulgencio Vélez lo sostienen de los brazos, porque apenas puede caminar. El Montonero 1 avanza con los brazos en alto. Detrás de ellos aparecen los soldados 2 y 3 que los apuntan con sus fusiles. En un tronco de árbol hacen sentar a Pepe Soto. Camila Martínez desgarrar su vestido y trata de vendar la herida.

EL CAPITÁN *Al soldado gobiernista 3.* ¡Traiga la mesa, dos bancos y el Libro de Registros! ¡Llame al teniente!

SOLDADO GOB. 3 *Se cuadra.* ¡Su orden, mi capitán! *Sale.*

EL CAPITÁN ¿De modo que ustedes fueron los que realizaron los disparos?

PEPE SOTO Sí, fuimos nosotros.

EL CAPITÁN ¿Por qué disparaban?

PEPE SOTO ¡Cazábamos!

EL CAPITÁN ¿Con fusiles? Muy bien. Muy interesante. Muy interesante. *Le da una trompada a Pepe Soto y le derriba al suelo.*

CAMILA MARTÍNEZ ¡Bestia!

EL CAPITÁN *A Pepe Soto.* ¡Levántate!

Pepe Soto se levanta, con la ayuda de Fulgencio Vélez y de Camila Martínez.

EL CAPITÁN Cuando yo pregunto, se contesta solamente la verdad. ¿Has entendido?

Entra el teniente y el Soldado Gubernista 3, con la mesa, los bancos de campaña y el Libro de Registros. El capitán y el teniente se sientan frente a la mesa.

SOLDADO GOB. 3 El Libro de Registros, mi capitán. *Le entrega el enorme libro.*

EL CAPITÁN Anote usted, teniente.

EL TENIENTE Sí, mi capitán.

EL CAPITÁN *Al Montonero 1.* Tu nombre, tu edad y tu estado civil.

MONTONERO 1 Vicente Soto, veinte años, soltero.

EL CAPITÁN *A Fulgencio Vélez.* Nombre, edad y estado civil.

FULGENCIO VÉLEZ Yo soy Fulgencio Vélez Cortés, tengo treinta años y estoy casado.

EL CAPITÁN ¿Y usted, preciosa?

CAMILA MARTÍNEZ Camila Martínez, veinte y tres años, soltera.

EL CAPITÁN ¡Lindo nombre, para ser montonera!

PEPE SOTO *Al capitán.* Límitese a lo que señala el reglamento, capitán. Si la va a fusilar, ¿para qué los piropos? *Al teniente.* Anote, teniente. Mi nombre es José Antonio Soto, también conocido como Zambo Jávaro. Ecuatoriano de nacimiento, veinte y nueve años, soltero. ¡Liberal radical hasta las cachas!

El Soldado Gubernista 1 le propina un culatazo en el estómago y Pepe Soto cae al suelo.

EL TENIENTE ¿Dijiste que te llamas... José Antonio Soto?

PEPE SOTO *Desde el suelo.* ¡Sí, ese es mi nombre!

EL TENIENTE *A Pepe Soto y al Montonero 1.* ¿Ustedes... son hermanos?

MONTONERO 1 ¡Sí, somos hermanos!

PEPE SOTO *Una vez que se ha levantado, con la ayuda de Camila Martínez y Fulgencio Vélez.* Somos hermanos, pero de padre, solamente.

EL CAPITÁN ¿A quién enterraban ustedes, cuando fueron sorprendidos?

PEPE SOTO ¡A un perro!

EL CAPITÁN *Al Soldado Gubernista 3.* ¡Revisales! ¡Busca en los bolsillos!

SOLDADO GOB. 3 Enseguida, mi capitán.

El soldado gubernista revisa los bolsillos de los prisioneros.

EL CAPITÁN ¿Anotó los nombres y demás detalles de ley, teniente?

EL TENIENTE Sí, mi capitán, los anoté.

EL CAPITÁN Escriba: En Chanduy, a 19 de agosto de mil ochocientos setenta y cinco, etc. etc. etc. Ante mi, Capitán de Infantería del ejército ecuatoriano...

EL TENIENTE ¿Pongo el nombre de la División, mi capitán?

EL CAPITÁN Sí, póngala.

SOLDADO GOB. 3 Perdone, mi capitán. Encontré esta tarjeta de identificación.

EL CAPITÁN *Toma la tarjeta de identificación y la lee. Después de esto se dirige a Pepe Soto.* ¿De manera que estaban enterrando un perro eh? Teniente. ¿Tiene allí el parte que redacté ayer, cuando se supo la deserción de Encalada?

EL TENIENTE ¡Sí, mi capitán! ¡Aquí está!

EL CAPITÁN No fue deserción. Hay que rehacer el parte. Póngalo como baja. Agregue estas palabras: Cobardemente asesinado por el enemigo. ¡Mis soldados no son desertores!

EL TENIENTE Como usted ordene, mi capitán.

EL CAPITÁN Continuemos con el juicio y fusilemos de una vez esta gente, que se nos está haciendo tarde. Tome dictado, teniente. Ante mí comparecieron los ciudadanos ecuatorianos cuyos nombres y edades han quedado anteriormente indicados, los cuales, voluntariamente y conocedores de las implicaciones de sus respectivas declaraciones manifiestan. *A los prisioneros.* ¿Dieron muerte al soldado Teobaldo Encalada? *Silencio.* ¡Quien calla, otorga! Anote, teniente. Manifiestan haber dado muerte al soldado Teobaldo Encalada Villegas, del glorioso, etc. etc. a sangre fría y a traición, con el propósito de robarle sus pertenencias, incluso un fusil de propiedad del ejército. *A los prisioneros.* ¿Tienen algo que agregar?

PEPE SOTO Sí. Por favor, escriba allí, con todo respeto, que todo esto es... ¡Mierda!

EL CAPITÁN Escriba, teniente. Leída que fue la presente declaración se ratificaron en lo dicho y agregaron que todo lo hicieron con pleno conocimiento, por lo cual, este Tribunal Militar, integrado por... ponga los nombres de siempre... los condena a ser fusilados... etc. etc. etc.

CAMILA MARTÍNEZ ¡No, a él no, a José Antonio, no!

EL CAPITÁN Consulten entre ustedes qué quieren que les conceda, como última gracia este tribunal.

Los condenados a muerte, deliberan entre sí.

CAMILA MARTÍNEZ ¡Que nos casen! ¡Diles que nos casen, José Antonio!

PEPE SOTO ¡Primero cásenos y después mátenos! Ah... otra cosa. Antes de morir, quiero escuchar las notas del himno nacional.

EL CAPITÁN *Al Soldado Gubernista 3.* Diga a los de la banda de guerra y al pelotón de fusilamiento que vengan. *A Camila Martínez y a Pepe Soto.* ¡Ustedes dos...! Acérquense. *Al teniente.* ¡Escriba, teniente! En Chanduy, a 19 de agosto, etc. etc. Ante mí, capitán de infantería del glorioso ejército ecuatoriano, etc., etc. Comparecen los ciudadanos José Antonio Soto, ecuatoriano, mayor de edad, soltero, a quien doy fe de conocerlo y la señorita Camila Martínez, ecuatoriana, soltera, mayor de edad, a quien también doy fe de conocerla...

EL TENIENTE Perdone, mi capitán, ¿nosotros estamos facultados para casar a estos civiles?

EL CAPITÁN ¿No ha oído, teniente, que los capitanes de barco pueden casar, en casos de emergencia? ¿Y qué soy yo? ¿No soy capitán? ¿Y qué es esto? ¿No es un caso de emergencia? Dígame, ahora, teniente ¿qué puede hacer la marina, sin el ejército?

EL TENIENTE ¡Nada, mi capitán!

EL CAPITÁN Continuemos, teniente. Los comparecientes manifiestan su voluntad de contraer matrimonio. Habiéndoseles preguntado, en voz alta, ante los testigos. *Al teniente.* Ponga su nombre y el del soldado como testigos. Los susodichos expresaron nuevamente su conformidad para casarse. *A Camila Martínez.* ¿Usted, señorita acepta como marido al señor José Antonio Soto?

CAMILA MARTÍNEZ ¡Sí, lo acepto, con todo mi corazón!

EL CAPITÁN ¿Y usted, José Antonio Soto, acepta como su mujer a la señorita Camila Martínez, aquí presente?

PEPE SOTO ¡Sí, la acepto!

EL CAPITÁN Firmen aquí. Y ustedes también.

Firman en el libro de registro Pepe Soto, Camila Martínez, el teniente, el soldado gubernista y el capitán.

EL CAPITÁN *Al teniente.* Llene en el espacio que hemos dejado, las otras formalidades de ley. Ponga, después, manifestaron su voluntad de contraer matrimonio, etc. etc. *A Pepe Soto y a Camila Martínez.* En nombre de la República y por autoridad de la ley los declaro...

SOLDADO GOB. 3 *Entra.* Ya está aquí la banda de guerra, mi capitán.

EL CAPITÁN Los declaro marido y mujer.

Camila Martínez y Pepe Soto se abrazan y se besan. Entran los de la banda de guerra y los del pelotón de fusilamiento.

EL CAPITÁN *Al Soldado Gubernista 3. Ubique a los prisioneros contra esos árboles de mango. Amárreles las manos, hacia atrás. Colóqueles la venda.*

El Soldado Gubernista cumple las órdenes. Al tratar de colocarles las vendas, ellos las rechazan.

EL CAPITÁN *¡Formar pelotón de fusilamiento! ¡Mar!*

El pelotón de fusilamiento se forma.

EL CAPITÁN *¡Apunten!*

PEPE SOTO *¿Y el himno nacional?*

EL CAPITÁN *A la banda de guerra. Ustedes entonen el himno nacional.*

La banda de guerra inicia los primeros acordes del himno nacional.

EL CAPITÁN *¡Pelotón! ¡Apunten! ¡Fuego!*

Camila Martínez, Fulgencio Vélez y el Montonero 1 caen muertos. Una bandada de asustadas palomas blancas vuela hacia el cielo.

EL CAPITÁN *A la banda de guerra. ¡Basta! ¡Malditas palomas! ¿Por qué razón tenían que estar precisamente allí, en estos árboles, las malditas palomas?*

PEPE SOTO *Se incorpora, en un esfuerzo supremo. ¡Viva el partido liberal! ¡Viva Alfaro!*

El capitán le pega un tiro en la cara, con su pistola.

EL CAPITÁN *A los soldados gubernistas 1 y 2. ¡Llévenlos y entiérrenlos! ¡Al menos tuvieron un juicio! ¡Fue rápido, pero justo!*

Los soldados gobiernistas se llevan los cadáveres de los prisioneros.

EL CAPITÁN Son unos fanáticos. ¡Vámonos teniente!

Salen el teniente y el capitán. Casi de inmediato entran Severo Mariscal, Esteban Pacheco, Tejón Macho, Manuel Mendoza, Nazario Moncada Vera, Ramón Piedrahita y Redentor Miranda.

TEJÓN MACHO Aquí fueron los disparos. Aún huele a pólvora.

ESTEBAN PACHECO ¿Y de qué te asustas, chumbote? Eran cazadores los que dispararon. ¿No viste como volaron las palomas?

NAZARIO MONCADA Creo que lo mejor, por ahora, será acampar aquí. Esos revolucionarios de segunda deben estar dándose bala todavía, allá abajo, en el río. ¿No oyen los disparos?

ESTEBAN PACHECO Y dale con los revolucionarios. ¡Eran cazadores, Don Nazario!

NAZARIO MONCADA Fíjate en la sangre, Pacheco y no seas necio. Nos detendremos aquí, por un momento, hasta que la cosa se calme.

MANUEL MENDOZA Yo también creo lo mismo. Tratar de llegar hasta Santa Elena hubiera sido una locura.

RAMÓN PIEDRAHITA *Tose y escupe.* Tanto caminar y caminar... para llegar finalmente al mismo sitio. Ah... este frío que se mete en los huesos, como gusano de monte. *Se sienta sobre uno de los troncos y se acurruca.*

ESTEBAN PACHECO Tome, Don Piedrahita, cúbrase con mi poncho.

RAMÓN PIEDRAHITA Gracias, Pacheco.

MANUEL MENDOZA ¿Por qué no te tomas un sorbo de Mallorca, compadre? Creo que a todos nos sentaría bien un trago. Toma tú también, ahijado.

RAMÓN PIEDRAHITA El chumbote es un niño todavía.

REDENTOR MIRANDA ¿Cuántos años tienes, Tejón Macho?

TEJÓN MACHO Catorce.

REDENTOR MIRANDA Cuando yo tenía doce agarré la primera borrachera... fue en Baba...

MANUEL MENDOZA Por eso mismo eres... lo que eres...

REDENTOR MIRANDA ¿Cree usted, Don Nazario, que si encendemos una hoguera...?

NAZARIO MONCADA Ni pensarlo.

REDENTOR MIRANDA ¿Y el chivo? ¿Cómo asamos el chivo?

NAZARIO MONCADA No se va a podrir hasta mañana... gente floja...
ESTEBAN PACHECO Con las balas no hay vuelta luego...
NAZARIO MONCADA ¿Y a mi va ha decirme esas cosas? ¿A un Moncada?
¿No sabe que los Moncada formamos parte de la caballería... de la famosa caballería del general Montero?
MANUEL MENDOZA ¿Ya vas a echarnos nuevamente el cuento de Yaguachi?
TEJÓN MACHO *Con preocupación.* ¡Un momento! Alguien viene. ¡Escuchen!
ESTEBAN PACHECO Yo nada escucho.
MANUEL MENDOZA ¡Silencio!
NAZARIO MONCADA El chumbote se imagina cosas...
MANUEL MENDOZA Si mi ahijado dice que alguien viene es porque alguien viene, Nazario.
TEJÓN MACHO ¿Oyeron? Son dos, vienen conversando.
RENTOR MIRANDA Escondámonos.
SEVERO MARISCAL Mejor salgamos a ver quienes son los que vienen.
TEJÓN MACHO Se han detenido. Se sientan sobre la hierba.
RAMÓN PIEDRAHITA Si. Se han detenido. Puedo escuchar el ruido acelerado de sus corazones.
TEJÓN MACHO El uno dice: ¿Por qué no seguimos a los demás? Ahora andamos perdidos. Por su voz sé que tiene miedo.
RAMÓN PIEDRAHITA El otro contesta. No debemos tener miedo. Deben andar por aquí. Pronto vamos a encontrarlos.
TEJÓN MACHO ¿Y si no los hallamos? Dice el que tiene miedo.
RAMÓN PIEDRAHITA Esperen. El otro le contesta: Cualquier persona nos dará razón de ellos. ¿Quién no conoce a Nazario Moncada Vera y su reputada banda de músicos?
NAZARIO MONCADA ¡Maldición! Yo nada oigo.
ESTEBAN PACHECO Ni yo.
SEVERO MARISCAL Yo tampoco.
MANUEL MENDOZA Oído de tísico el de mi compadre.
TEJÓN MACHO Y RAMÓN PIEDRAHITA
¡Se paran! ¡Se acercan!

Segundo Alancay y José Alancay, desde adentro.

SEGUNDO ALANCA Y *Detrás de bambalinas*. Los soldados del gobierno merodean como moscos por estos lados. ¿No escuchas los disparos?

JOSÉ ALANCA Y *Detrás de bambalinas*. ¿Y eso a ti qué te importa?

SEGUNDO ALANCA Y *Detrás de bambalinas*. ¿Y si nos confunden con montoneros? ¿Y si dicen que somos desertores? ¿Y si nos fusilan aquí mismo?

JOSÉ ALANCA Y *Detrás de bambalinas*. No te olvides, hermano. Somos civiles. Somos músicos.

SEVERO MARISCAL ¡Son músicos!

MANUEL MENDOZA Si son músicos, son de los nuestros... y si son de los nuestros hay que buscar la forma de atraerles...

SEGUNDO ALANCA Y *Detrás de bambalinas*. ¡Van a oírte... por favor... deja de sonar tu instrumento!

JOSÉ ALANCA Y *Detrás de bambalinas*. ¿Aquí? ¿Quién puede oírnos aquí? Estamos en el corazón de la floresta... sígueme.

NAZARIO MONCADA ¡Son los Alancayes! ¡Qué brutos que son! Dijeron que nos esperarían en el puente de los sapos y en lugar de eso, nos buscan por plena montaña.

REDENTOR MIRANDA Supe que eran los Alancayes cuando los oí tocar. Su estilo es inconfundible.

TEJÓN MACHO Yo lo supe antes. Lo supe, apenas empezaron a hablar. ¡Esperen! ¡Un momento! Viene alguien más, por este otro lado.

REDENTOR MIRANDA ¿Por dónde?

RAMÓN PIEDRAHITA Por la orilla del río. Escucho el ruido que hacen sus botas al hundirse en el lodo.

NAZARIO MONCADA Yo, nada oigo.

MANUEL MENDOZA Ya comienzas nuevamente con tus cosas, Nazario. ¡Cállate!

TEJÓN MACHO ¡Debe ser un soldado, porque rastrilló el fusil!

MANUEL MENDOZA ¿Y ahora, qué hacemos, Nazario? Si los soldados nos encuentran aquí creerán que somos montoneros...

NAZARIO MONCADA ¿No dijiste que me calle?

TEJÓN MACHO ¡Está solo!

TODOS ¿Solo?

RAMÓN PIEDRAHITA Sí, está solo.

TEJÓN MACHO Viene en esta dirección... escucho el sonido de las hojas de plátano, al ser rozadas con su cuerpo...

NAZARIO MONCADA *A media voz.* Vengan todos acá. Vamos a escondernos detrás de estos mangos. Si ese soldado viene, debe ser porque busca a alguien... es mejor estar alerta.

REDENTOR MIRANDA ¿Llevo el chivo?

TODOS ¡Cállate!

Los músicos salen. Entran Segundo Alancay y José Alancay.

SEGUNDO ALANCAY ¿Este sitio? ¡Nuevamente estos árboles! Algo malo nos va a suceder. No me gusta. No me gusta para nada.

JOSÉ ALANCAY Todos los lugares se parecen. ¡Siéntate! ¡Vamos a quedarnos aquí! *Se sienta.* ¡Mira!

SEGUNDO ALANCAY *Asustado.* ¿Qué?

JOSÉ ALANCAY Arriba, en el cielo... qué luna más hermosa... Ella ha salido esta noche solo para que nosotros podamos verla desde aquí... desde este monte verde, cubierto de árboles que mecen al viento libremente sus ramas... como si quisieran volar... *Se acuesta sobre la hierba.* Qué hermoso es el mundo... el aire es fresco... agradable de respirar... y la hierba es suave... como el pelo de una mujer... este es el sitio más cálido del mundo... Hasta podría morir feliz aquí... mientras escucho a los sapos y a los grillos.

SEGUNDO ALANCAY ¿No dijiste que...?

JOSÉ ALANCAY ¿Qué cosa dije?

SEGUNDO ALANCAY Que todos los malditos montes del mundo se parecen unos a otros.

JOSÉ ALANCAY Cuando las sombras de la noche ocultan las diferencias y las particularidades más sutiles de los lugares y todas las cosas se ven no con los ojos sino con el corazón... entonces todo es uno solo... estés donde estés...

Entra un soldado gobiernista. Descubre a los hermanos Alancay y los apunta con su fusil.

SOLDADO GOB. 1 ¡Quietos! ¡No se muevan!

SEGUNDO ALANCAY ¡Dios mío! ¡Estamos perdidos!

SOLDADO GOB. 1 Ustedes son desertores... y van a pagarlo muy caro. Hace un año que los andamos buscando...

SEGUNDO ALANCAY Te lo dije... te lo dije, hermano... con el ejército no hay pendejadas. Tarde o temprano te encuentra.

SOLDADO GOB. 1 *A José Alancay. Ponte de pies y levanta las manos. A Segundo Alancay. ¡Y tú también levanta las manos! ¿Son ustedes los Alancay? ¿Los que tocaban en la banda de guerra del séptimo regimiento?*

JOSÉ ALANCAY Si, somos los Alancay y pertenecíamos al séptimo regimiento... pero ya no somos soldados. Desde hace más de un año y medio somos civiles. Nada tenemos que ver con la revolución... ni en bien ni en mal.

SEGUNDO ALANCAY ¡Déjenos escapar, compañero, déjenos escapar...!

SOLDADO GOB. 1 ¿Cómo les voy a dejar escapar si los he estado buscando desde que desertaron? Tres meses estuve arrestado, por culpa de ustedes, por no haberlos vigilado, por haber dejado que se escapen, sin yo darme cuenta. ¿Ahora que les encuentro, voy a dejarles escapar? ¡Una medalla! ¡Una medalla y el asenso van a darme como premio cuando llegue con ustedes y les entregue a mi capitán!

JOSÉ ALANCAY Buen olfato... mejor olfato que el de un perro...

SOLDADO GOB. 1 ¿Qué hicieron las guerreras? ¿Dónde guardaron las guerreras?

JOSÉ ALANCAY Las botamos. ¿Qué otra cosa podíamos hacer?

SOLDADO GOB. 1 ¿Cómo pudieron haber botado así no más esas costosas guerreras? Van a pagar por esto. Ahora... caminen. Tenemos un largo trecho por delante. Desde aquí hasta el campamento debe haber media hora, por lo menos... dense prisa. Además, les advierto... que si intentan escapar... los mataré como a chivos.

El soldado los empuja con la punta de la bayoneta, obligándolos a caminar.

SOLDADO GOB. 1 ¡Caminen...! ¡Desertores...! ¡Caminen...!

SEGUNDO ALANCAY ¿Y ahora... qué hacemos, hermano?

Antes de que los Alancay lleguen a la mitad del escenario, se escucha la música de la Banda de Pueblo ♪♪♠. Entran los músicos, en fila india. Tocan una marcha militar. El soldado gobiernista queda desconcertado.

NAZARIO MONCADA ¡Alto! Le tenemos copado, soldado. Levante las manos. ¡Suelte ese fusil, carajo!

El soldado gobiernista suelta el fusil. La Banda de Pueblo continua su marcha, en fila india y hace sonar sus instrumentos con gallardía ♪♪♠. Rodean a los hermanos Alancay y se los llevan.

NAZARIO MONDACA *A los hermanos Alancaay.* Otra vez, no se separen ustedes del regimiento. ¿Me han oído?

Sale la Banda de Pueblo y el soldado reacciona.

SOLDADO GOB. 1 Ey, ey... ¿Qué pasa...? ¡Alto...! ¡Devuélvanme mis prisioneros! A mí... a mí... ¡Complot! ¡Complot! *Recoge su fusil.* ¡Alto o disparo...! *Dispara unos cuantos tiros al aire y se queda parado, sin saber qué hacer.*

Cae el telón. Los del coro ocupan su lugar.

CORO Un gran hombre ser debiera
ese tan mentado Alfaro
caso contrario es muy raro
que por el la gente muera

Con la muerte por aquí
la montaña a nadie oculta.
Vaya gente más inculta
andar matándose así.

Parece un juego de azar.
Si los unos son malvados,
los otros son desalmados.
Aquí, morir es ganar.

Qué forma de ajusticiar
No tiene valor la vida.
Esta guerra fratricida
debe al punto terminar.

Camila Martínez miel,
flor en la tierra insurgente,
símbolo de altiva frente
que a su amor le sigue fiel.

No hay tiempo de despedirse.
Si lo van a fusilar
a ella tienen que matar
por siempre a él quiere unirse.

Cuando una mujer así
se cruza por nuestras vidas,
sus pasiones encendidas

En un claro de la montaña
nos hieren con frenesí.

Los del coro se alejan.

EN CASA DE LOS PITA SANTOS

Tejón Macho cruza el escenario, de izquierda a derecha, con un cartelón, en el cual se lee: IV ACTO: EN CASA DE LOS PITA SANTOS. Hecho eso, sale de escena. Antes de que se abra el telón, aparece nuevamente Tejón Macho, con el gran registro de la muerte. Se sienta en una esquina y lo hojea.

TEJÓN MACHO Las hojas son gruesas, no parecen de papel. Son como el cuero del chivo: tiesas y medio amarillentas. Si este libro es hecho por el demonio, como dijo el reverendo cura de Durán, entonces ¡Qué aparezca el demonio! ¿Y quién me puede enseñar a leer, para por fin salir de dudas? Si por lo menos alguien quisiera comprar el libro, tendría algunos pesitos para las medicinas que necesita mi papá. El pobre está malito. Don Nazario me dice que parece el libro de la muerte, porque tiene facha de ataúd. ¿Y si fuera el libro de la muerte? Podría arrancar la página en la que está escrito el nombre de Ramón Piedrahita y mi papá viviría. Eso es lo que me ha dicho Don Manuel Mendoza, que sabe tantas y tantas cosas.... Mi papá no se moriría. ¿Y si yo arranco la hoja en el que está mi nombre? ¿Podría yo vivir para siempre? Pero debe ser aburrido vivir para siempre. ¡Si este libro pertenece a la muerte, entonces, qué aparezca la muerte! ¡Muerte, yo te llamo! ¡Ven, muerte, toma tu libro y llévatelo, si es tuyo!

LA MUERTE *Sale por la esquina opuesta, con su lámpara. ¿Quién me llama?*

TEJÓN MACHO ¡Hay, Diosito! ¿Quién es usted? ¡Qué susto me ha dado!

LA MUERTE ¿Dónde encontraste ese libro, muchacho?

TEJÓN MACHO En el pretil de la iglesia de Durán, señora.

LA MUERTE ¿Y tú, vas a la escuela? ¿Sabes leer, muchacho?

TEJÓN MACHO No, señora. No lo sé.

LA MUERTE ¡Y por supuesto, también ignoras que ese libro me pertenece!

TEJÓN MACHO Si es suyo, debe conocer, de memoria, qué es lo que está aquí escrito. *Le tapa, para que la muerte no lea.*

LA MUERTE Desde luego que sé, muchacho. Allí dice: *Entona un canto fúnebre* ♪♪♠.

*¡Ars longa, vita brevis!
¡Sic transit gloria mundi!
¡Ars longa, vita brevis!
¡Sic transit gloria mundi!*

¡Tempus fugit! ¡Tempus fugit!

¡Ars longa, vita brevis!

Con voz cavernosa:

Anno Domini 1875.

Está escrito en el Latín de Virgilio. Allí dice: El arte perdura, la vida es breve. Así de fugaz es la gloria del mundo. El tiempo huye, el tiempo huye.

TEJÓN MACHO Es verdad, señora. Eso mismo me dijo, cuando leyó el libro el cura de Durán.

LA MUERTE ¡Que en paz descanse!

TEJÓN MACHO ¿Qué dice, señora? ¡No le escuché bien!

LA MUERTE Nada, hijo. Nada. Como ves, el libro es mío, así que dámelo.

TEJÓN MACHO Antes, tiene que decirme quién es usted.

LA MUERTE ¡Yo soy la muerte!

TEJÓN MACHO ¿Y usted... sabe leer?

LA MUERTE Por supuesto, hijo. Yo leo en español, leo en inglés, también en portugués y en italiano. Leo las lenguas vivas y las muertas y descifro los signos y resuelvo las claves.

TEJÓN MACHO ¿Puede decirme, entonces, en qué página está escrito algún nombre?

LA MUERTE ¿Cuál, por ejemplo?

TEJÓN MACHO ¡Ramón Piedrahita!

LA MUERTE *Toma el libro y lo hojea.* Piedrahita Ramón, Piedrahita, Piedrahita. Claro. Aquí está. ¡Sí! ¡Fíjate! ¡Aquí dice, Ramón Piedrahita! El pobre anda con los minutos contados. A ver, a ver.... Aquí dice que es tísico, que toca el bombo en la banda de un tal Nazario Moncada Vera y... que morirá... mañana. ¡Muchacho... tengo que irme, estoy atrasada! ¡Santo cielo, tengo que hacer algunos preparativos! ¡Casi me olvido de las pobres lechuzas!

TEJÓN MACHO Le quita nuevamente el libro y arranca la hoja.

LA MUERTE ¿Qué has hecho, muchacho? ¡Devuélveme esa hoja!

TEJÓN MACHO Voy a quemar esta hoja y así no morirá mi padre, Ramón Piedrahita.

LA MUERTE *Consulta su libro.* Buen intento, muchacho, buen intento, pero arrancaste otra hoja. Mira, aquí tengo todavía a tu padre, agarrado del cuello. De nada te sirve ese papel que tienes en tus manos. Pertenece a otro sujeto. Sin embargo, por tu buen corazón, y sobre todo, por tu coraje. Te voy a recompensar. Escucha, muchacho, si tú me devuelves esa hoja, tu padre no sufrirá a la hora de su muerte y, además, una vez que él muera, podrás llamarlo y conversar con él, las veces que tú quieras.

TEJÓN MACHO ¿Cómo si él estuviera vivo?

LA MUERTE ¡Como si él estuviera vivo! ¡Vivo, vivo! ¡Qué palabra para horrible!

TEJÓN MACHO ¿Es un trato?

LA MUERTE ¡Es un trato!

Tejón Macho entrega el papel a la muerte. Se apagan las luces. Desaparecen Tejón Macho y la muerte. Nuevamente se encienden las luces y se abre el telón.

VOZ DEL NARRADOR La gran casa de madera, con la típica escalerilla que conduce al piso alto, donde vive Don Romualdo Pita Santos, con su mujer y sus hijas, parece estar vacía. En el patio, cerca del portal, un fogón sobre el que han sido colocadas dos ollas de hierro negro, deja escapar una lánguida columna de humo, apenas perceptible. Al fondo, a la entrada de la bodega, se amontona el arroz, aún no pilado. Las ramas de un platanal se mecen apenas, como tratando de no perturbar la paz mortecina de la tarde. Todo está en calma... Pero, no. ¡Horror de horrores! Un ser maléfico se aproxima. Su hedor, su cadavérica presencia, su frialdad cortante la delata.

Entra la muerte. Porta dos lechuzas, metidas en una jaula.

LA MUERTE ¡*Corruptio optimi, pessima!* Aquí es hijas mías. La hora del crepúsculo se acerca. Vosotros sois las depuradoras. ¿Quién hará vuestra tarea si os corrompéis? La noche llega, lentamente como una barca solitaria impulsada por el espíritu del océano. ¡*In articulo mortis!* ¿Estáis inquietas? Picaronas... Yo también me sentí intranquila en mi primera vez... Mordía con el pico los débiles alambres de la jaula... Estaba confusa... Es natural La decisión sobre la vida y la muerte es un poder muy grande: ¡terrible y peligroso! Conservad, por lo tanto vuestra salud física y vuestra inteligencia. ¡*Mens sana in corpore sano!* Hijas mías, habéis sido iniciadas y es preciso mantener la sangre fría y el pulso firme ¡*Quieta, non movere!* Ya veréis que todo lo que está escrito ha de cumplirse punto por punto. Desde aquí vigilad y velad porque a la hora nona el que ha de morir descansará sobre estos sucios gachos de cáscara de arroz y una vieja montura ha de servirle de almohada. *Acomoda a las lechuzas sobre uno de los aleros de la casa.* Otras lechuzas graznan y buscan ratones, sabandijas y polluelos rezagados a la caída de la tarde... pero vosotras, tenéis una ocupación más importante. El que todo lo dispone, así lo ha ordenado... y así está bien... Desde aquí podréis mover los hilos invisibles que retienen el soplo vital en el cuerpo. Hacedlo con calma... Cuando él llegue trabajad

con calma. Envolvedle en la fiebre y procuradle un letargo apacible... que sea vuestro trabajo perfecto, una obra de arte. *¡Ars gratia pro artis! ¡Ars longa, vita brevis!* Que le sea dulce y tranquilo el trance... Que no se crispe su rostro ni se destroce el pecho con las uñas... Que su espíritu levante el vuelo delicadamente... delicada y plácidamente... Esperad aquí... Voy a traerle. ¡Estad preparadas!

Las lechuzas graznan. Entra Pintado, con el machete en la mano. Se detiene al escuchar el cántico funesto de los animaluchos.

PINTADO ¡Pájaros de mal agüero! *Se santigua.* Algo malo va a ocurrir en esta casa. Alguien va a morir... pero... ¿quién? ¿Yo? ¿Mi mujer? ¡Mi mujer está en cinta! *Se enfrenta a las lechuzas. Les lanza piedras.* ¡Largo! ¡Fuera de aquí! Si la tocan... malditas... no se atrevan contra ella, porque les parto con mi machete... *Llama, a gritos.* ¡Ana Lucía! ¡Anita Lucía!

ANA LUCÍA *Desde la ventana.* ¿Ya has llegado? Por fin te asomas... Entra... Ven. ¡Mira esta linda “chambrita” que estoy cosiendo para mi niña!

PINTADO ¡Será varón! ¡Estoy seguro de que será varón! Se llamará Pintado, como yo, como mi padre, como el padre de mi padre y como todos los Pintados... ¿Y Si fuera esta noche? ¿Y si nace hoy? Y... entonces... ¿Qué hacen esas lechuzas aquí, en el alero de nuestra casa? ¿Y por qué nos miran así? ¿Y... por qué no logro siquiera asustarlas con el brillo de mi machete? ¿Anita Lucía, es hoy el nacimiento?

ANA LUCÍA No.

PINTADO *Destapa las ollas de hierro.* ¿Entonces, para qué es esta agua caliente? ¡No me mientas! ¿Has llamado a la partera? ¿Por qué me has mandado a buscar? ¿Por qué...?

ANA LUCÍA *Sale de la casa. Con voz convincente.* No me toca esta noche, Pintado... tal vez mañana... o pasado mañana... o el sábado... o el domingo. Sería maravilloso que nazca el domingo... Así tú podrías estar conmigo y lo verías... Tú serías el primero en tomarlo entre tus brazos y lo levantarías tiernamente hasta hacerlo descansar en tu corazón.

PINTADO El domingo...

ANA LUCÍA Será el domingo, Pintado. O esta noche. Sí, quiero que sea esta noche. Hoy, que has venido y estás aquí. Me tenderé y...

PINTADO ¡No!

ANA LUCÍA ¿No lo quieres? Lo has besado en mi vientre y él te ha hecho cosquillas al mover sus piecitos, por las noches... Te ha llamado y has despertado hasta cinco veces...

PINTADO *Habla, para sí mismo.* Dicen que cuando las lechuzas dejan ver sus ojos redondos, como bolas de fuego, y graznan sobre los tejados de

las casas, es porque alguien va a morir. *Se acerca a su mujer y la abraza.* Anita Lucía...

ANA LUCÍA ¿Qué?

PINTADO ¡Nada! ¡Tengo miedo! ¡Larguémonos de aquí!

ANA LUCÍA ¿Tú? ¿Miedo tú, mi Pintado? ¿El que robaba chorizos y salchichones y jamones en la despensa del cura, solamente para que yo me de el gran banquete? ¿El que jamás tuvo miedo? *Lo abraza amorosamente.* ¿Qué tienes? ¡Cuéntame!

PINTADO ¡Nada!

ANA LUCÍA Algo te pasa... Ven, sentémonos sobre la cáscara de arroz. *Lo lleva hacia la bodega.* ¿Te acuerdas? *Lo hace sentar sobre la cáscara del arroz.* Fue hace un año... Habían traído el arroz, como hoy, para llevarlo a la piladora... Me llamaste... “Acuéstate sobre esta montaña”, me dijiste. *Pintado se acuesta.* Yo sabía lo que andabas buscando, pero me acosté. “Cierra los ojos y piensa que esta montaña es una montaña de plumas” Así me dijiste al oído y me besaste y yo cerré los ojos. En lugar de arroz hubo plumas y algodón perfumado... ¿Qué te pasa? ¡Tiemblas! *Le toca la frente.* ¡Tienes fiebre! La frente está ardiéndote, como si hubiera en tu cabeza el fuego intenso, que aún a la leña más dura retuerce.

PINTADO Las lechuzas... son las lechuzas... tengo frío...

ANA LUCÍA Vamos adentro... ven... Yo también he sentido un frío extraño. Voy a prepararte un agua de hierbas.

Llega la muerte.

LA MUERTE ¿Qué hacen, mis pequeñas traviesas? ¡Duermen al hombre equivocado! ¡Déjenlo ir!

Pintado y Ana Lucía se levantan y suben a la casa.

LA MUERTE El que habrá de entregarnos su espíritu está en camino. Ya le traen. Todos le rodean. Tiene ya el estertor de la agonía. Cuando abre los ojos busca ansiosamente a su hijo. Tose aún. Es la suya una tos seca... absurda, semejante al arrullar de las palomas... ¡Es un insensato! ¡Un hombre que se aferra a la vida! En realidad, no sé por qué se afana, ni qué busca. ¿Por qué está tan enraizado y ama tanto su desventurada existencia? ¿Por qué implora que le salven? ¿Por qué pide que le curen? ¿Por qué ansía llegar hasta donde Melasio Vega? ¿Acaso ese Melasio Vega puede salvarle? ¿Qué cosa le retiene en este mundo? ¿La carne? Es viejo, feo, enfermo y miserable. ¿El mundo? Nada posee. Hasta la

tierra que ha de cobijar sus huesos pertenece a los poderosos. ¿Lo retiene el demonio? Ni la soberbia, ni la gula, ni la pereza, ni siquiera la ira tiene cabida en ese viejo corazón. No lo entiendo, hijas mías... no lo entiendo. ¿Es acaso tan dulce el licor de la vida?

El viento resucita el fuego, casi extinguido del fogón y desparrama la cascarilla del arroz. La muerte se sienta pensativa, al lado de sus hijas, las lechuzas. Ana Lucía sale y recoge unas hierbas. Las pone en una taza y con un cucharón saca un poco de agua de una de las ollas.

ANA LUCÍA ¡Dios mío... que no sea grave... que no sea grave... Sale.

Las lechuzas graznan y mueven inquietas sus redondas cabezas. A lo lejos, algún perro aúlla lúgubrememente. Entra Nazario Moncada Vera. Sostiene en su mano derecha su saxo. Detrás de él, la compañía de músicos. Hace un alto en el portal y grita.

NAZARIO MONCADA ¡Compadre Romualdo!

PITA SANTOS Aparece por la azotea, que se abre en un ala del edificio de caña. ¡Vaya, compadre! ¡Felices los ojos que le ven, compadre! ¡Pase, pase usted y pasen sus amigos, que también son mis amigos! ¿Y qué milagro es ese? ¿Cómo así usted, por aquí, en mi modesta posesión?

NAZARIO MONCADA Por aquí, compadre. Andamos con el socio Piedrahita que se ha puesto un poco... delicado. Venimos a pedirle que nos dé usted una posada... hasta mañana.

PITA SANTOS ¡Cómo no, compadre! Ya sabe usted que esta es su casa.

NAZARIO MONCADA ¿Y dónde nos arreglamos, compadre?

PITA SANTOS Acá arriba no hay lugar, porque tenemos huéspedes: unos parientes de su comadre, que han venido para hacerse ver con Melasio Vega... el brujo... Pero abajo, en la bodega, pueden acomodarse tranquilamente.

NAZARIO MONCADA ¡Gracias, compadre Romualdo! Nos acomodaremos donde sea.

La banda entra. La muerte se baja y ayuda a cargar a Ramón Piedrahita.

LA MUERTE A ver muchachos, yo de este lado, así. Eso es... despacio, despacio.

Pintado y Ana Lucía salen de la casa e ingresan al escenario.

ANA LUCÍA ¡Qué susto me diste, Pintado! ¿Ya ves, que las hierbas son un prodigio?

PINTADO Mira...

NAZARIO MONCADA ¿Eres tú, Pintado? ¿Y qué pasó con la iglesia? ¿Dejaste por fin, tu oficio de sacristán?

PINTADO Sí, soy yo, Nazario.

Pintado y Nazario Moncada Vera se abrazan.

VOZ DEL NARRADOR Es así como Ramón Piedrahita es colocado en unos “gangochos” sucios de cáscara de arroz, sobre el suelo de tablas de la bodega. Una vieja montura le sirve de almohada. Está exactamente en el sitio que la muerte ha elegido para él. Encima del cuerpo, que tiritita a causa de la fiebre, Tejón Macho le echa un poncho y lo cubre con dulzura. Después se queda allí, a la cabecera de su padre. Los demás músicos se encaminan en silencio, a la orilla del río y, en un elevado barrancar se sientan, uno al lado del otro.

LA MUERTE Ahora que todo está listo, tengo tiempo para darme una vuelta por los alrededores. ¡Muere tanta gente en estos días, que una nunca sabe! *Sale.*

NAZARIO MONCADA *A Pintado.* Veo que tu mujer casi está a punto de dar a luz.

PINTADO Sí; está de días.

NAZARIO MONCADA ¿Y... Bachita?

ANA LUCÍA ¿Qué Bachita?

PINTADO Cosas de Nazario... Vamos... Quiero saludar a Severo Mariscal, a Esteban Pacheco y... ¿cómo es el nombre del otro? Del que sopla el cornetín.

NAZARIO MONCADA Manuel Mendoza.

PINTADO ¡Vamos...! Hay tantas cosas para hablar... ¿Quién es el hombre que traían a cuestas? Parece que está muy enfermo. Pude verlo desde la ventana.

Nazario Moncada Vera y Pintado se encaminan hacia el grupo de músicos, mientras continúa entre ellos la conversación.

ANA LUCÍA No le entiendo a este hombre. Hace un momento temblaba, tenía calentura y se estaba muriendo. Mírenlo ahora, ni caso me hace y

se va con los músicos. Yo, mientras tanto, sufriendo, desesperándome por él.

PITA SANTOS *Llama.* ¡Juana! ¡Anita Lucía! ¿Está por allí mi mujer?

ANA LUCÍA ¡No, Don Romualdo! ¡No está!

NIÑA JUANITA *Sale desde una de las habitaciones del segundo piso.* ¿Qué hay Romualdo? ¿Para qué me llamas?

PITA SANTOS ¡Aquí está su compadre!

NIÑA JUANITA ¿Nazario?

PITA SANTOS Parece que uno de los de la compañía está boqueando.

ANA LUCÍA ¿Boqueando, dice, Don Romualdo?

NIÑA JUANITA ¡Bajo en seguida! ¿Está herido? ¡Cuándo terminará esta revolución, Dios mío! ¡Voy a ver qué es lo que se puede hacer! *Baja las escaleras.* ¿Y el compadre?

PITA SANTOS ¿No lo ve? Allá, sentado en el barrancar, junto a los otros.

La Niña Juanita y Ana Lucía entran en la bodega. La Niña Juanita le toca la frente al enfermo.

NIÑA JUANITA ¿Cómo va sintiéndose usted? *A Tejón Macho.* ¿Son nuevos ustedes?

ANA LUCÍA Niña Juanita... *Le habla al oído. La Niña Juanita se retira del enfermo con asco.* ¿Tisis? ¡Qué horror! ¡Yo creí que estaba herido!

TEJÓN MACHO Niña Juanita... Niña Juanita. Cúrele usted. Cúrele, Niña Juanita.

NIÑA JUANITA *Se tapa la nariz con un pañuelo.* ¿Desde cuándo está así? Se lo ve bastante maluco.

TEJÓN MACHO Hará como una hora que ya ni habla, Niña Juanita... Parecería que se ahoga, como un renacuajo fuera del agua. Así abre la boca, para que le entre el aire. Solamente con los ojos, solamente con los ojos me busca...

NIÑA JUANITA *A Ana Lucía.* Alguna hierba... de las que tú conoces... ¿No podría? Lo que quisiera es... que no muera en esta casa... Tú comprendes... Mañana, podrían llegar donde Melasio Vega. ¿Quién quita que ese curandero hasta lo salve?

ANA LUCÍA Hay que darse prisa. Solo hay que darse prisa y ayudarlo a bien morir. Aquí ya no hay hierba que le aguante. ¿No le ve como está botando sangre por la boca y la nariz?

TEJÓN MACHO ¡No!

NIÑA JUANITA Voy a buscar a mis hijas. Si es como tú dices, hay que rezar las letanías. Acá no hay un santo sacerdote que le pueda dar los santos óleos y le absuelva de sus pecados.

TEJÓN MACHO ¡No! ¡No es cierto! No va a morir. Niña Juanita... cúrele! ¡Cúrele usted!

NIÑA JUANITA A Ana Lucía. ¡Trae el agua de San Vicentito!

Niña Juanita sube apresuradamente al segundo piso. Ana Lucía busca en su cuarto el agua de San Vicente. Se ilumina el barrançal, donde conversan animadamente los músicos.

NAZARIO MONCADA Pero la gente bailaba... ¿Verdad Pacheco?

ESTEBAN PACHECO ¡Claro! ¿Y cómo no iba a bailar?

NAZARIO MONCADA Nos contrataban por noche. Me acuerdo que Don Pepe Soto, el tan mentado “Zambo Jáyaro” nos pagó treinta sucres una vez para que le tocáramos en una “tambarria” que hizo donde las Martínez... ¿Y vos, Mendoza, conociste a las Martínez?

MANUEL MENDOZA ¿Y menos, que crees que soy francés? ¿No eran las entenadas de Goyo Silva? Creo que les decían las “Yeguas meladas”.

NAZARIO MONCADA Las mismas.

PINTADO Mendoza estuvo también aquella noche, Nazario.

NAZARIO MONCADA Claro, claro que estuvo. Ahorita que me acuerdo...

PINTADO Corrieron gallo las dos... La mayor dizque vive con un fraile, en la provincia... La otra, dizque murió con el mal.

JOSÉ ALANCAY ¿No se llamaba una de ellas Camila?

NAZARIO MONCADA Sí... Esa es la que le interesaba al “Zambo Jáyaro”... Camila....

PINTADO Dicen que no la aprovechó... Una moza que él había dejado por ella le hizo el daño en un pañolón bordado que le mandó a vender con un turco sencillero, de esos que andan en canoa... el turco alcahuetó la cosa...

JOSÉ ALANCAY No fue así, amigo. La fusilaron los restauradores.

SEGUNDO ALANCAY Es cierto. Eso mismo me han contado a mí. Los dos murieron fusilados.

NAZARIO MONCADA ¿Pepe Soto y Camila Martínez fusilados? ¡No hablen pendejadas! Lo que dice Pintado es lo cierto. ¿Verdad Mendoza?

La Niña Juanita baja con una palmatoria y una vela encendida. Detrás de ella, sus tres hijas.

NIÑA JUANITA Primero debemos rezar la letanía de los santos.

TRES HIJAS ¡Sí, mamá!

NIÑA JUANITA *A sus hijas. Pónganse ustedes a la derecha. Les hace señas que se cubran la nariz con un pañuelo.*

TRES HIJAS ¡Sí, mamá!

NIÑA JUANITA En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Gloriosísimo San Miguel, príncipe de la milicia celestial.

TRES HIJAS Ruega por él.

NIÑA JUANITA Santo ángel de la guarda.

TRES HIJAS Ruega por él.

NIÑA JUANITA Glorioso San José, abogado de los agonizantes.

TRES HIJAS Ruega por él.

TEJÓN MACHO *Grita.* ¡No! ¡No! ¡Mentira! ¡No está agonizando!

NIÑA JUANITA San Abel.

TRES HIJAS Ruega por él.

NIÑA JUANITA San Daniel.

TRES HIJAS Ruega por él.

NIÑA JUANITA Santa Isabel.

TRES HIJAS Ruega por él.

Entra Ana Lucía con un botellón de agua.

ANA LUCÍA Aquí está el agua de san Vicentito, Niña Juanita.

NIÑA JUANITA *Toma una flor, la empapa en el agua del botellón y esparce las gotas sobre Ramón Piedrahita. Lucifer, príncipe de las tinieblas, señor de los infiernos, padre de los abismos...*

TRES HIJAS ¡Sal de esta casa!

NIÑA JUANITA ¡Sal, en nombre de los ángeles y arcángeles, en nombre de los tronos y dominaciones, en el nombre de los principados y potestades, en el nombre de los querubines y serafines! ¡Vuelve a tu horrenda brasa!

TRES HIJAS ¡Sal de esta casa!

La luz enfoca ahora el barranocal.

- MANUEL MENDOZA ¿Se han fijado en las ninfas?
SEVERO MARISCAL No están mal las muchachas, Pacheco...
ESTEBAN PACHECO Un poco flacas... Esas hembras son bonitas, pero flacas, Severo.
MANUEL MENDOZA Flacas, flacas, no están... yo diría que más bien... que están espirituales...
SEVERO MARISCAL Es el hueso el que le da gusto al caldo, amigo. ¡Despierta, Pacheco! Te estás quedando como embobado.
ESTEBAN PACHECO Las tres hermanas tienen... unos ojos negros... grandes... soñadores... ¡Y qué voces más angelicales!
REDENTOR MIRANDA No te andes fijando en los ojos, Pacheco... Un poco más abajo está el “condumio”...
ESTEBAN PACHECO Si pudiera escribirles... si pudiera mandarles una cartita de amor...
SEVERO MARISCAL ¿Escribirles, dices, Pacheco? No, no, no. ¡Entra, Pacheco, de frente! A la mujer hay que entrarle... ya vas a ver cómo las hago saltar una por una...
MANUEL MENDOZA ¿Y la comadre de Nazario?
SEVERO MARISCAL A ella también, Mendoza... a mí no se me pasan ni las comadres...
NAZARIO MONCADA ¿Qué cosa están diciendo?
ESTEBAN PACHECO A *Severo Mariscal*. ¡Te vas a fregar, Severo! Esas muchachitas son decentes... Dios te puede castigar.
SEVERO MARISCAL Yo no creo en la vaina de los castigos... ¿Y tú, Pacheco, cuándo vas a interesarte por lo de más abajo? ¡Es allí, donde está lo bueno!
MANUEL MENDOZA ¡Déjalo, Severo! A Pacheco no le agrada más bajo que su instrumento.

Todos ríen. La luz alumbra, ahora, la bodega, donde yace el moribundo.

NIÑA JUANITA

Alabad a Dios en su santuario;
Alabadle en la magnificencia de su firmamento;
Alabadle por sus proezas;
Alabadle conforme a la muchedumbre de su grandeza.

- HIJA 1. Alabadle al son de la bocina.
HIJA 2. Alabadle con el salterio y el arpa.
HIJA 3. Alabadle con el pandero y la danza.

En casa de los Pita Santos

ANA LUCÍA Alabadle con cuerdas y flautas.

HIJA 1. Con el cornetín y el requinto, alabadle.

Los de la banda de músicos han ido poco a poco acercándose y se unen al coro.

BANDA DE PUEBLO Cantan, en coro, 

Con el cornetín y el requinto, alabadle.

Con el barítono y el bajo;

Con el trombón y el redoblante, alabadle;

Con el saxo y el bombo;

Con los platillos de cobre, alabadle.

TEJÓN MACHO *Grita, desesperado.* ¡Papá!

Entra la muerte.

LA MUERTE Ya, por fin. Se acabó. *¡Requiescat in pace!*

ANA LUCÍA ¡Se acabó!

TRES HIJAS ¡Se acabó!

NIÑA JUANITA ¡Se acabó!

BANDA DE PUEBLO ¡Se acabó!

TEJÓN MACHO ¡Papá...! ¡Papaíto...!

Todos guardan silencio. Se diría que han perdido la noción del tiempo. Después, van acercándose, lentamente hasta el cadáver. También la muerte se acerca y toma a Ramón Piedrahita de la mano. Le hace que se levante. Ramón Piedrahita viste una túnica blanca y mira sorprendido a sus amigos.

RAMÓN PIEDRAHITA ¿Qué pasa? ¿Por qué lloras, hijo? Mírame. Te lo dije. Estoy curado. Te lo dije, Nazario. El día que llegué a Daule, me fregaron... porque a mí lo que me hicieron fue el daño... me brujearon... pero ahora estoy como nuevo... ¿Por qué no me contestas? ¡Mírame!

LA MUERTE Déjalos. Ya ves. Ellos creen que has muerto y lloran sobre tu cuerpo, sin saber que estás aquí, hablándoles, libre del dolor, de la angustia, del cansancio, del miedo. Ven... Tengo algo para ti... *Lo lleva hasta el barrancal y le entrega un hermoso bombo, reluciente.*

RAMÓN PIEDRAHITA ¿Para mí? Esto es lo mejor que jamás haya podido soñar. Un bombo. El bombo más fino y más hermoso que he visto. Gracias, muchacha, gracias. *Grita. Mira, hijo... mira... Toca el bombo y ríe, como un muchacho que ha recibido un juguete nuevo. Se aleja dando saltos y haciendo cabriolas.*

LA MUERTE Vamos, hijas mías... todo se ha terminado... Pronto encontrará a los demás... no estará solo... fue un viaje perfecto. *Mete las lechuzas en la jaula. ¿Ya lo vieron? Es cuestión de seguir paso a paso el rito establecido... ¡Lo escrito: escrito está! Desaparece.*

De improviso, Segundo Alancay sopla en su instrumento y el barítono contesta con un alarido tristón. ♠♪♪ Los demás músicos imitan inconscientemente a sus compañeros. Poco a poco suena pleno, formidable, melancólico, un San Juan serraniego...

VOZ DEL NARRADOR Lloran los hombres por el amigo muerto. Lloran por su partida. Son brutalmente sinceros en su dolor. Por boca de sus instrumentos manifiestan su pena, en notas clamorosas.

Tejón Macho se levanta, toma el bombo enlutado de su padre y lo golpea rítmicamente, con la mano de madera.

VOZ DEL NARRADOR Tejón Macho llenará el vacío que ha dejado su padre en la banda. De esta forma, la vida continúa.

Arriba, Romualdo Pita Santos, se preocupa del tente-en-pie. Baja con unas copas y la botella de Mallorca. Ofrece licor a los músicos.

PITA SANTOS ¡Pintado!

PINTADO ¡Sí, Don Romualdo!

PITA SANTOS ¡Búsqueme, Pintado, unas cuatro gallinas gordas! Hay que hacer un aguado. Es lo mejor para un velorio... Después... vaya a traer unas tres botellas de Mallorca, donde el “guaco” López. Un trago, nunca está demás.

PINTADO Está bien, Don Romualdo... *A su mujer.* Sería bueno que avives este fogón, Anita Lucía.

ANA LUCÍA *Quita las ollas del fogón y coloca algunos palos secos, sobre la brasa.* Y pensar que a todos los cristianos nos llega la hora...

Romualdo Pita Santos baja y se queda como hipnotizado, frente al fogón.

NIÑA JUANITA ¿En qué piensas, Romualdo?

PITA SANTOS Pienso que han agarrado estos gallos la moda de la sierra...

HIJA 1 ¡Mamá! ¿No es pecado que toquen la música aquí... delante del difuntito?

PITA SANTOS ¿Pecado?

NIÑA JUANITA ¿Es pecado, Romualdo?

PITA SANTOS Y cómo va a ser pecado. ¿No ven que el era de la banda? ¡Siganle! ¡Siganle! ¡Qué haya música!

HIJA 2 Entonces... ¿podemos también... bailar?

NIÑA JUANITA ¿Pueden? ¿Podemos? ¿Qué dices tú, Romualdo?

PITA SANTOS *Muy molesto, increpa a la Niña Juanita y luego a sus hijas.* ¿Y tú mujer, quieres bailar? ¿Y se puede saber con quién? ¿Algún moscardón te ha picado? ¡Que haya música... me parece que está bien! Pero... bailoteos... no... Menos con ustedes, hijas mías... ¿Han entendido? Cuando se baila a un muerto, se malea la casa... *A Ana Lucía.* ¿Verdad, comadre? ¡Usted sabe muy bien de esas cosas!

ANA LUCÍA Así es, Don Romualdo.

La música cesa. Romualdo Pita Santos y la Niña Juanita suben las escaleras que conducen al segundo piso.

PINTADO *Entra con las gallinas.* Traje la colorada, la carioca, la zamarruda y la bizca. Las otras están poniendo.

ANA LUCÍA Presta acá esas aves.

PITA SANTOS *Desde la terraza.* Yo no les acompaño, porque llevo tres noches desveladas. Hasta mañana.

PINTADO *A Ana Lucía.* ¿Te fijaste que allí, en ese alero, se habían parado dos lechuzas?

ANA LUCÍA ¿Lechuzas? ¿Alguien vio lechuzas en ese alero?

TRES HIJAS Nosotros, nada hemos visto.

MANUEL MENDOZA ¿Lechuzas? ¿Quién vio las lechuzas?

PINTADO Estaba allí... les juro que los pajarracos estaban en ese alero...

MANUEL MENDOZA Esas son las que cortaron la mortaja para mi compadre Piedrahita... Desgraciadas... *Se oye el graznido de unas lechuzas.* ¡Y sigue el "vortejeo"...! Deben andar por allí, escondidas, acechando desde algún árbol... Les ha sobrado tela para otra mortaja, se ve... Santigüense amigos, no sea que nos toque a alguno de nosotros... ¡Maldita sea!

Todos se persignan contritos. La oscuridad total borra la imagen de los personajes. Silencio absoluto. Entra la muerte, con su lámpara.

LA MUERTE En la oscuridad de la noche los fantasmas rondan en busca de los que fueron sus amigos, sus enemigos, sus amantes, sus hermanos, sus hijos o sus padres. Vestidos de blanco, los fantasmas bailan sobre los techos de las casas. Abre tus puertas y escucha sus juegos. No los temas. No son espectros de caras espeluznantes ni arrastran cadenas. Deja el sueño y asómate a la ventana, para que contemples el mundo de los muertos.

Sale la muerte. Hay juegos fatuos en el escenario. Los músicos duermen apiñados en la escalera que conduce al segundo piso. Tejón Macho, como sonámbulo se dirige hasta el fogón y contempla extasiado el humo que escapa levemente. Entran Camila Martínez y Pepe Soto.

CAMILA MARTÍNEZ *Porta una lámpara. Luz, más luz. Me fascina. Levanta su lámpara e ilumina el rostro de Pepe Soto.*

PEPE SOTO Retira tu lámpara, mujer. No ves que tengo el cuerpo lleno de agujeros. Me pueden ver todo.

CAMILA MARTÍNEZ Puedo llenarlo de flores. *Cae una lluvia de flores.*

PEPE SOTO Mujer, por favor: tengo alergia al polen. *Estornuda.*

CAMILA MARTÍNEZ *Vira delicadamente la cabeza de Tejón Macho, a fin de mirarle la cara. ¿Es de los nuestros?*

PEPE SOTO ¡Déjale! ¿No ves que está vivo?

CAMILA MARTÍNEZ ¿Vivo? ¡Santo Dios! *Lo suelta de inmediato. ¿Quién lo ha traído hasta aquí? ¡Qué susto me ha dado!*

GOYO SILVA *Entra con un vendedor ambulante. ¡Camila, hija mía!*

CAMILA MARTÍNEZ Aquí estoy, papá. *A Pepe Soto. ¿Te acuerdas de mi padrastro? Él es don Goyo Silva, conviviente de mi mamá. El fue el único padre que conozco y lo quiero mucho.*

GOYO SILVA ¡Mira quien ha llegado!

CAMILA MARTÍNEZ *Con mucha emoción. ¡El vendedor de maní!*

GOYO SILVA *Mira a Tejón Macho y se le aproxima. ¿Y... ese?*

CAMILA MARTÍNEZ ¡No te acerques, papá! ¡Está vivo!

GOYO SILVA No tienes por qué asustarte de ese modo, Camila... puede ser una buena persona. Te voy a decir una cosa, hija. Yo, por mi parte, les tengo más miedo a los muertos que a los vivos. Dime, hija. ¿Qué mal pueden hacernos a nosotros... los vivos?

VENDEDOR DE MANÍ *A Camila Martínez. ¿Desea un paquetito?*

CAMILA MARTÍNEZ *Oh sí, gracias. Abre el paquete de maní y saborea con deleite el salado fruto. ¡Delicioso! Prueba, José Antonio.*

PEPE SOTO *Flores, maní, poesía, luz... ta, ta, ta... No la soporto, no la soporto. Esta mujer está más loca que una cabra. Sale.*

Hay un cordón que une a Pepe Soto y a Camila Martínez. Cuando Pepe Soto ha salido, Camila Martínez tira de la reata.

CAMILA MARTÍNEZ *Recuerda que estamos casados, querido.*

José Antonio retorna como un autómata. Camina de espaldas.

VENDEDOR DE MANÍ *¿Entonces... es verdad lo que me contaron de ustedes?*

GOYO SILVA *Sí señor. Mi hija lo atrapó un momento antes de que los soldados le abran esos horripilantes agujeros que él lleva por todo el cuerpo.*

VENDEDOR DE MANÍ *¿Entonces los fusilaron? ¡Qué emoción! ¡Me habría gustado morir así, como un héroe!*

PEPE SOTO *¡Qué aburrido!*

GOYO SILVA *En eso no estoy de acuerdo. Si un hombre dispone de un buen periódico y una pipa no puede aburrirse. *Al vendedor de maní.* ¿Desea, por ejemplo, “El Nacional”? Este periódico sale una vez cada semana. Y contiene, desde luego, solamente noticias oficiales... El último número trae una colección completa de los discursos de don Gabriel García Moreno.*

El periódico empieza a descender desde el cielo.

VENDEDOR DE MANÍ *Prefiero un café con leche.*

CAMILA MARTÍNEZ *No hay problema. Levante usted la mano... *Tejón Macho empieza a levantar lentamente su mano. Pepe Soto y Goyo Silva lo observan, pero Camila Martínez no se ha percatado de esto.* Levante su mano... así... eso es. Ahora diga...*

GOYO SILVA *Apunta con su índice a Tejón Macho. ¡Se movió...!*

CAMILA MARTÍNEZ *¡Huy! ¡No, por favor! ¡Vámonos de aquí, José Antonio!*

Camila Martínez tira de su cuerda y arrastra prácticamente a Pepe Soto. Los demás salen aterrorizados por lo que han visto.

TEJÓN MACHO *Levanta sus manos, como le enseñó Camila Martínez, para pedir un deseo. ¡Quiero que venga mi padre!*

Entra precipitadamente Ramón Piedrahita. Detrás de él aparece Monseñor.

RAMÓN PIEDRAHITA ¡Qué pasa! ¿Quién me llama?

TEJÓN MACHO Soy yo, papá. ¿Me escuchas?

RAMÓN PIEDRAHITA ¡Hijo! ¡Hijo mío! *Lo abraza.*

MONSEÑOR *A Ramón Piedrahita.* ¡No lo toques! ¿No te das cuenta que es un vivo? Tú y yo estamos muertos. Tú moriste de tuberculosis, yo, atragantado con unas morcillas y un salchichón, que me invitó el cura de Durán. Estoy seguro que él también está muerto, pero no lo he podido encontrar.

RAMÓN PIEDRAHITA ¿No estará en los infiernos, Monseñor? Porque malo, malo mismo era.

MONSEÑOR No seas pendejo, Piedrahita. No hay infierno ni hay cielo. Solo esto. Regresemos a jugar otra partida de dominó. ¡Suéltalo, te digo!

Ramón Piedrahita suelta a su hijo.

MONSEÑOR ¡Espero que no lo hayas condenado a la locura!

RAMÓN PIEDRAHITA Pero...

MONSEÑOR Entre los vivos será un loco... Lo has tocado Piedrahita, lo has abrazado. ¡Vámonos de aquí!

RAMÓN PIEDRAHITA ¡Nada!

TEJÓN MACHO Abrazarme otra vez, papá. ¡Qué bueno es verte nuevamente!

Alguien tira del cordel al que está atado Ramón Piedrahita y éste retrocede, sin querer.

RAMÓN PIEDRAHITA ¡Hijo! ¡Hijo mío! ¡Te quiero tanto!

TEJÓN MACHO ¡Papá! ¡Papaíto! Espera...

RAMÓN PIEDRAHITA Debe ser tu madre, hijo, la que tira tan fuerte de esta cuerda. Ya sabes cómo son las mujeres...

La oscuridad total reina por algunos segundos. Finalmente ésta va cediendo y es remplazada poco a poco por la luz del amanecer. El canto de un gallo anuncia el nuevo día. Los músicos que se han quedado dormidos, apiñados el uno contra el otro, en las gradas que conducen al segundo piso, se despiertan, bostezan, se desperezan.

MANUEL MENDOZA Tengo los huesos molidos.

REDENTOR MIRANDA Y yo, un hambre de lobo.

NAZARIO MONCADA Eso ya no es nuevo en ti. Anoche te comiste más de media gallina y todavía andabas merodeando por el fogón, para ver si había sobrado algo.

ESTEBAN PACHECO Pobre Tejón Macho. Mírenlo dónde se ha dormido. Abrazado a su padre, como si aún estuviera vivo.

NAZARIO MONCADA Hay que enterrarle enseguida. Apenas salga Pintado hay que preguntarle dónde podremos comprar una caja.

MANUEL MENDOZA ¿Comprar? ¿Y con qué dinero? ¡No tenemos un solo peso!

NAZARIO MONCADA Con la que me prestó mi compadre.

SEGUNDO ALANCA Y ¿Y los papeles? ¿Cómo van a hacer con lo de los papeles?

NAZARIO MONCADA Si queremos enterrarlo en el cementerio público, claro que tendremos que gastar en certificados de defunción, pagar un matasanos para que preste la firma, pagar al gobierno y todo el vía - crucis que ustedes ya conocen. Por eso he pensado que sería mejor si lo enterramos en el monte. Además, allí estaría más libre... y podría gozar del aire puro... ¿No les parece?

SEGUNDO ALANCA Y las autoridades... Podrían... Investigar.

NAZARIO MONCADA Mire amigo. Las investigaciones se hacen cuando corre la plata... si no corre la plata, no se investiga y punto.

PINTADO *Aparece por una de las ventanas de la casa.* ¿Cómo amanecieron? ¿Sintieron frío?

NAZARIO MONCADA No. La noche estuvo fresca... pero frío, frío no hemos sentido.

PINTADO Ustedes creo que se pasaron toda la noche conversando. Hasta adentro se oía el run, run.

MANUEL MENDOZA No hemos abierto la boca.

ANA LUCÍA *Aparece por otra de las ventanas.* ¿Qué no abrieron la boca? Toda la noche se pasaron habla y habla. No nos dejaron dormir. Yo no he pegado los ojos.

PITA SANTOS *Asoma por la azotea, en pijama.* ¿Qué es eso? ¿Siguen hablando y hablando ustedes allá abajo?

NAZARIO MONCADA Buenos días compadre.

PITA SANTOS No he podido dormir en toda la noche. ¡Qué forma de hablar y hablar de esta gente! Si hasta parecía que el finadito se levantaba para participar en la conversación.

NAZARIO MONCADA Nosotros, compadre... ni una sola palabra hemos dicho en toda la noche. Nos acomodamos aquí, en la escalera y hemos dormido como troncos.

PITA SANTOS Vaya Pintado y traiga unas dos tablas de monte, para construir una caja. ¿Sabe alguno de ustedes como se arma un ataúd? Si no, yo le enseño a cualquiera...

PINTADO ¿Me acompaña alguno de ustedes?

Salen Pintado y José Alancaay.

PITA SANTOS Al negro Manrique le cayó tétanos y estaba ya muriéndose. Hasta le hicimos ya su caja. Pero el negro desgraciado, apenas supo que estaba listo el ataúd, salió como desaforado y se internó por el arrozal, gritando como loco. “No quiero que me entierren. No voy a dejar que me entierren. No me voy a morir” Y fijese lo que es el temple de un hombre. No se murió, compadre.

NAZARIO MONCADA ¡Vea qué cosas, compadre!

PITA SANTOS Por favor, prepare un buen café negro, comadre Anita Lucía. Ahora mismo bajo.

Ana Lucía enciende el fogón. Tejón Macho despierta.

TEJÓN MACHO Estuvo aquí. Anoche vino con ese cura gordo, que tiene una sotana morada. No hay infierno. No hay cielo. Estuvo aquí. Lo vi con mis propios ojos. Tenía un lindo bombo y sonreía...

SEVERO MARISCAL ¿Quién vino, Tejón Macho?

TEJÓN MACHO ¿No lo vieron? Mi papá. Él estaba muy contento, como cuando vivía mi mamita. Lo vi.

Entra a escena la Niña Juanita.

NIÑA JUANITA ¿Qué son esos gritos? ¿No pueden conversar más despacio? ¿No ven que hay un... muerto?

ANA LUCÍA Dice que anoche vino su padre... que no hay infierno ni hay cielo... dice que...

NIÑA JUANITA *Grita.* ¡Romualdo! ¡Romualdo!. ¡Creo que este pobre muchacho se ha vuelto loco!

TEJÓN MACHO No estoy loco. Monseñor y el cura de Milagro se murieron. Comieron unas morcillas y se atragantaron. A Monseñor le encanta jugar al dominó. ¿Qué es el dominó?

MANUEL MENDOZA Hijo, ¿qué te pasa? ¡Ven, quédate junto a mí...!
Abraza a Tejón Macho y le acaricia la cabeza.

NIÑA JUANITA Ese muchacho está loco... loco de remate.

Entran Pintado y José Alancay. Traen un ataúd.

NAZARIO MONCADA Metan el cadáver en el ataúd. ¿Qué esperan? ¿Qué empiece a echar mal olor?

Los Alancayes meten dentro del ataúd en cuerpo de Ramón Piedrahita.

ANA LUCÍA *A Pintado.* ¿Cómo se enteró este muchacho?

PINTADO ¿Cómo se enteró de qué?

ANA LUCÍA ¡De la forma en que murieron el cura de Daule y Monseñor!

PINTADO ¿Y yo... cómo voy a saberlo?

ANA LUCÍA ¿Y qué, no eras tú el sacristán?

PINTADO ¡El administrador!

ANA LUCÍA ¡El sacristán!

PINTADO ¡El administrador!

Cae el telón, los del coro ocupan su lugar.

CORO Si a la tarde las lechuzas
vuelan hacia el cementerio
se pierden en el misterio
sus simbologías difusas.

Qué tétricas al morirse
las letanías se escuchan
cuando todavía luchan
los que aún no quieren irse.

Hubiera sido genial

Zamacuco: Banda de Pueblo

que destruyan de una vez
el libro de putridez
de la muerte criminal.

La tierra feraz sería
plena de frutos cabales.
Desterrados ya los males,
¿que objeto luchar tendría?

Aún si la muerte es serena
y otras vidas más tenemos,
siempre nos preguntaremos
si vivir valió la pena.

Salen los del coro.

EPÍLOGO: LA FERIA DE GUAYAQUIL

Tejón Macho cruza el escenario, de izquierda a derecha, con un cartelón, en el cual se lee: “EPÍLOGO: LA FERIA DE GUAYAQUIL”. Hecho eso, sale de escena.

VOZ DEL NARRADOR El año anterior a la muerte de Ramón Piedrahita, fueron por primera vez, a Guayaquil para celebrar la Semana Santa en la barriada porteña de la iglesia de La Victoria. Les fue bien y pensaban volver al año siguiente. La banda era número importante en los programas pueblerinos...

VOZ DEL RULETERO *Detrás del telón, sin aparecer en escena.* ¡Hagan juego señores, hagan juego! ¡A poner para ganar, que el que no pone no gana! La suerte es para todos. ¡Pruebe, pruebe, pruebe su suerte! ¡Pruebe su suerte!

VOZ DE UNA MUJER ¡Granizado...! ¡Sabroso granizado de todos los sabores!

VOZ DE UN HOMBRE Pruebe su fuerza y hágase rico. Pruebe su fuerza.

VOZ DEL NARRADOR Los anuncios suscritos por el prioste o encargado, se multiplicaban en los diarios guayaquileños para invitar a los devotos, turistas y público en general. Todos debían contribuir con su presencia a la solemnidad de la fiesta. Al pie de los datos sobre lidia de toros, pelea de gallos, carrusel de caballitos, circo, carrera de ensacados y otros juegos, se subrayaba en grandes caracteres la presencia de la Banda de Pueblo. Amenizará el acto, se decía, “el famoso grupo artístico musical que dirige el conocido maestro Nazario Moncada Vera, con sus reputados profesores. Ellos interpretarán las mejores piezas de su numeroso y selecto repertorio, tanto nacional como extranjero”.

Tejón Macho, un alegre muchacho de catorce años, entra por la derecha.

TEJÓN MACHO ¡Qué linda es la feria...! Me encantaría subir a ese caballito blanco del carrusel... no: mejor al amarillo. ¡Un momento, no me había fijado antes! El caballito rojo tiene la boca abierta y se mueve de arriba hacia abajo... de abajo hacia arriba. *A un supuesto vendedor de billetes.* ¿Cuánto cuestan los boletos? Los boletos para el carrusel... ¿Un peso? ¿Y para subir en los caballitos también hay que pagar un peso? ¿Dos pesos? *Triste.* No... Solo preguntaba... *Camina entre la invisible muchedumbre que juega a las ruletas. Se escucha el ruido de las lenguas de cuero, que lamen las escañas clavadas al borde de los círculos de madera.* ¡Perdón! ¿Le pisé señora? ¡Discúlpeme, no fue mi

intención! *Sigue con su cabeza y con su cuerpo, el movimiento de las ruletas. ¿Si pongo dos reales... a esa calavera... y... sale calavera, cuánto gano? ¿No se puede apostar dos reales? Pero es que yo solo tengo... Baja la cabeza, avergonzado. Sí, sí señor... Gira bruscamente, ante la llamada de alguien, que le ha tocado en el hombro. ¿Yo? No, no, no he visto, señorita... Si quiere me puede rebuscar. Saca a relucir el forro vacío de sus bolsillos. Solo tengo dos reales.*

Entra Severo Mariscal y busca entre el gentío. Se pone de puntillas, para poder buscar a Tejón Macho.

SEVERO MARISCAL *A un desconocido, también imaginario. Disculpe, señor... Busco a un muchacho, como de catorce años... sí, sí, exactamente... lo mandamos para que busque un sitio donde poder instalarnos... si, sí... somos músicos, señor... ¿No? ¿No lo ha visto? Pero usted dijo... Comprendo, gracias. Continúa la búsqueda, entre la espesa muchedumbre, después sale.*

TEJON MACHO *A una supuesta vendedora ambulante. Un paquete de canguil... No, de sal... Gracias. Paga. ¿Cuatro reales? Pero si en Dos Esteros venden a... La vendedora le arrebató violentamente el paquete. Señora, señora... mis dos reales... ¿Cuáles? Los que le di, señora. La vendedora arroja al suelo la moneda y Tejón Macho se agacha a recogerla. ¿Por qué me lanza así la plata? ¡Ay! Me pisó en la mano, señorita. Se levanta y se sopla la mano lastimada, sale.*

Entran Nazario Moncada Vera y Severo Mariscal.

NAZARIO MONCADA *Bastante gente. Podemos hacernos ricos. Apenas nos oigan tocar se van a acercar los mozos y nos van a contratar para que llevemos serenatas a las casas de sus enamoradas. A Severo Mariscal. ¿Encontró Tejón Macho un buen sitio para la banda?*

SEVERO MARISCAL *Lo he buscado por aquí... pero con tanta gente...*

NAZARIO MONCADA *Ya les advertí que en Guayaquil es otra cosa. ¿Les dije o no les dije que no se separen? ¿Quién mandó solo a ese muchacho a buscar el sitio?*

SEVERO MARISCAL *Su propio padrino.*

NAZARIO MONCADA *¡Qué Mendoza...! ¡Si es pendejo este Mendoza! ¡Mira...! ¡Mira allí! Allí, después del puesto que ocupa el hombre de los aros de madera...*

SEVERO MARISCAL *¿Dónde están tirando esas rueditas a las botellas?*

NAZARIO MONCADA *¡Detrás! ¿Lo ves?*

SEVERO MARISCAL *¡Si!*

Epílogo: la feria de Guayaquil

NAZARIO MONCADA ¿Qué te parece?

SEVERO MARISCAL Es un buen sitio. ¿Cuánto querrán cobrar?

NAZARIO MONCADA Anda y llama a los otros. Voy a contratar el puesto antes de que otro vaya a ganarnos.

Severo Mariscal sale. Tiene que abrirse paso a codazos entre la multitud. Entran Tejón Macho y Ramón Piedrahita. El viejo Piedrahita viste de blanco y porta su lámpara, que le identifica como un espíritu.

TEJON MACHO Qué buena idea que me diste, papaíto. Si no me subo a ese poste de luz, jamás hubiera podido encontrar este sitio...

RAMÓN PIEDRAHITA Yo mismo lo reservé para la banda. Cuando alguno de los ruleteros o de los vendedores de algodón de azúcar se acercaba para comprar el puesto, yo le metía miedo. Así, nadie lo ha tomado aún. Hasta deben haberlo bajado de precio los organizadores de la feria.

TEJÓN MACHO Muy bien, muy bien. *Mide el espacio con sus pasos.* Uno, dos, tres, cuatro... *Se rasca la cabeza.* ¿Ahora, cómo le aviso al padrino? Si abandono el sitio pudiera ganarnos algún otro...

RAMÓN PIEDRAHITA No te preocupes, hijo, ya lo traigo. *Sale.*

TEJÓN MACHO No hay nada en este mundo que trabajar en equipo. Mi papá y yo, hacemos un equipo formidable.

Entran Nazario Moncada Vera y Ramón Piedrahita. Tejón Macho mide nuevamente el terreno, retrocede y choca contra Nazario Moncada Vera.

TEJON MACHO ¡Don Nazario! ¡Don Nazarito! ¡Qué suerte! ¡Llega usted justo a tiempo! ¿Pero cómo sabía que yo había descubierto este sitio perfecto? ¡Mire, mire, qué buen sitio le he conseguido!

RAMÓN PIEDRAHITA *A Nazario Moncada Vera.* Acaríciala la cabeza a Tejón Macho. Ese muchacho se ha portado muy bien.

NAZARIO MONCADA *Acaricia la cabeza del muchacho.* ¡Tienes buen ojo, Tejón Macho! ¿Te gusta Guayaquil?

TEJON MACHO Un poco. ¿Cómo se llama esta plaza?

RAMÓN PIEDRAHITA *A Nazario Moncada Vera.* ¿Te acuerdas Nazario, que cuando eras niño te gustaba subir al carrusel y no tenías dinero para hacerlo? ¿Por qué no cumples ahora tu deseo y envías a Tejón Macho a que suba en el caballo rojo?

NAZARIO MONCADA Esta plaza se llama La Victoria... ¿Quieres subir al carrusel?

TEJON MACHO Pero... cuesta un sucre, Don Nazario...

NAZARIO MONCADA Bueno, muchacho, tu te lo has ganado... ¿No encontraste este puesto? Los caballos valen el doble. ¡Toma... anda! Súbete al rojo. El rojo es el mejor.

TEJON MACHO Gracias, muchas gracias... vuelvo enseguida. *Sale corriendo.*

NAZARIO MONCADA *Deja el saxo en el suelo.* ¡Qué muchacho! ¡Cómo vuela el tiempo!

RAMÓN PIEDRAHITA ¡Y qué falta nos hace Ramón Piedrahita! ¡Y qué falta nos hace!

NAZARIO MONCADA *Repite como autómata.* ¡Y qué falta nos hace Ramón Piedrahita! ¡Y qué falta nos hace!

Entra Manuel Mendoza.

NAZARIO MONCADA Si parece que fue ayer cuando lo vi por primera vez: bailaba como un oso, mientras su padre tocaba el bombo...

MANUEL MENDOZA ¿Qué es lo que estás murmurando allí? ¿Ya estás tú también hablando solo, como Tejón Macho?

NAZARIO MONCADA Recordaba el pasado, Mendoza. ¡Cómo vuela el tiempo! ¡De qué manera lamentable envejecemos! «Baila bien el muchacho, tiene gracia». Le dije a Ramón Piedrahita... Y enseguida le hice una invitación seria, como debe ser: «Tu también tienes ritmo» —le dije, delante de ustedes—. «¿Quieres unirme a nuestra banda de músicos?». «No, señor, trabajamos solos», me contestó, con orgullo. Pero al siguiente día, cuando el Chumbote y su padre nos oyeron tocar la música en el Malecón y vieron la lluvia de pesos que nos lanzaba la gente, se acercaron, arrepentidos de su desplante... y se unieron a la banda...

RAMÓN PIEDRAHITA *A Manuel Mendoza, como si le estuviera corrigiendo, o recordándole el párrafo que debe decir en ese momento.* No fue así.

MANUEL MENDOZA No fue así. Te confundes, Nazario. La vejez te está chupando la memoria. Tú comentaste con nosotros que el muchacho bailaba bien, pero según Pintado, ellos eran solamente unos saltimbanquis. Entonces te acercaste a Ramón Piedrahita y le preguntaste «¿Cómo te llamas?» Y el te contestó «Ramón Piedrahita, para servir a usted. Buscamos al profesor Nazario Moncada Vera. Nos han dicho que el conjunto que él dirige es el más reputado, el de más fama, el mejor de estas regiones».

NAZARIO MONCADA Ahora si me acuerdo, Mendoza. Allí salió el cura y dijo «¡Que se larguen los saltimbanquis!». Entonces yo me enojé y le

Epílogo: la feria de Guayaquil

dije. Si usted continúa insultando a los integrantes de mi reputado conjunto musical... no habrá contrato.

Manuel Mendoza y Nazario Moncada se ríen a carcajadas.

MANUEL MENDOZA ¡La cara que puso el cura!

NAZARIO MONCADA Si usted continúa insultando a los integrantes de mi
reputado conjunto musical...

MANUEL MENDOZA ¡No habrá contrato!

Manuel Mendoza, Nazario Moncada y Ramón Piedrahita se ríen a carcajadas. Las luces van apagándose lentamente, mientras cae el telón. Los del coro ocupan su lugar.

CORO

La banda del pueblo pasa
por las plazas y las ferias
y endulza nuestras miserias
con sones de nuestra raza.

Ellos cuentan nuestra historia
con tonadas cadenciosas
y las danzas de las mozas
nos quedan en la memoria.
Suena el saxo, ya caduco
y el bombo retumba y tumba.
Nos llega desde ultratumba
los compases de un bambuco

Muy hondo se me ha clavado
ay, en la mitad del pecho
un pasillo, que en el lecho
de muerte me tiene atado.

CONTRATAPA:

Esta no es la primera incursión de Zamacuco en el arte dramático. Él nos obsequió hace algún tiempo una comedia en un acto, titulada “El Alguacil”, que forma parte de “Las pantuflas del obispo”. Ricardo Descalzi, al analizar esa comedia, en su Historia Crítica del Teatro Ecuatoriano, afirma: “La obra es original, tanto en su decorado como en su extraño argumento... se ha introducido con acierto escenas de pantomima, que representan momentos cruciales... La pieza tiene tendencia hacia el anti teatro, deshumanizada y escueta, con empleo de una técnica nueva... con talento, plantea una mofa sorda (de la sociedad), hay una acerba crítica en el subsuelo de la trama...”

Antonio Ordíñez, profesor de la Escuela de Teatro de la Facultad de Artes de la Universidad Central, refiriéndose a Banda de Pueblo, dice: “Mi oficio de teatrista me emparenta con todo trabajo perseverante... Zamacuco es un oficiante. En su moroso y hermoso trabajo, que a las claras no es de escritorio, no solamente que nos entrega las pautas para adaptar la obra de José de la Cuadra: con mucho sentido de lo que es el lenguaje teatral. recrea magníficamente la obra y da a luz una pieza de teatro autónoma. La gente de teatro tiene ahora un desafío: llevar al escenario lo que está escrito en el papel. Tan solo de esta manera se habrá de cerrar el mágico círculo que es en sí mismo el fenómeno del teatro.”

ISBN: 9978-04-526-0